

MARTÍN MACOUZET GARCÍA



RELATOS DE SOBREMESA

ANTOLOGÍA



RELATOS DE SOBREMESA

ANTOLOGÍA

Martín Macouzet García

Compilador



Relatos de sobremesa

Antología

Primera edición: 2025

ISBN: 9791387826079

ISBN eBook: 9791387826550

© del texto:

Martín Macouzet García

<https://martin-mg.homesteadcloud.com/>

© de la ilustración de la cubierta:

Relatos de sobremesa, Alejandra Macouzet

110 x 70 cm. Óleo sobre lienzo,

www.macouzetart.com

© del diseño de esta edición:

Caligrama, 2025

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis hijos, Andrea, David y Martín, para que, aunque lejos de nuestras raíces, se impregnen de la riqueza de las vivencias de nuestros ancestros y encuentren en ellas la fuerza y la sabiduría para construir su propio camino.

«El olvido es un agujero negro que se come todo lo vivido y te deja al costado del camino sin rumbo ni destino».

IGNACIO SABIC

Prefacio

¡Cómo me acuerdo de aquellas tardes en las que, al terminar la comida, mi papá contaba sus anécdotas que nos mantenían a todos con la boca abierta!

Mientras tomábamos el café y algún pan dulce para acompañarlo, mi papá comenzaba con aquellos relatos, siempre interesantes y entretenidos. En mi cabeza, y seguramente también en la de mis hermanos, aparecía entonces aquel héroe resolviendo problemas inimaginables y viviendo las aventuras más exóticas.

Antes de comer, se quitaba las mancuernillas de su camisa, siempre blanca, y doblaba el puño francés hasta la altura de los codos. Bueno, pues les digo esto porque lo recuerdo así, con las mangas dobladas abriendo y agitando sus brazos mientras contaba, lo cual llenaba de vida los relatos. Sus expresiones faciales y su entonación eran las de un verdadero contador de historias.

—Ay, Jorge, ¡qué a gusto platicas! Podría estar toda la tarde escuchándote — solían decirle parientes y amigos, pues no faltaba el día que hubiera al menos un invitado durante la comida.

En una ocasión, mi hermano mayor pasaba por detrás de él con una sartén en la que llevaba cebolla sancochada con chiles serranos que acababa de preparar él mismo en la cocina para acompañar su arroz, pues disfrutaba mucho de la comida con ingredientes variados. Como el espacio era reducido entre la silla de mi padre y el mueble que estaba más atrás, mi hermano levantó el recipiente por arriba de la cabeza de mi papá en el momento en que este alzaba los brazos dándole vida a su relato del día. Ya imaginarán cómo salieron volando las cebollas aceitosas, que terminaron su camino sobre su cabeza calva.

La cara de sorpresa de mi padre fue muy cómica, sobre todo al verlo con las rebanadas de cebolla escurriendo por su frente. Los que lo presenciamos nos atacamos de la risa, pero mi papá se llevó sus buenas quemaduras en la cabeza, que le quedaron marcadas por varios días. Mi hermano, entre la preocupación por

haber quemado a mi padre, su temor a ser regañado y la decepción de haber perdido su guiso especial, fingió estar molesto y se retiró sin comer.

Esa capacidad de contar historias que tenía mi padre la compartía con sus hermanos, aunque creo que él era el campeón. Según nos decía, mi abuela también era así y, si nos remontamos a unas tres generaciones más, llegamos al mismísimo doctor Jean-François Macouzet, el doctor francés protagonista de algunos de mis libros anteriores, quien se dice tenía esta misma virtud. Si tomamos en cuenta que ese carisma lo tienen varios miembros de la familia al contar sus anécdotas, nos queda claro que los genes responsables se han seguido aferrando al paso de las generaciones.

Quienes tuvimos la dicha de conocer a mi padre sospechamos que las historias fantásticas que contaba llevaban algo de su cosecha; lo que sí es seguro es que, tras enriquecerlas, él ya no distinguía entre la realidad y su imaginación. Curiosamente, al terminar con algún relato, algo exagerado como siempre, solía decir: «¡Palabra de honor!». De manera similar, su hermano Luis decía: «¡Verídico!»; mientras que su hermana Mercedes prefería la expresión «¡en honor a la verdad!».

Con el fin de rescatar algunas de esas historias antes de que se pierdan en el tiempo, he decidido capturarlas en esta colección de relatos, que, en realidad, es una antología que se enriquece con la contribución de apasionados miembros de la familia que nos comparten otras interesantes historias. La mayoría de los relatos en esta antología son protagonizados por nuestros ancestros o fueron presenciados por algún miembro de la familia. Por tal motivo, una buena proporción de estos se desarrollan en la ciudad de Morelia, Michoacán.

Espero que no solo disfruten de estas historias, sino que las adopten y las transmitan a sus seres queridos siguiendo la tradición oral que yo disfruté tanto mientras escuchaba a mi padre y que se extendió en todas las etapas de mi vida, desde niño hasta la edad adulta.

1.

El fin de un linaje

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

Sentado sobre una roca, Tzinzicha, el *cazonci*,¹ contemplaba con preocupación el majestuoso lago de Pátzcuaro desde lo alto. Su mente viajaba a tiempos pasados, cuando los ancianos le contaron historias de gloria y resistencia. Recordaba con orgullo cómo, con veinticuatro mil guerreros, los mexicas habían intentado acabar con el poderoso Imperio purépecha.

—Los arrogantes mexicas pensaban que podrían arrasarnos, pero no contaban con que el dios Curicaueri luchaba junto con nuestros guerreros —murmuró para sí mientras una leve sonrisa se dibujaba en su rostro. Pero esa sonrisa se desvaneció al momento, reemplazada por una sombra de inquietud—. Ahora, esos arrogantes han caído ante unos extraños que llegaron del mar. Tenochtitlán, su ciudad, que creíamos indestructible, se ha convertido en cenizas.

Unos minutos antes, los encargados de mantener vivo el fuego sagrado para el dios Curicaueri se habían sorprendido al ver al *cazonci* subir solo, cargando un atado de leña. Al acercarse, intentaron ayudarlo, pero él levantó la mano, pidiendo silencio, pues venía sumido en sus reflexiones. «Curicaueri lucha con nosotros en todas las guerras. Con él a nuestro lado, no hay manera de perder», pensó Tzinzicha mientras miraba la columna de fuego que se alzaba hacia el cielo, un símbolo de la conexión entre su pueblo y el dios.

Sin embargo, la ansiedad lo llevó a caminar de un lado a otro sobre el montículo. La profecía resonaba en su mente: «Curicaueri se irá, así como los demás dioses, dejando espacio a los que vendrán del mar». La idea de enfrentar a esos nuevos dioses sin la protección de Curicaueri lo llenaba de inquietud. «¿Qué haremos si él no lucha a nuestro lado?», se preguntó, llevándose las

manos a la frente. Sabía que lamentarse no lo llevaría a nada, así que sacudió la cabeza, decidido a actuar. Los conquistadores se acercaban y su pueblo necesitaba un líder.

Con determinación, Tzinzicha arrojó más leños al fuego y descendió hacia la ciudad dispuesto a girar órdenes.

La noche anterior, el *cazonci* se había reunido con los miembros del consejo para conocer sus recomendaciones frente a la inminente llegada de los conquistadores, pero la proposición desesperada de algunos no le ayudaba en absoluto.

—Traigamos cobre, atémolos a nuestras espaldas y ahoguémonos en el lago. No hay nada más que hacer —había sugerido su capitán de guerra, aterrorizado por la forma como habían sido exterminados los mexicas.

—No puedo hacer eso —respondió Tzinzicha de manera categórica—, debo hablar con esos dioses. Ni siquiera sabemos qué quieren.

Tras haber reflexionado al lado del fuego sagrado, Tzinzicha comunica al pueblo su plan:

—Recibiremos a esos dioses con ofrendas —dictó el *cazonci* antes de explicar los detalles de su estrategia.

Así, Tzinzicha ordena distribuir en la plaza principal veinte cargas de la mejor ropa, asientos de madera exquisitamente labrada, calzado de piel de venado y, en el centro, un tesoro de oro para Cortés, el dios principal.

Cuando los conquistadores llegaron, Tzinzicha los enfrentó con las preguntas que lo agobiaban:

—¿Quiénes son ustedes?, ¿de dónde vienen?, ¿qué buscan?

Las respuestas que recibió fueron inquietantes. Los recién llegados deseaban oro y no se detendrían ante nada para obtenerlo. Insatisfechos con las ofrendas, estos comenzaron a saquear templos y a profanar las tumbas de los grandes reyes.

«¿Para qué quieren este oro? —se preguntaba Tzinzicha mientras un escalofrío recorría su espina al constatar cómo los invasores habían deshonrado la memoria de sus ancestros—. ¿Acaso lo comen esos dioses?». La destrucción de los templos y la reducción de las estatuas a polvo ante los ojos atónitos de su pueblo lo llenaron de desesperación.

—¿Por qué no se enojan nuestros dioses? —le preguntaban los habitantes contrariados.

Ante el silencio de sus dioses, los purépechas comprendieron que los invasores venían a cumplir la palabra funesta de los oráculos. Así, sin haber luchado, la única cultura con un poder militar equivalente al de los mexicas se rindió ante los conquistadores.

En 1530, Tzinzicha Tangáxoan, el último *cazonci*, fue torturado y asesinado por Nuño de Guzmán en las orillas de un río. «Con él se extingue el glorioso linaje que había construido el imperio», escribió Le Clézio,² premio nobel de literatura en el 2008. Sin embargo, si eso fuera cierto, no estarían ustedes leyendo este relato, escrito por uno de los descendientes en línea directa del último *cazonci*, diecisiete generaciones más tarde.³

Aquella fuerza incontenible que Curicaueri impartía a quienes creían en él duerme ahora en la descendencia del *cazonci*. Basta con que creamos en nuestra capacidad para hacer cosas grandiosas, tal como lo hicieron nuestros ancestros, para despertarla. La historia no ha terminado; apenas comienza.

¹ Término que designa a los reyes purépechas. Los purépechas son una cultura indígena originaria de la región de Michoacán.

² Le Clézio, J. M. G. (1985). *La conquista divina de Michoacán*. Fondo de Cultura Económica.

³ Ver linaje en anexo I.

2.

El principio de un linaje

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

Justo cuando la colisión de dos religiones provocaba la caída del reino de Michoacán y hacía que el glorioso linaje del *cazonci* pareciera haberse extinguido, del otro lado del océano Atlántico un nuevo linaje estaba gestándose y es también un choque de religiones el que catalizaría su formación. Esto inicia en el principado de Orange, al sudeste de la actual Francia, pero que en aquel entonces formaba parte de los Países Bajos, los cuales se encontraban bajo el dominio de la Corona española.

Mientras François Dagout, alias Marcouzet, dormía plácidamente con su familia en su cómoda residencia frente a la célebre plaza de Marché aux Boeufs, ruidos inhabituales comienzan a escucharse en las calles de Orange. El repicar constante de las campanas de la catedral hace que el corazón de François comience a golpearle el pecho. Sin demora, se levanta y se viste para salir a investigar, pero en ese momento las campanas dejan de sonar. Al breve silencio, sigue un estruendo que hace sobresaltar a Loyse, su esposa.

—¡No salgas, François! —le suplica Loyse mientras lo abraza con fuerza.

El alertado padre de familia se asoma entonces a la ventana por una orilla de la cortina para constatar el alboroto que acontecía en las calles. Los invasores ya habían echado abajo el campanario de la catedral, quemado las reliquias y degollado al obispo. François alcanza a ver que aquellos hombres sacan al alcalde y a su familia de su casa y, luego de arrancar las ropas a su mujer y a su hija, comienzan a violarlas en mitad de la plaza. Terminada la afrenta, cortan el cuello al horrorizado funcionario antes de pillar su casa y repetir sus actos inmundos con las familias de las casas aledañas.

Con el corazón a todo galope, Marcouzet corre a atrancar la puerta y a colocar la escalera bajo el acceso al ático.

—Eynez, Thonete, Clarette y Magdeleyne, ¡suban rápido! —ordena a sus cuatro hijas, que se acurrucaban espantadas al lado de su madre.

Las muchachas no han terminado de subir, cuando los golpes en la puerta comienzan a hacer vibrar toda la casa. Una vez que las cuatro han llegado arriba, él carga la escalera para que ellas puedan tirar de esta y meterla al desván antes de cerrar el acceso. Enseguida, François moja un paño con vino tinto y lo entrega a su esposa.

—Tú métete a la cama y cúbrete la boca con el paño —le dice.

Imaginando la idea de su marido, Loyse corre a hacer su papel. Solo entonces, François esconde un puñal en su bota y toma de la mano a Jean, de tan solo ocho años.

—¡Abran o quemamos la casa! —gritan los invasores mientras tratan de derribar la puerta.

—¡Ya voy, ya voy! —responde el afligido padre de familia.

En cuanto retira la barra, los hombres azotan la puerta y entran de estampida a la casa buscando mujeres y objetos de valor. Aterrorizado, el pobre Jean no puede contener el llanto y se desahoga a grito pelado.

—¡Que se calle ese mocoso! —ordena uno de ellos amenazante.

—No le haga daño, por favor —responde François mientras cubre con su mano la boca del niño.

Mientras tanto, en el ático, a las muchachas les pica la garganta por el polvo que se ha levantado con tanto movimiento. A Eynez ya se le salen las lágrimas por contener el reflejo de la tos, pero no puede más. El acceso se instala y aquellos hombres paran la oreja al momento.

—Disculpen, señores, es que mi esposa está enferma —se precipita a decir Marcouzet con la voz temblorosa.

Cuando estos entran a la recámara, Loyse comienza a toser con el fieltro manchado de rojo sobre la boca, tratando de imitar el tono de la tos de su hija mayor.

—¡Apúrense a sacar a la vieja, que mis soldados se están enfriando! —se escucha una voz desde la plaza.

—¡Es que tiene tisis! —responde el líder.

—Entonces, hagan lo que quieran con ese papista y vamos a la siguiente casa.

En cuanto el líder se acerca al padre de familia para desquitarse por lo pobre del botín que habían obtenido, este se apresura a decir:

—Tengo varias botellas de vino, creo que a sus hombres les caería muy bien — propone mientras muestra con su índice el emplazamiento de la caja de madera.

—Saquen este cajón y vámonos, que aquí estamos perdiendo el tiempo — ordena el líder antes de escupir y salir para seguir ultrajando en otra residencia.

Por la mañana, la paz ha vuelto a la ciudad, pero los invasores se han apoderado de ella y los habitantes no pueden más que lamentar los daños y los cientos de muertos tirados por las calles. Los mercenarios estaban bajo las órdenes de los grupos protestantes, los cuales, a su vez, eran apoyados por el mismísimo príncipe Guillermo de Orange, apodado el Taciturno, quien busca independizarse de España y los protestantes son su mejor arma.

Hasta ese día, Orange había sido una ciudad de mucho confort y progreso en la que había todo tipo de instituciones. Con su impresionante teatro y otras magníficas construcciones, la ciudad es considerada como una pequeña Roma, a la que llegan miles de trabajadores de otras regiones para cubrir las necesidades de su pujante agroindustria.

Procedente del pequeño pueblo de Marcoux, Pierre Dagout, el padre de François, había llegado a Orange en el primer cuarto del siglo XVI en busca de nuevas oportunidades. Al llegar, se le identificaba como Pierre de Marcoux y luego simplemente como Marcoux. En cuanto nació su hijo François, la gente aplicó al pequeño el sobrenombre de Marcouzet,⁴ el cual corresponde al diminutivo de Marcoux en lengua francesa.

Tras formar su propia familia, François Marcouzet había conseguido los préstamos necesarios para crear una envidiable y próspera explotación agraria y hacerse de una magnífica casa en una de las mejores zonas de la ciudad. El bienestar había reinado en su familia y en la ciudad en general hasta que surgió la guerra de religiones.

La noticia de la masacre de católicos en Orange no tarda en llegar a Aviñón, situada a tan solo veintiséis kilómetros de ahí, en donde el papa mantiene un numeroso y bien entrenado ejército. Como era de esperarse, en pocos días las fuerzas del papa penetran en Orange para recuperar la ciudad. Mientras lo hacen, asesinan a los protestantes y a un millar de trabajadores estacionales venidos de fuera, violan a sus mujeres y pillan cuanto pueden.

En cuanto las tropas del papa se retiran, el barón de Les Adrets, comandante de un poderoso ejército al servicio de los grupos protestantes, prepara la venganza y ejecuta matanzas brutales de extrema crueldad en varias ciudades y en cada una de ellas prohíbe el catolicismo. El sanguinario comandante arroja a los sacerdotes desde las torres de las iglesias y a los prisioneros desde lo alto de los riscos. En esos días, un barco que avanzaba río abajo en el Ródano es interceptado a la altura de Aviñón. El navío venía cargado de cadáveres con un letrado que decía «No les cobren peaje a estos católicos, ya lo han pagado en Orange».

Los sangrientos conflictos hacen inevitable que François tenga que batirse contra los agresores en defensa de su familia, de sus animales y de sus tierras. Aunque logra mantener a salvo a los suyos, él sucumbe a las heridas que sufre durante las batallas.

El rey envía entonces su ejército para liberar la ciudad de los protestantes y ocasiona una nueva masacre. Para Eynez, Thonete, Clarete, Magdeleyne y Jean, la llegada de las tropas del rey no aporta consuelo alguno, pues el injusto conflicto les ha arrebatado la vida de su padre.

A pesar de las presiones, Loyse completa la educación de su familia en la fe católica. Con el patrimonio que les había dejado François, pueden cubrir su manutención, pero la viuda tiene que ir vendiendo sus propiedades una a una, con lo que logra pagar las dotes de alrededor de cien florines⁵ para cada una de sus hijas.

Así, Loyse logra acomodar a sus hijas con buenas familias y a Jean le inculca las virtudes del trabajo, pero ella no puede disfrutar de una madurez ni larga ni reposada, pues la tuberculosis se implanta en ella de manera real y la consume con rapidez. Poco antes de su muerte, Loyse se ve obligada a liquidar el

remanente de la deuda que había adquirido su esposo, por lo que tiene que vender el último viñedo que le quedaba.

Ya sin el apego de su madre y sin un patrimonio que lo retenga en Orange, Jean abandona definitivamente el patronímico Dagout y deja la ciudad bajo el nombre de Jean Marcouzet. Orange había dejado de ser el lugar pacífico y de oportunidades que atrajo a su abuelo; ahora solo quedaba inseguridad y malos recuerdos. El nuevo progreso se encuentra al norte y Jean confía en los valores de sabiduría, valentía y perseverancia que le ha transmitido su padre. Así, el joven Marcouzet parte en busca de aventura y libertad siguiendo a contracorriente el cauce del Ródano.

Jean Marcouzet no tarda en formar su propia familia y se encarga de transmitir a sus hijos los valores que habían hecho tan exitosos a su padre y a su abuelo. A través de la transmisión oral, las nuevas generaciones aprenden también a valorar los esfuerzos de sus ancestros. Así, los descendientes de Jean se establecen en diferentes localidades de la región francesa situada entre el Ródano y los Alpes, en donde fundan prósperas explotaciones agrícolas.

Con el paso de las generaciones, el patronímico Marcouzet se va depurando para convertirse de manera definitiva en Macouzet y sus miembros se establecen en Lyon como una familia de renombre a la cabeza de importantes actividades comerciales y administrativas. Desafortunadamente, los conflictos políticos y las grandes epidemias llegan a opacar el progreso y a sembrar la decepción entre las nuevas generaciones.

Las oportunidades se encuentran ahora al otro lado del océano. Por esta razón, en el primer cuarto del siglo XIX, confiando en los valores de sabiduría, valentía y perseverancia, el doctor Jean-François Macouzet atraviesa el océano Atlántico rumbo a México en busca de aventura y libertad.

⁴ Leemans, W. F., Leemans, E. (1986). *La principauté d'Orange de 1470 à 1580. Une société en mutation*. Hilversum Verloren.

⁵ Un florín equivalía a treinta días de salario.

3.

Injusta resistencia

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

En una lujosa casona construida en estilo morisco en la antigua Valladolid,⁶ virreinato de la Nueva España, Mariana de Peredo, una hermosa señorita en edad casadera, se subió por una pequeña escalerita colocada al fondo de la galería. Desde allí, la muchacha alcanzaba a asomarse a la casa aladaña, en la cual se encontraba haciendo lo mismo Fernando García de Quevedo, originario de Castilla. Ambas casas tenían su entrada por los portales que daban a la Calle Real, justo frente a la plaza de Armas.

—Mariana, ¿queréis casarte conmigo? —suplicaba el enamorado mientras la observaba con ojos de cordero ahorcado.

—Sí, Fernando, es lo que más quiero. Os lo prometo, me casaré vos —se atrevía a decir la joven sin detenerse a pensar en las implicaciones de su promesa.

—Hablaré con vuestro padre. No os preocupéis, mañana...

—Mariana, ¡ya bájate! Que está llegando nuestro padre —interrumpió la voz de su hermana Guadalupe, quien hacía el papel de celestina mientras Mariana se veía con su enamorado.

El castellano sabía que conseguir lo que pretendía no sería sencillo; pero, considerando que la muchacha era hermosa, que el padre era inmensamente rico y que el matrimonio lo haría emparentar con una de las estirpes de mayor abolengo, todo esfuerzo quedaba ampliamente justificado. La primera parte del plan ya la había logrado: enamorar a la joven.

Al siguiente día, Fernando se vistió con sus mejores galas y salió a anunciarse a la casa contigua, donde pidió hablar con don José Antonio de Peredo. Ya en la sala frente al hombre que buscaba, Fernando se quedó mudo por unos

momentos a causa de la imponente personalidad del noble. A su vez, el señor De Peredo miró a su visitante con desconfianza, pues en más de una ocasión lo había sorprendido con los ojos clavados en su hija durante las misas en la catedral.

—Me han dicho que queríais verme. ¿Vais a decir algo o con haberme visto os es suficiente? Si es así, yo me retiro a continuar haciendo las cuentas que me habéis obligado a interrumpir —lanza don José Antonio de mala gana dispuesto a darse la media vuelta.

—Lo siento por la interrupción, señor De Peredo. He venido porque quisiera solicitar la mano de vuestra hija Mariana.

La cara de enfado que puso el noble hizo temblar las piernas del pretendiente.

—¿Cómo os atrevéis a semejante osadía? ¿No os percatáis de que mi hija no se puede casar con alguien de clase inferior? ¿Acaso tenéis las cartas de hidalguía y de limpieza de sangre certificadas por el rey?⁷

—Me ofendéis, señor De Peredo. Mi estirpe no tendrá el mismo abolengo que la vuestra, pero soy tan honorable como vos y, además, vuestra hija me ha prometido matrimonio. Mucho me temo que la palabra de vuestra hija tendrá que ser respetada, pues no existe un motivo válido para hacer que se rompa esa promesa —respondió el castellano fingiendo estar ofendido, pero se regocijaba por dentro de poder dar su discurso exactamente como lo había planeado.

—Salid de mi casa inmediatamente antes de que desenfunde mi espada, la cual no dudaré en utilizar si os veo tratando de acercaros a mi hija en el futuro, y si la volvéis a mirar como acostumbráis en la iglesia me serviré de esta para sacaros los ojos.

En cuanto se marchó el caballero De Quevedo, don José Antonio mandó llamar a sus dos hijas y a su esposa. Después de haber reprendido a Mariana con severidad por su atrevimiento, decidió ponerle fin a ese tipo de acontecimientos.

—No quiero que nos volvamos a ver envueltos en una situación vergonzosa como esta, así que las dos deberéis entrar al noviciado. En cuanto me sea posible, hablaré con la superiora del convento de las Catalinas.

El astuto Fernando de Quevedo, por su parte, se presentó ante el corregidor y promovió un juicio por injusta resistencia.

Al ser citado por el corregidor, el noble se sintió severamente ofendido. Su hijo José María de Peredo sintió pena por su padre y quiso poner fin a la persistencia del señor De Quevedo para casarse con su hermana. Entonces, tras averiguar en dónde se veían los enamorados, sorprendió a su hermana cuando iba caminando hacia el fondo de la casa y le ordenó que se metiera a su cuarto. Luego, el fiel hijo se posicionó detrás de una de las columnas de cantera que sostenían la galería y recargó su escopeta corta, con la que cazaba patos, entre su mano y la piedra.

A los pocos minutos, el cuerpo del señor De Quevedo comenzaba a asomarse cerca de donde estaba la escalerita y José María no dudó en tirar del gatillo. Seguido de un estallido y de una humareda, se escuchó un grito detrás del muro y un golpe similar al que se genera cuando los patos muertos en pleno vuelo caen sobre las rocas.

Para fortuna de Fernando de Quevedo, el tiro le pegó en el hombro, por lo que bastó una tarde con el cirujano y un vendaje para seguir su vida cotidiana. Sin embargo, para José María las cosas se complicaron tras la denuncia que depositó el castellano.

El corregidor falló a favor de Fernando de Quevedo en ambos casos, es decir, José María fue privado de su libertad y don José Antonio de Peredo recibió la orden de permitir a su hija que se casara con Fernando. El proceso de su hijo hirió profundamente el orgullo del señor De Peredo, quien se negó a acatar la orden del corregidor.

A causa de su resistencia, a los pocos días don José Antonio recibió una notificación de parte del obispo Ignacio de la Rocha indicándole que, bajo pena de excomuniación mayor, debía respetar la voluntad de su hija y dar la licencia para que Mariana contrajera matrimonio. Sin embargo, la obstinación del padre persistió hasta llevar el caso a la Real Audiencia.

De manera inesperada para el señor De Peredo, el juicio de la audiencia no le fue favorable, pero no por eso dio su brazo a torcer. Consciente de la gran influencia que le confería su rancia nobleza, don José Antonio decidió entonces llevar el caso ante el rey.

Tantas ofensas no tardaron en dañar la salud del noble, quien fue desmejorándose hasta perder la vida de manera inesperada.

Mariana de Peredo y Fernando de Quevedo se unieron entonces en matrimonio sin que existiera más oposición.

Guadalupe de Peredo, la hermana, pasó a ser sor Josefa Guadalupe de la Santísima Trinidad, religiosa catalina.

José María de Peredo no tardó en ser absuelto y liberado. Este llegó a ser alférez real y fue quien mandó construir, en 1802, el segundo piso de la casa, que, en esta historia, era de un solo piso. En la actualidad, esta casa, que se ubica en el Portal Hidalgo de Morelia, corresponde al bien conocido Hotel Casino.⁸

Don José María fue el abuelo de mi tatarabuela Antonia de Peredo.

⁶ La actual Morelia, Michoacán.

⁷ Las *Cartas de hidalguía y limpieza de sangre de los Peredo* están resguardadas por un miembro de la familia. Ver fotografía del texto que certifica la limpieza de sangre en el anexo II.

⁸ Ver interesante información sobre esta casa recopilada por el doctor José Macouzet Iturbide en el anexo III.

4.

El predicador

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

Los ojos negros de las dos chiquillas brillan conforme escuchan con interés el relato acerca de lo que había sucedido hacía más de mil quinientos años. La más pequeña, que ocupaba en un principio un extremo del amplio sofá, se acerca al centro para abrazar a su madre en un intento para liberarse del temor que la historia le está causando, pero que no quiere dejar de escuchar.

—Aquel hombre estaba tan esbelto que parecía como si su piel estuviera pegada a los huesos —afirma doña Dolores ante el asombro de la pequeña Ignacia—. A pesar de su delgadez, la voz de ese señor era potente y dulce, pero lo más maravilloso eran las cosas que decía, pues era un hombre extremadamente bueno y sabio. Por eso, había tanta gente que se reunía para escuchar los hermosos mensajes que les daba. Eran mensajes de amor, tal como los que daba Nuestro Señor.

—Pero ¿por qué estaba tan flaco, mamá? —interrumpe la pequeña, que seguía impresionada con el aspecto cadavérico del hombre.

—Porque Dios le había concedido la gracia de poder alimentarse de puro pan y agua, además de que comía cada dos o tres días. Su cuerpo lo resentía, cierto, pero a base de meditación él lograba controlar las ansias de comer y otras cosas que su cuerpo le pedía. La fuerza que su alma encontraba en la palabra de Dios daba vigor a su cuerpo.

Aunque mayorcita, la joven Francisca también se impresiona y, como su hermana, se acerca al lado de su madre, quien continúa con su relato cautivador:

—Bueno, pues ya eran cientos de personas las que estaban escuchándolo, cuando el pregón fue interrumpido por el ruido que hacían un par de hombres

que traían a tirones a un pobre muchachito ya sin ropa, pues se la habían desgarrado de tanto jalón. El niño echaba espuma por la boca y, en vez de hablar, emitía sonidos guturales como si fuese un animal salvaje. Cuando uno de los hombres lo lastimó por lo fuerte que lo apretaba, el niño alcanzó a morderlo. «¡Maldito demonio!», gritó el adolorido hombre antes de lanzarle una bofetada que casi le arranca la cabeza.

Ambas niñas se han metido ya debajo del chal de doña Dolores y la pequeña Ignacia está al borde de las lágrimas, pero quieren seguir escuchando la historia.

—El buen hombre pidió que pararan de golpear al muchacho y que lo acercaran frente a él. Cuando lo tenía a su alcance, posó su mano izquierda sobre su cabeza y con la derecha hizo la señal de la santa cruz mientras rezaba en voz baja y mantenía su mirada fija en los ojos del niño. El chiquillo se tranquilizó al instante, unas lágrimas corrieron por sus mejillas y empezó a temblar de frío. Al cruzar los brazos para frotarlos, la multitud vio que en su espalda se distinguían, bajo la piel, los huesitos de sus omóplatos y daban la impresión de que le estuvieran saliendo alitas de ángel, a lo que el público aplaudió. Decían que Procopio le había sacado el diablo al niño, a quien de inmediato ofrecieron agua y cubrieron con una manta.

Al notar que la tensión en los brazos de las niñas había disminuido, la madre opta por seguir el relato, que, aunque crudo, considera que es algo que sus hijas deben conocer y que ya tienen la edad para ello.

—¿Ese señor flaco se llamaba como nosotras? Pero si nosotras no estamos tan flacas, mamá —interrumpe ahora la mayor mientras evalúa la delgadez de sus propias muñecas.

—No es por lo flaco que les puse Francisca Procopia e Ignacia Procopia. Deben ustedes saber que años más tarde ese buen hombre fue reconocido como santo por el papa. Ahora, san Procopio es recordado en el santoral católico como un ejemplo de fortaleza y valentía en defensa de la fe. De hecho, es considerado como el primer santo mártir de Palestina. Además, existe la creencia de que a quienes lleven su nombre Dios les concederá la gracia de no dejarlos morir de hambre, así como hizo con él.

La explicación fascina a las niñas, quienes incitan a su madre a seguir contando. Ella acepta, pero les advierte que tendrán que ser valientes, pues que si es considerado mártir es porque tuvo que sufrir abusos fuera de lo común. Las chiquillas aseguran estar listas y abrazan a su madre con fuerza preparándose para lo que pudiera venir.

—Ya habían pasado poco más de trescientos años desde la muerte de Jesús, nuestro señor, y cada vez eran más los que creían en él y en su mensaje de paz. Esto preocupó al emperador y trató entonces de exterminarlos. La persecución de los cristianos comenzó cuando el soberano de Roma envió órdenes a todos sus gobernadores para que dieran castigos y torturas a quienes se empeñaran en seguir diciendo que aquel hombre, que, además, ya estaba muerto, era el hijo de Dios. Él afirmaba que un dios no podía morir y que solo los dioses que adoraban los romanos eran auténticos. Cuando el gobernador de Cesarea recibió las órdenes del emperador —continúa la madre luego de abrazar ella también a sus niñas—, este comenzó a apresar y castigar a los cristianos, pero sabía que solo haciendo cambiar de opinión a los líderes de estos lograría detener la expansión de esa creencia. Fue por eso por lo que mandó capturar a Procopio y a algunos sacerdotes. En cuanto llegaron a Cesarea, sus compañeros fueron llevados a los calabozos, pero Procopio fue llevado ante el gobernador, quien quería ridiculizarlo y hacerlo cambiar de opinión frente a la muchedumbre.

»Al ver frente a él a ese hombre que estaba en los huesos, con los ojos sumidos y la piel seca, todo un muerto viviente, el emperador tardó en recuperar la voz para poder empezar a cuestionarlo. Durante el interrogatorio, Procopio debatió con firmeza y citó a grandes pensadores como Homero, Aristóteles, Sócrates, Galeno y Platón para apoyar cada una de sus respuestas. El gobernador no contaba con que estaría confrontando a alguien de semejante sabiduría y elocuencia. Era él quien estaba siendo ridiculizado, por lo que le ordenó: “Ofrece incienso a los dioses romanos”, pero él se negó. Para obligarlo, hizo que frotaran su piel con una fibra metálica y que le golpearan los huesos con un objeto de plomo, pero Procopio continuó negándose a adorar a aquellos dioses. Con una voz débil, Procopio alcanzó a decir: “De nada sirve que destruyas mi cuerpo, el alma de quienes servimos a Dios es insensible a la tortura”. Instantes después,

perdió el conocimiento. Sin más recursos, el regente hizo que lo enviaran al calabozo.

—¡Pobre Procopio! —dice Francisca con dificultad por el nudo que se había formado en su garganta—. ¿Qué pasó después?

—Tres días fue encerrado sin comer, algo que no le molestaba, pues ya tenía la costumbre. Durante ese tiempo, Procopio aprovechó para rezar y meditar tratando de hacer sanar sus heridas. El gobernador pensó que, después de haberlo dejado sufriendo de sus lesiones durante varios días, Procopio reconsideraría y negaría a Jesús como único dios. Aquel dirigente volvió a sorprenderse al verlo casi sanado de todo el daño que le habían hecho y de que el predicador siguiera firme en sus convicciones. Entonces, le hizo extender la mano sobre un altar pagano y pidió que le colocaran carbón ardiente sobre la palma y luego un poco de incienso sobre este. «Si volteas la mano, querrá decir que estás ofreciendo el incienso a nuestros dioses», dijo el gobernador.

Las dos niñas se cubren los ojos con sus manitas y se acurrucan más cerca de su madre, la cual decide acortar los detalles para ahorrarles algo de angustia a sus hijas.

—Procopio sudaba y gemía, pero se concentraba para no voltear la mano. «Si un servidor de tu dios no siente la tortura, como tú lo afirmas, ¿por qué lloras entonces?», se burlaba el gobernador. «Lloro por tu alma», respondió Procopio, a lo que el dirigente no pudo más y mandó que le cortaran la cabeza.

Pálidas, las dos niñas voltean a verse con sus manitas en el cuello y la boca entreabierta.

—Yo también les voy a poner ese nombre a todos mis hijos cuando me case y les voy a pedir que ellos hagan lo mismo cuando tengan hijos —afirma Ignacia con convicción.

—Me parece muy bien —la apoya doña Dolores antes de darles unas palmaditas en el hombro para distraerlas con otras actividades—. Ahora córranle al patio, que creo que ya nacieron los pollitos, me parece escucharlos.

Las niñas salen entonces disparadas para disfrutar viendo esas avecillas esponjadas que les encantaban.

Desde entonces, existe la tradición de que todos los descendientes de Ignacia Sornoza y del doctor Jean-François Macouzet lleven el nombre de Procopio. Cuando se establece el Registro Civil en México como resultado de la reforma liberal, se hizo la costumbre de registrar el nombre de Procopio en la fe de bautizo, pero no en las actas de nacimiento. Posteriormente, con la exigencia de que los nombres debían ser idénticos en ambas actas, muchos abandonaron la tradición y otros trataron de conservarla tan solo de manera oral en el momento del bautizo.

Algún bromista ha publicado en las redes sociales una lista de sesenta y un nombres supuestamente prohibidos por las autoridades mexicanas. Mientras que en la lista aparecen algunos nombres que claramente son una burla, hay otros que se refieren a personajes célebres de otros tiempos, entre los que figura Procopio, y que ponen de manifiesto la ignorancia del creador de la lista. La lista ha sido republicada de manera irresponsable por muchos medios, lo que la hace parecer verídica, pero las autoridades del Registro Civil han denunciado la falsedad de ese documento.

El nombre Procopio tiene raíces griegas y significa ‘aquel que prodiga’.

5.

El doctor de Napoleón

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

Jean-François Macouzet avanza con gran lentitud mientras se apoya en su fino bastón Henry Howell con cabeza de perro. Aunque el buen doctor se dirigía a su sillón de la galería para sentarse a leer el periódico, escucha que alguien sonaba la campana de la entrada y decide avanzar hasta la puerta para responder.

—Usted debe de ser don Regis, si no me equivoco —lanza con voz gangosa un extraño personaje que viste un chaleco a cuadros y gorra de fieltro—. Si me lo permite, quisiera hacerle unas preguntas.

—Temo decirle que se equivoca, caballero, aquí no vive nadie con ese nombre —responde Jean-François con cortesía—. Que tenga usted buena tarde —añade antes de disponerse a cerrar la puerta.

—No puede ser —se precipita a decir el forastero mientras bloquea con su mano el movimiento de la puerta—. La dirección que me ha escrito el empleado del municipio dice claramente que aquí vive el doctor Regis Macouzet, ¡mire! —insiste mientras extiende la libreta hacia su interlocutor.

—¡Ah! Parece, entonces, que es a mí a quien busca —admite Jean-François ante la mirada confusa del extraño—, pero sepa que ese no es mi nombre. Si se fija, tiene un punto al final «Regis.». Es la abreviación de registro, o sea que la dirección está registrada a mi nombre. Bueno, aclarado el asunto, por favor, dígame con quién tengo el gusto y en qué puedo servirle.

—Soy Evaristo Jiménez, periodista de la capital. Y, como ya le dije antes, quisiera hacerle unas preguntas para escribir un artículo —insiste el recién llegado con su desagradable tono de voz.

Pensando que el reportero requería ayuda con algún artículo relacionado con la medicina, el gentil doctor lo invita a sentarse con él en la galería, pero se sorprende cuando aprende el tipo de información que se le solicitaba.

—Como el presidente de Francia, Luis Napoleón Bonaparte, ha dado un golpe de Estado para autoproclamarse emperador y ahora se hace llamar Napoleón III, ha resurgido en nuestros lectores el interés por Napoleón I y, como usted fue su doctor durante las guerras napoleónicas, pues todo lo que usted pueda decirme sobre él sería de gran interés para incluirlo en el artículo.

Cuando Jean-François comienza a negar con la cabeza y se prepara para hacerlo de viva voz, el periodista le gana la palabra.

—Bueno, tal vez no fue doctor directamente de él, eso es un decir, pero lo fue de su ejército. Todo el mundo lo sabe, ya ve usted que hasta yo me enteré desde la capital. Como usted viajó con él a las campañas de Egipto y Siria...

En cuanto escucha esa afirmación, el doctor Macouzet interrumpe con una carcajada para luego aclarar:

—Discúlpeme, señor Jiménez, pero es que cuando fue la campaña de Egipto yo tenía tan solo un año. No creo que al emperador le hubiera gustado tenerme entre sus filas —dice seguido de otra carcajada antes de añadir—: Además, Napoleón Bonaparte murió cuatro años antes de que yo me graduara como doctor en Medicina —certifica ante la cara larga del visitante—. Así que le aseguro que no viajé con él ni estuve presente en ninguna de sus batallas.

Sin palabras, el decepcionado periodista comienza a guardar sus papeles.

—Pero no se desmoralice, don Evaristo. Tengo algo interesante que contarle: conocí al emperador en persona y, de alguna manera, casi podríamos decir que sí fui doctor de su ejército —le confía a Jiménez, quien se frota las manos a la expectativa del relato.

Jean-François pide a la sirvienta que les prepare dos tazas de chocolate y que le traiga la tabaquera que tiene sobre su escritorio.

Sin esperar a que llegaran los encargos, el doctor francés comienza a relatar aquellas anécdotas con la pasión que le caracteriza.

—El emperador Napoleón tenía un cariño muy especial hacia la ciudad de Lyon y sus habitantes. Como bien se sabe, el amor es recíproco. Por eso, en la

población lionesa Bonaparte tenía un apoyo incondicional. Así que, cuando este escapó de su exilio en la isla de Elba, tras desembarcar cerca de Cannes, marchó directo rumbo a la ciudad de Lyon, en donde las tropas encargadas de defender la ciudad, en vez de detenerlo, se pusieron a sus órdenes en cuanto lo vieron. La autoridad y la seguridad que reflejaba ese hombre eran captadas por todo su ejército, en donde todos estaban dispuestos a seguirlo con los ojos cerrados.

El periodista comenzaba a escuchar lo que quería, así que, con gran interés, lo deja continuar sin interrumpir mientras toma un trago del humeante chocolate que acababan de servirle. El reportero comienza a tomar nota en su libreta, pero se pregunta por qué el doctor no le ofrece uno de los deliciosos tabacos que debía de haber dentro de la caja que la sirvienta le había traído.

—El emperador pasaría esa noche en Lyon —continúa Macouzet entusiasmado— y se marcharía al siguiente día rumbo a la capital, dispuesto a retomar París. Necesitaba que sus tropas estuvieran en la mejor forma, así que mi tutor, el doctor Thomas Prial, se ofreció para atender pequeñas heridas, ampollas o malestares que pudieran tener los soldados. Para ese entonces, yo ya tenía casi dieciocho años y estaba por comenzar mis estudios formales en Medicina, pero ya había practicado con mi tutor, quien me había enseñado mucho y yo le ayudaba muchas veces en su práctica. En esa ocasión, me mandó llamar para que le ayudara y trabajamos juntos todo el día y toda la noche.

El doctor francés continúa contando todas las impresiones que tuvo en su calidad de ayudante, cuando por fin se decide a tomar la tabaquera en sus manos, lo cual hace que el periodista se relama los labios al instante.

—Como agradecimiento por todo lo que habíamos trabajado, el emperador entregó esto al doctor Prial y este quiso que yo lo conservara. «Será un incentivo para tus estudios y tu futura práctica de la medicina», me dijo y así lo fue —admite el orgulloso doctor mientras extiende la caja de tabaco rapé al visitante.²

El periodista la recibe y se queda con la boca abierta al ver relucir en la tapa la N dorada sobre sobre la B azul estilizada con flores de lis en los bordes. El hombre la abre con cuidado para descubrir un papel doblado en el interior. El papel está impreso en lengua francesa, por lo que le pide al doctor que se lo traduzca.

—Este es el mensaje que dio el emperador en esa que fue su última visita a Lyon, pues, como usted sabe, su regreso al mando del Estado fue efímero antes de que lo exiliaran de nuevo hasta su muerte. En su discurso, dijo lo siguiente: «Al momento de dejar vuestra ciudad para dirigirme a la capital, siento la necesidad de haceros conocer los sentimientos que me habéis inspirado. Vosotros habéis estado siempre en el primer rango de mi afección. Sobre el trono o en el exilio, vosotros me habéis mostrado siempre los mismos sentimientos. Este carácter elevado que os distingue especialmente os ha merecido toda mi estima. En momentos más tranquilos, regresaré para ocuparme de vuestras necesidades y de la prosperidad de vuestras manufacturas y de vuestra ciudad. Lioneses, ¡yo os amo! Dado en Lyon el 13 de marzo de 1815» —termina Jean-François antes de meter la mano al bolsillo lateral de su saco para extraer el pañuelo y secar las comisuras de sus párpados, que se habían humedecido con la emoción.

El periodista aplaude satisfecho por la información que había obtenido. Entonces sí, el hombre guarda sus notas con alegría y extiende la mano para despedirse.

—Muchas gracias, doctor Regis. Haré un buen artículo sobre usted y el emperador Bonaparte —dice ya en la puerta antes de darse la vuelta y marcharse.

Jean-François se queda con la boca abierta sin haber tenido tiempo de protestar.

Semanas después, el doctor francés se tira de sus escasos cabellos cuando lee en un artículo «Las aventuras del doctor Juan Francisco Regis Macouzet, médico de cabecera de Napoleón». El falso relato dice que Regis lo había acompañado a Egipto y en todas sus batallas y que, tras la captura del emperador, había fletado un barco rumbo a Japón para huir de una posible persecución, pero que el mal tiempo lo había arrastrado hasta México.

Medio siglo más tarde, la tabaquera recibida de manos del emperador sería utilizada por el nieto de Jean-François, el doctor Roque Macouzet, como estuche para las trece monedas de oro que entregaría a su futura esposa, María de la Parra, a manera de arras durante la ceremonia nupcial.¹⁰

¿Habrá Jean-François atendido al mismísimo emperador durante su paso por Lyon? La duda se mantiene hasta ahora.

² Napoleón no fumaba ni masticaba tabaco, pero periódicamente abría una caja de rapé ricamente decorada y se la acercaba a la nariz para oler el tabaco. Además, se sabe que el emperador Bonaparte tenía la costumbre de ofrecer esas magníficas cajas cuando quería quedar bien con alguien.

¹⁰ Periódico *El Tiempo*, 19 de noviembre de 1902.

6.

Extraño despertar

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

Un grito rompe la calma dentro del palacio de los Azulejos aquella mañana de primavera. Hortensia, la asistente personal de la condesa, sale corriendo de los aposentos de su señora tan pálida como la leche.

—¡Doña Dolores está tiesa! —exclama mientras se inclina sobre el barandal que da al patio central antes de llevar ambas manos a su rostro.

El conde Andrés Diego Suárez de Peredo y Malo esperaba a su esposa en la sala para bajar juntos a almorzar, cuando fue alertado por los gritos de aquella sirvienta. Enseguida, manda a un criado a buscar al doctor y luego va a cuestionar a Hortensia.

—¿Acaso le han vuelto los ataques que sufrió el año pasado? Pensé que ya estaba curada de ese mal —se lamenta el noble caballero.

—No es eso, señor conde. Esta vez está toda tiesa y fría y pálida.

Andrés Diego palidece, a su vez, tras interpretar lo que aquello significaba.

El doctor constata lo que la sirvienta había observado y trata de detectar el pulso de la paciente sin lograrlo, pero antes de emitir su diagnóstico saca algunos instrumentos de su botiquín. Con su martillo de reflejos realiza la percusión de los tendones sin respuesta y pincha diferentes zonas del cuerpo con una aguja sin que reaccione la condesa. Luego, con un espejo hace reflejar la luz hacia las pupilas de la dama, pero estas se mantienen dilatadas. Finalmente, coloca el espejo debajo de los orificios nasales sin que este se empañe en lo más mínimo.

—Lamento confirmar que la señora condesa ha expirado —lanza el médico en tono solemne antes de manifestar sus condolencias al conde y de preparar el acta correspondiente.

El cuerpo de María Dolores, antes de meterla a su ataúd, fue arreglado con un hermoso vestido de terciopelo y con su gargantilla de oro y esmeraldas que hacía juego con su anillo. La condesa del Valle de Orizaba lucía tan hermosa que Andrés Diego no se pudo resistir a besarla por última vez. «Diríase que duerme plácidamente», considera el conde mientras le acaricia el rostro.

Por la noche, la condesa es llevada a la iglesia del convento de San Diego, donde se celebra la solemne misa para su eterno descanso. Al término de la ceremonia, los dolientes, arreglados de manera sobria pero elegante con mangas largas y cuellos altos, parten rumbo al palacio de los Azulejos, en donde les espera el banquete de despedida de la condesa.

Tras la salida del desconsolado conde, seguido de afligidos fieles y de otros que fingen estarlo, los candelabros son apagados por el acólito, quien deja encendidos tan solo los dos cirios a ambos lados del ataúd y continúa su camino hacia la salida. Un fuerte chirrido resuena entonces en la iglesia cuando se cierra el viejo portón.

María Dolores descansa en paz al fin. Su bello rostro resplandece aun con la mortecina luz que emiten los cirios hasta que una sombra viene a cubrirla. No estaba sola, un individuo se había escondido en el confesionario y ahora la contemplaba con interés.

Aquel hombre recorre el santo recinto con su vista para cerciorarse de que era el único vivo en aquel lugar y luego introduce las manos en el féretro. Las manos se deslizan por la nuca de la condesa, la levantan ligeramente y sus dedos se mueven con torpeza por un buen rato hasta que, por fin, abren el broche de la deslumbrante gargantilla, la cual levanta el intruso para verla brillar a la luz del cirio. Manteniendo el collar en su mano, ahora va por el anillo, pero el dedo parece haberse inflamado y no sale de la sortija.

Cuando el hombre comienza a tirar con fuerza, siente como si la mano de la dama se retractara y la suelta al instante. Con el corazón golpeándole el pecho, el bandido observa el rostro de la condesa, que se mantiene tan plácido como a su llegada. «Ya había yo escuchado que los difuntos llegan a hacer movimientos, casi me mata del susto», se dice él mismo antes de desenfundar su puñal y colocar el filo sobre el dedo justo detrás del anillo.

El ratero toma una honda inspiración, cierra los ojos y aplica presión sobre el cuchillo.

—¡Auch! —escucha el hombre salir de la boca de la difunta.

El profanador da un salto hacia atrás y su arma sale volando hasta hacer un escándalo contra el piso. «¿Será que, además de moverse, hacen ruidos?», se pregunta el aterrado infeliz, que no puede controlar el temblor de sus piernas.

María Dolores tiene frío, pero no siente las cobijas para poder taparse. Está muy incómoda y se siente como cautiva. El reverberar de la flama la incita a abrir los ojos para encontrarse con esos dos cirios a su lado. En cuanto se ajustan sus pupilas, la dama constata que no está en su cama y, al observar los detalles de la cúpula, logra reconocer el recinto. Cree estar soñando entonces.

Mientras la condesa elucubraba sobre su situación, el bandido lograba calmar sus nervios y se preparaba para volver al ataque. Cuando este va a recoger el cuchillo, la noble señora escucha sus pasos.

—¿Andrés Diego?, ¿Hortensia? —pregunta ella mientras hace un esfuerzo para sentarse.

En su nueva posición, logra ver al hombre paralizado con su gargantilla en la mano y un charco de orina bajo sus pies.

—¿Quién es usted?, ¿por qué tiene mi collar? ¡Explíqueme lo que está pasando! —exige la condesa.

Con la voz temblorosa, el ratero admite sus malos actos y suplica perdón a la condesa. Ella le pide que la ayude a salir del sarcófago y que le haga un atado en su dedo sangrante para no manchar su vestido. Consciente de que las acciones de aquel hombre podrían haberle devuelto la vida, ella le obsequia el collar y el anillo que había logrado quitarse sin mayor problema gracias al efecto lubricante de la sangre. Enseguida, le hace que le abra la puerta de la iglesia y ella sale caminando rumbo a su palacio.

Gran comilona con música y toda la cosa acontecía en el patio central de la Casa de los Azulejos. Muchos de los asistentes se atragantaban con los manjares ya sin acordarse siquiera de la pobre María Dolores, pero cuando esta llega al convivio hasta se les retuercen las tripas y se les enchueca la boca, a lo que ella solo sonríe. Un par de damas se desvanecen, algunos salen corriendo

despavoridos, otros más se ponen de rodillas y se santiguan, pero sus verdaderos seres queridos, ellos se acercan a su lado.

En cuanto la ve, el conde de Peredo corre a abrazarla y gira con ella durante unos segundos al ritmo del vals que tocaban los músicos. A cada giro, su amor crecía más intenso y las lágrimas de felicidad mojaban el semblante de la noble pareja.

A partir de ese día la joven condesa que había sufrido un evento de catalepsia recibió entre el pueblo el sobrenombre de la muerta resucitada.

Esta historia ha sido contada por generaciones entre varias familias descendientes del doctor Jean-François Macouzet, pues una rama de estas está emparentada con los Peredo y otra con los Malo, estirpes que tanto orgullo causaban a los condes del Valle de Orizaba.

En tu próxima visita a la legendaria Casa de los Azulejos, no dejes de buscar en el interior los emblemas heráldicos de estas dos nobles familias.^{[11](#)}

Mi tatarabuela Antonia de Peredo se encargó de mantener viva esta historia y, con ella, a la condesa María Dolores.

Entre las leyendas relacionadas con la Casa de los Azulejos, se dice que, ya cuando había enviudado, la condesa volvió a sufrir de catalepsia durante la epidemia de cólera.

^{[11](#)} Ver armas de Peredo y Malo en anexo IV.

7.

No es el título lo que da la clase

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

Tras un fuerte estruendo, el portón del mercado de importaciones queda hecho astillas con el impacto del barril que los vándalos hacen rodar hasta él. Abierto el hueco, decenas de léperos¹² entran y salen cargados de las finas mercancías que habían sido traídas desde Asia por la llamada Nao de China.

El caos reina esa noche en la capital del naciente país. La inconformidad con los resultados de las primeras elecciones presidenciales de México se ha convertido en un motín generalizado en el que los pillos encuentran la oportunidad para hacer todo tipo de fechorías a lo largo y ancho de la legendaria ciudad. Lo que había comenzado como una protesta sin líder ni organización en la prisión de la Acordada se ha convertido en una revolución incontrolable.

Apenas algunas semanas antes, todo estaba tranquilo y reinaba el optimismo en la joven nación que se aprestaba a elegir a su segundo presidente, el cual debería ser el primero en ganarse el mandato por el voto popular. Es en ese contexto que don Andrés Diego Suárez de Peredo y Malo disfrutaba de un libro en la elegante biblioteca situada en el segundo piso de su palacio de los Azulejos en la Ciudad de México. Sentado en su sillón favorito, con las puertas de la amplia ventana balcón totalmente abiertas, el señor De Peredo pasaba las páginas inmerso en la lectura. Es así como lo encontró el mayordomo cuando entró de improviso buscando a su patrón.

—Disculpe que lo interrumpa, señor conde, pero el oficial Palacios insiste en ver a su hija. Aunque le hemos dicho que usted no lo permitía, como nos lo

indicó. Además, se está poniendo cada vez más agresivo.

—Hágalo subir aquí a la biblioteca. Yo le haré entender de una vez por todas a ese pelafustán lo que se permite y lo que no en esta casa.

Tras hacer una reverencia, el mayordomo partió y regresó a los pocos minutos acompañado de la insistente visita.

—Oficial Palacios, qué día tan hermoso ha elegido usted para visitarnos —lo saludó don Andrés Diego mientras se acercaba a él para estrechar su mano—. Por favor, tome asiento —indicó el señor De Peredo señalando la silla con un movimiento del brazo.

Con el trato cordial del señor de la casa, el oficial se sintió desarmado y dejó a un lado el comportamiento agresivo que tenía a la entrada del palacio.

—Me han dicho que corteja usted a mi hija, oficial Palacios —fue directo al grano el noble caballero—. Sin embargo, usted debería tener presente que eso no es posible, pues pertenecen a distintas clases.

—Es usted quien debería saber que, tras la independencia, ya no existen diferencias de clase, Andrés Diego —osó responder el uniformado con la vista bien clavada en los ojos de su interlocutor.

—Se dirige usted a mí de una manera muy irreverente, ¿no le parece?

—No lo creo —respondió de manera altanera tratando de restarle importancia con un movimiento de la mano—. Con la independencia de México, se han abolido todos los títulos hereditarios, así que no espere que lo llame conde. Ahora somos de la misma clase.

—La clase no la da el título, señor oficial, sino muchas generaciones de refinamiento —contraatacó el noble con tranquilidad—. Un buen vino se obtiene de una buena cepa y una buena crianza, sin importar el nombre; una viña silvestre y una fermentación regular siempre darán un producto de calidad inferior.

—Petulancia, eso es lo único que destaca en los que se creen nobles; en lo demás, no hay nada que nos haga diferentes. De hecho, no tengo duda alguna de que soy superior a usted en todos los aspectos —termina el uniformado con una sonrisa burlona.

Don Andrés Diego lo escuchaba impávido mientras que al oficial le hervía la sangre. El noble decidió entonces ponerlo a prueba.

—Eso será fácil de demostrar o refutar, señor Palacios. Arreglémoslo en un duelo.

—¡Pues va!, le dejo elegir las armas —confirma el bravo oficial, seguro de su superioridad.

—Elegiré algo menos sangriento, si le parece. El duelo no será a muerte, sino al que logre llegar más rápido a la entrada del palacio. Si usted gana, le dejaré el campo libre para cortejar a mi hija, pero si yo gano se asegura usted de que no vuelva a verlo por el resto de mi vida.

El contrincante aceptó gustoso y, tras cerrar el trato con un apretón de manos, el mayordomo fue designado para marcar el inicio del desafío con el lanzamiento de una moneda de oro. En cuanto el precioso metal emitió su dulce tintineo al chocar contra el piso de mármol, el oficial partió a toda velocidad derrapando por las escaleras.

El señor De Peredo tomó con parsimonia su gran sombrilla y salió al balcón frente a él. Tras abrir el paraguas y sostenerlo con fuerza en una mano, el conde se descolgó del barandal de hierro y se dejó caer al vacío, con lo que llegó a la entrada del palacio en una fracción de segundo.

Cuando el uniformado llegó sudando a la puerta de la residencia, seguro de su victoria, casi le dio el ataque al encontrar al conde recargado en el pilar de piedra labrada fumándose un puro.

—Trato concluido —se limitó a decir don Andrés Diego al oficial que jadeaba y lo miraba con ojos de demonio.

Humillado y enfurecido, Palacios se marchó sin decir palabra alguna. En cuanto este tornó en la esquina, el noble caballero colocó ambas manos sobre su rodilla izquierda y avanzó con dificultad para entrar a la casa y cerrar el portón. Llevaba las piernas lastimadas, sí, pero el corazón alegre por haberse deshecho de aquel vulgar personaje. Aunque por ley había perdido sus títulos, «nadie podía retirarle ni la clase ni el orgullo», según decía, pues, además de haber sido el séptimo conde del Valle de Orizaba, le correspondía ser el 18 mariscal de Castilla y tercer marqués de Ciria.

El motín iniciado en la Acordada se ha extendido por toda la ciudad y los actos de delincuencia alcanzan dimensiones rara vez vistas en la capital. En medio de semejante desorden, los pobladores honestos tiemblan dentro de sus residencias y se sobresaltan al menor ruido cerca de sus casonas. Así sucede a don Andrés Diego cuando escucha golpeteos metálicos en la planta baja de su palacio de los Azulejos. «Están tratando de forzar la cerradura», se dice al tiempo que la adrenalina lo hace levantarse de su cama con el corazón desbocado. Sin pensarlo, el alterado noble toma su sombrilla con punta de espada y se dispone a bajar las escaleras para defender sus bienes mientras se pregunta si los criados se habrían alertado con el ruido.

En la oscuridad, ya a media escalera, el señor De Peredo distingue de pronto el brillo de una lámina metálica a escasos centímetros de él. Tan solo un instante después, el sorprendido caballero siente hundirse en sus entrañas aquel objeto frío. Una y otra vez, el puñal entra y sale a repetición del cuerpo de don Andrés Diego. El oficial Palacios apuñala con tal saña el cuerpo ya inerte del señor De Peredo que ni cuenta se da cuando llegan los criados a detenerlo.

Palacios demostró por sí mismo que no había igualdad de clases, sino que él pertenecía a la más baja de la sociedad, y, muy a su pesar, se gana el título de asesino. El homicida es consignado a las autoridades y, conforme a su título, es condenado a muerte por el método de garrote vil en la plazuela de Guardiola adyacente a la Casa de los Azulejos.

¹² Indigentes que fueron abundantes en la Ciudad de México desde la época de la colonia.

8.

Miedo y valentía

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

En la hermosa ciudad de Morelia, entre calles empedradas y fachadas coloniales de cantera rosa, se erguía la majestuosa casona de mis tatarabuelos Antonio del Moral y Antonia de Peredo. La casa, con su patio central adornado de flores y un pequeño estanque, era un refugio de paz y elegancia. Sin embargo, esa tranquilidad se vería interrumpida por una experiencia espeluznante.

Don Antonio del Moral, un respetado hacendado de porte distinguido y mirada decidida, se preparaba para un viaje a su hacienda, en las afueras de la ciudad. Mi tatarabuela, quien era una mujer de rancia nobleza, belleza serena y carácter sentimental, lo observaba con preocupación mientras él revisaba sus documentos.

—¿Por qué debes irte tan pronto, Antonio? —se atrevió a preguntar ella, con un leve temblor en la voz.

—Debo atender algunos asuntos urgentes en la hacienda, mi amor. La cosecha no puede esperar y hay rumores de que algunos trabajadores están descontentos —respondió él mientras se ajustaba el sombrero para partir.

—Pero me dejas sola en esta casa tan grande —exclamó ella, mirando a su alrededor, como si las paredes pudieran escuchar su inquietud.

—No estarás sola, Antonia. La señora Clara estará contigo. Además, la ciudad es segura. No hay de qué preocuparse —trató de tranquilizarla don Antonio, aunque, en el fondo, sabía que la soledad podía ser un enemigo silencioso.

Esa noche, después de que el jefe de familia partió, el silencio de la casa se volvió abrumador. Doña Antonia se sentó en la galería, frente al patio central, rodeada de las sombras que proyectaban las luces tenues de las lámparas de aceite.

La señora Clara, que la veía inquieta, se acercó a ella con una bandeja de frutas a fin de reconfortarla.

—¿No quiere comer algo, doña Antonia? Todavía quedan de los higos que le gustaron tanto —preguntó la vieja sirvienta, con una sonrisa amable.

—No tengo hambre, gracias. Solo quiero que esta noche pase rápido.

La señora Clara dejó la charola en la mesita frente a su patrona y luego fue a buscar una cuerda para ponerse a atar los arbustos que ya invadían un poco las entradas de los arcos. «Así le hago compañía para que ya no esté tan nerviosa la señora», se dijo la fiel servidora.

Los minutos avanzaron y el ambiente se tornó más pesado. Clara venía de hacer un nudo en el extremo de la cuerda, como el que se usa para lazar ganado, cuando un ruido sordo resonó en el patio. Doña Antonia se sobresaltó y miró a Clara, que también había escuchado el sonido.

—¿Qué fue eso? —preguntó doña Antonia, con el corazón golpeándole el pecho.

—No lo sé, señora. Tal vez un gato —trató de tranquilizarla Clara, pero su voz temblaba.

Ambas mujeres se quedaron en silencio, tensas, esperando que el sonido se repitiera. Y así fue. Un golpe sutil, seguido de un rasguño, provenía del portón de la entrada. Doña Antonia se levantó de un salto.

—Clara, ¡ve a ver qué es! No me gusta esto —ordenó la inquieta dama.

—No, doña, no vaya a ser peligroso. Mejor quedémonos aquí —sugirió Clara mientras se sobaba los brazos.

Pero doña Antonia, impulsada por la curiosidad y el miedo, se dirigió al portón. Con cautela, se asomó a la antesala y, para su horror, vio una mano pasando por la ranura que se formaba al centro cuando empujaban las dos puertas, pues el émbolo vertical no estaba metido en el orificio del piso. La mano buscaba la manija del pasador intentando abrirlo.

—¡Clara! —exclamó doña Antonia en voz baja a la vez que retrocedía como si hubiera visto al diablo.

La sirvienta, al distinguir la urgencia en su expresión, se acercó a ella sin demora.

—¿Qué sucede? —preguntó, alarmada.

—Hay un hombre tratando de entrar. Rápido, ¡debemos hacer algo! —urgió la señora, con ambas manos sobre su cabeza.

Clara, con una determinación repentina, corrió hacia el patio y regresó con la sogá que utilizaba apenas unos momentos antes.

—Voy a lazar la mano del intruso para atarla a la barra antes de que logre abrir —dijo Clara, con una mezcla de valentía y de miedo.

Doña Antonia asintió, aunque su corazón latía con fuerza. Ambas se acercaron al portón con sigilo y Clara, con un movimiento rápido, logró atar la sogá alrededor de la mano del bandido. El hombre, sorprendido, intentó retirar su mano, pero la sogá lo inmovilizó.

—¡Ahora! —gritó doña Antonia mientras ambas tiraban de la cuerda para poder atarla bien apretada a los herrajes del portón.

El hombre forcejeaba y maldecía, pero la sogá lo mantenía atrapado. Las dos mujeres se apresuraron entonces a encerrarse en la casa, desde donde seguían escuchando el inquietante ruido que hacía aquel hombre al tratar de romper la madera del grueso portón.

El ruido se prolongó durante un par de horas antes de cesar por completo, lo cual les dio un poco de tranquilidad, pues eso indicaba que el ladrón, después de zafarse, había decidido marcharse.

La noche se deslizó con extrema lentitud. Doña Antonia y Clara se quedaron sentadas toda la noche en el salón, con las lámparas apagadas, esperando que el peligro se disipara. El anhelado amanecer llegó al fin y una luz tenue iluminó el interior de la casona. La sirvienta se había quedado dormida, pero doña Antonia no pudo esperar un minuto más y se levantó a investigar.

La noble dama salió a la galería y caminó con gran sigilo en dirección al portón. Al acercarse, se encontró con una escena aterradora. Colgando de la sogá, se distinguía una mano inerte, de un tono amarillento, y una mancha de sangre que escurría por la madera hasta el suelo.

—Clara, ¡ven a ver esto! —gritó la horrorizada dama.

La sirvienta corrió hacia ella y, al ver la mano, se llevó las manos a la boca y sintió que se desvanecía.

Doña Antonia trataba de redactar un mensaje para su marido, pero el temblor de su mano no le permitía escribir. Luego de dar varias vueltas al salón mientras respiraba profundo, logró controlar sus nervios y, al final, pudo escribir una nota breve en la que suplicaba su regreso inmediato. Después de poner su sello sobre el lacre, entregó la misiva a Clara para que despachara un mensajero hacia la hacienda.

Cuando don Antonio regresó, su rostro se tornó serio al escuchar la historia.

—¿Una mano?, ¿estás segura? —preguntó el marido, incrédulo, sospechando que el miedo la hacía imaginar esa historia tan inverosímil.

—Sí, Antonio. La sogá estaba atada y solo quedó su mano. Parece que el temor de que lo atraparan los guardias fue mayor que la repugnancia de cometer esa salvajada —explicó ella mientras se secaba las lágrimas que brotaron en cuanto constató que su marido dudaba de la veracidad de aquel acontecimiento.

Don Antonio se acercó al portón y examinó la sogá. Luego, miró a su esposa durante varios segundos antes de preguntar:

—¿En dónde está la mano?

—Se la llevó el carretón junto con la basura, patrón —intervino la sirvienta en defensa de su señora—. ¿Quién iba a poder estar en esta casa junto con esa cosa?

—No se preocupen. A partir de ahora reforzaré la seguridad de la casa —dijo el hacendado, con decisión.

Los días pasaron y, aunque la tranquilidad regresó a la casona, la sombra del intruso permaneció en la mente de doña Antonia.

—Clara, ¿crees que volverá? —lanzó la noble señora mientras miraba los residuos de sangre que se habían quedado absorbidos en las grietas del antiguo portón.

—No lo sé, doña. Pero si lo hace estaremos listas —respondió Clara, con una sonrisa que reflejaba la fortaleza que habían encontrado juntas.

9.

Bailando con el emperador

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

La tensión era palpable en aquel salón del Palacio de Gobierno donde estaban reunidos los notables y emprendedores más distinguidos de Morelia. El emperador Maximiliano recibía los ataques constantes de aquellos industriales encabezados por Joaquín Macouzet, quien contaba con el firme apoyo de sus hermanos y otros destacados hombres de negocios. Ante la embestida, el soberano mantenía la calma y respondía a cada una de las agresiones y preocupaciones de los asistentes.

En situación muy distinta se había encontrado el monarca el día anterior cuando fue recibido en la majestuosa capital de Michoacán «con un entusiasmo que jamás había visto en su vida», según escribió él mismo en sus comunicaciones. Los ciudadanos habían ido a recibirlo a más de veinte kilómetros antes de llegar. Más de quinientos vecinos portaban banderolas y aclamaban al soberano mientras le formaban valla a su entrada. Toda la ciudad estaba adornada en abundancia con fajas, banderolas, gallardetes y banderas de México, además de adornos en cada puerta y ventana. Por la noche, más de doscientas señoritas con banderas tricolores de seda en sus manos desfilaron precedidas por una banda de música. Así avanzaron entre la muchedumbre por las calles iluminadas por vasos de colores colocados al frente de las casas y cazuelejas con manteca encendidas en las azoteas, así como en la fachada y torres de la catedral. Al llegar al lugar de alojamiento del emperador, residencia de la noble familia Malo, este salió conmovido a manifestarles su reconocimiento.

Ahora, el soberano tiene que recurrir a sus habilidades políticas para enfrentar las acusaciones y demandas de quienes lideran aquella sociedad.

—Vuestro Gobierno es de extranjeros y está atendido al ejército francés, sin preocuparse de formar el imperial mexicano —acusa don Antonio del Moral, caballero de los más distinguidos de Morelia por su preparación intelectual y exquisita educación, quien se resistía a aceptar el puesto de prefecto imperial de Michoacán, ofrecido por el emperador.

Para convencerlo, Maximiliano dice entonces que su Gobierno sería todo nacional y libre de influencias extranjeras.

—En menos de dos meses, los mexicanos, sin distinción de opiniones, rodearán el trono y serán mi mejor y único apoyo —asegura el monarca.

El emperador muestra su intención de impulsar el progreso y de dar todo tipo de apoyos para lograrlo. Como ejemplo mayor, promete la construcción de la vía férrea entre Morelia y Guanajuato, para cuyo financiamiento se expedirán doscientas acciones que ellos podrán adquirir.

—Su majestad, la emperatriz, ofrece pagar cien acciones con su propio dinero para poder iniciar el proyecto —certifica el rubio monarca, quien finalmente convence a unos y otros.

El señor Del Moral acepta su mandato y se forman de inmediato comités para iniciar «el camino al progreso».

Tan productiva reunión merecía celebrarse, por lo que las autoridades municipales organizan un baile en honor del emperador en una majestuosa casona colonial ubicada en el Portal Matamoros. Todo el portal es adornado y, en la casa, los pisos son cubiertos de lentejuelas que brillan de manera esplendorosa a la luz de los candiles. En las paredes, se colocan decenas de espejos enormes para que la gran cantidad de veladoras de esperma de ballena iluminen todo el espacio. A lo largo de la galería se colocan muchos asientos y varias mesas con bocadillos michoacanos, bizcochos, dulces y licores para la concurrencia.

Ese 14 de octubre de 1864, invitaciones habían sido enviadas a la alta sociedad de Morelia, quienes dejan ver su buen gusto y elegancia al presentarse con sus grandiosos vestidos, joyas y trajes de etiqueta. Tras los aplausos, entra el emperador escoltado por la guardia palatina, con sus vistosos uniformes rojos y con un yelmo plateado rematado con un águila mexicana. El monarca, vestido

todo de negro, saluda con la cabeza a los asistentes y va a sentarse al trono dispuesto para él.

El baile comienza entonces con la cuadrilla de honor, en la que Maximiliano baila con doña Antonia de Peredo, por ser la esposa del señor Del Moral, su nuevo prefecto imperial. Al no haber viajado la emperatriz Carlota en esta visita, don Antonio del Moral baila con Dorotea López, la esposa de Joaquín Macouzet. Después se integran al baile los demás invitados.

Terminada esa primera pieza, los hombres de negocios encienden sus auténticos puros de Orizaba y se reúnen bajo los arcos que rodean al patio central para planear con entusiasmo los nuevos proyectos de desarrollo que apoyaría el emperador. Las damas lucen sus más exquisitos vestidos ahuecados por amplias crinolinas mientras se desplazan con gracia para ir a elegir algún dulce de las mesas.

Cuando el señor Macouzet se aleja de su esposa para reunirse con los empresarios, Maximiliano se excusa con el grupo de dirigentes que lo acompaña para acercarse a ella. Dorotea se sorprende y se ruboriza, sobre todo cuando el soberano la felicita por la breve pero sobresaliente carrera artística que ella había tenido antes de casarse. En Morelia, esa etapa de su vida estaba censurada, pues ahora era la esposa de una persona «respetable» y nadie se atrevía a comentar sobre su pasado como destacada actriz. El emperador, sin embargo, como admirador de las bellas artes, estaba bien enterado de quiénes habían sido las celebridades mexicanas en el teatro. Tras haberle manifestado su aprecio, el monarca regresa a atender los asuntos de Estado y Dorotea se queda en las nubes por ese inesperado reconocimiento.

Al terminar la fiesta, el primer oficial entrega a doña Antonia de Peredo un regalo del emperador como agradecimiento por haber abierto el baile con él. Al retirar la tapa de aquella caja envuelta de manera exquisita con listón y moño de seda, la dama se deslumbra al ver el fino juego de té y vasos de cristal cortado, ambos adornados con el monograma de Maximiliano.

Antes de regresar a México, el emperador deja bien claro en una de sus comunicaciones enviadas a la capital:

... esta ciudad es turbulenta, de espíritu vivo y de sangre más caliente. Es un pueblo inflamable y, por ello, también peligroso. Es la ciudad más peligrosa y políticamente la más difícil del imperio. La ciudad es hermosa, tiene ricos palacios...

En tan solo algunos meses después de su esperanzadora visita, todo se viene abajo. Las promesas no son cumplidas en los plazos establecidos y los detractores del imperio se van haciendo numerosos.

Dorotea debe enfrentarse ella sola a las tropas imperiales cuando estas tratan de entrar a su casa a capturar a su marido por haberse expresado abiertamente contra las políticas del emperador.

Joaquín Macouzet será finalmente detenido por un batallón belga mientras quema papeles con su amigo el empresario Félix Víctor Alva. Joaquín quedará gravemente ofendido por el incidente, lo cual avivará su animadversión al régimen.

Don Antonio del Moral deberá renunciar cuatro veces a su cargo de prefecto imperial antes de que esta sea aceptada, pero la aceptación vendrá acompañada de una acusación por traición.

La hermosa casona en la que se realizó el baile sería después propiedad del matrimonio de Juan Macouzet López y Concepción del Moral Peredo, hijos de Dorotea López y de Antonia de Peredo, respectivamente. En épocas más contemporáneas, dicha casa sería convertida en el legendario Cine Colonial y ahora es el majestuoso Teatro Matamoros.

Algunas piezas de los vasos de cristal y del juego de té¹³ se conservaron de generación en generación y pasaron a manos de Dorotea Macouzet del Moral, nieta de doña Antonia. Mi papá lo recuperó tras el deceso de mi tía Dorotea para que siguiera siendo resguardado por miembros de la familia.

¹³ Ver imagen en anexo V.

10.

El mito de la sangre azul¹⁴

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

Mauro se puso pálido cuando vio entrar a su abuela en su recámara llevando entre sus manos la camisita de seda de cuello alto y encajes en los puños y en el frente.

—Ya hice que te la plancharan, Mauro, para que vayas bien elegante a la escuela —le dijo la distinguida dama antes de colocarle un beso en la frente y salir del cuarto para darle privacidad al niño mientras se vestía.

En cuanto salió la abuela, entró doña Teresa, la madre, para entregarle el pantaloncito corto de terciopelo azul que debería vestir junto con la camisa de encajes. Con esa ropa de francesito aristócrata del siglo XIX, Mauro se sentía como si fuera un muñeco de porcelana del que se reían todos los niños en la escuela.

Mauro había soñado con poder ir a la escuela y convivir con otros niños, pues la mayor parte de la educación primaria había tenido que hacerla solo con profesores privados en su casa. Fue hasta que un sacerdote amigo de la familia dijo que se estaba aislando al niño de la realidad social que su madre y su abuela accedieron a enviarlo a cursar el último año de primaria a una escuela.

La emoción que Mauro había sentido por poder al fin relacionarse con niños de su edad se transformó en ansiedad a partir del primer día de clases cuando se presentó vestido de esa manera. Todas las miradas, risas y murmullos apuntaban hacia el niño nuevo.

—¿Por qué tengo que vestirme así, mamá? Los otros niños llevan pantalones largos de lana y camisas de lino sin adornos —trataba de comprender el pobre niño.

—Porque nosotros somos de una casta diferente a la de esos niños y tú deberías sentirte orgulloso de ello. Los niños deben vestirse de acuerdo con su clase. No quieres vestirse como la indiada o los pelados, ¿verdad? —le explicó su madre con solemnidad mientras le ayudaba a abrochar los múltiples botoncitos de concha nácar.

—Pero, mamá, ¿qué importa eso? La gente es gente, ¿no? —respondió el niño con un tono que desafiaba la solemnidad de su madre mientras la miraba con ojos de incompreensión.

—¡No digas tonterías! —exclamó doña Teresa, su voz resonando en la amplia recámara antes de aclarar—: Aunque todos somos del mismo barro, no es lo mismo bacín que jarro.

La frase, repetida como un mantra, era su defensa ante cualquier insinuación de igualdad. Mauro se encogía en su silla, sintiendo el peso de la tradición familiar aplastarle el pecho.

Doña Teresa Estrada Macouzet fue siempre fanática de su familia. Saboreaba en el fondo del alma ser una aristócrata y les inculcó a sus hijos que eran de una casta especial, con la frustración de que Mauro no se convencía o parecía no dar importancia a esta situación heredada. Hasta su muerte, doña Teresa habría de lamentar el escepticismo de su hijo al respecto.

La respetable señora había estado casada con un doctor, director del Hospital Militar de Guadalajara, quien había muerto de manera inesperada. Mauro no había cumplido aún los cinco años y, de allí para adelante, su niñez transcurrió a la sombra de la familia materna, moreliana de abolengo. A partir de ese momento, su familia quedó compuesta por su abuela, dos tías solteronas, su madre, tres hermanas y un hermano.

Mauro, a su corta edad, ignoraba que, durante los trescientos años que duró el virreinato de la Nueva España, la sociedad mexicana era de castas de forma descarada. Morelia, en ese segundo cuarto del siglo xx, apenas despertaba de aquel pasado y se movía perezosamente hacia una modernidad menos dispareja. Él desconocía la realidad descarnada de ese otro mundo de las castas populares, pero ya imaginaba que existía un submundo al ver a la gente cuando salían a la calle; a muchos se les adivinaba la pobreza.

La familia habitaba en una mansión tipo colonial a dos cuadras de la catedral y a media cuadra de la Calle Real. La casa tenía su amplio patio central rodeado por arcos de cantera. Las recámaras se encontraban en la planta alta, en donde se distinguían muebles elegantísimos, espejos enormes con marcos dorados, camas de latón muy elaborado y complicado, retratos de personajes con aire de grandeza, vitrinas con objetos preciosos, candiles y encajes en profusión. Todo con olor a viejo y con aire pesado, solemne, señorial, poderoso, tranquilo.

A un tiro de piedra, estaban las casas de los parientes, varias de ellas más grandes y elegantes que la de su abuela, viuda desde su juventud: las de las tías Estrada Chávez, las de los Macouzet, las de los Iturbide, de los Malo, de los Román, de los Ibarrola, de los Sámano. Así, Mauro concluyó que toda la gente elegante de Morelia eran sus parientes.

Un tema de conversación casi cotidiano era el de las haciendas que en buena lid había poseído la familia. También, en innumerables ocasiones, los pequeños huérfanos escucharon que el bisabuelo, el doctor Macouzet, había sido médico de Napoleón Bonaparte, que la madrina de su tía Lupe había sido una marquesa, que el emperador Maximiliano se había hospedado en la casa de la tía Panchita Malo, que el primer coche en Morelia había sido de la tía María Macouzet, hermana de su abuela, entre otros privilegios que había tenido la familia.

Morelia parecía vivir en el pasado y del pasado. Muchos la llamaban irónicamente la ciudad de los tubos y quienes así lo decían explicaban:

—Es que allí todos los que se creen de alta clase te dicen que su familia «tuvo» tales y cuales propiedades y privilegios.

Mauro y sus hermanos eran huérfanos y tenían limitaciones, así que todas esas historias de grandeza no cuadraban con su condición.

Mauro reflexionaba sobre cuál era la intención de su familia de mantenerlo en esa burbuja. Por fortuna, decía Mauro ya en su juventud que las aristocracias le tocaban solo por mitad. En efecto, por el lado de su padre, se suponía que eran gente popular. A su padre se le consideraba una persona común y corriente a pesar de haber sido este un hombre exitoso que a la edad de veintisiete años ya era director general de un hospital militar.

Sin embargo, una cosa encontró de positivo en toda aquella mitología: el concepto de «nobleza obliga». Si te convencen de que eres de clase refinada, es fácil que trates de ser una persona muy correcta. Y él sentía que debía estar a la altura de aquel privilegio.

Con el tiempo, Mauro se convirtió en un reconocido psicólogo y académico, destacando por sus estudios sobre la creatividad. Publicó numerosos libros y, aunque la sombra de su linaje siempre lo acompañó, él había encontrado su propio camino. En su mente, resonaban las palabras de su madre, pero ahora, en lugar de ser un peso, eran un recordatorio de que la verdadera grandeza no reside en la casta, sino en el valor de ser uno mismo.

¹⁴ La información presentada en este relato proviene de la publicación original de Mauro Rodríguez Estrada (†), titulada *La pretendida sangre azul*. En este relato, el texto ha sido resumido, modificado y comentado. El texto original puede leerse en: Rodríguez E., M. (2004). *Mis herejías y sus verdades*. Editorial PAX.

11.

Exiliadas de su pasado

MARÍA DE LOS ÁNGELES MACOUZET ZAMACONA

En una hermosa mansión ancestral de Morelia,¹⁵ en el tercer cuarto del siglo xx, habitaban un par de damas muy singulares que se distinguían por su refinada educación. Ni de jóvenes, con su envidiable elegancia y clase, ni en su tercera edad, con su intachable gentileza y distinción, pasaron inadvertidas las señoritas Soledad y María Iturbide del Moral, primas de mi papá.

A su avanzada edad, Soledad, a quien todos llamaban Cholita, se encontraba un día en cama con achaques que le impedían movilizarse como ella hubiera querido, pero había algo que sí estaba dispuesta a hacer, para lo cual no necesitaba levantarse de su cama.

—Sulpicia, por favor, descuelga el teléfono y pide a la operadora una llamada de larga distancia para que me comuniquen con la embajada de México en Francia. Quisiera hablar con el señor embajador —pidió mi tía a su sirvienta, quien, insegura de poder hacer lo que su patrona le pedía, se dirige al aparato telefónico para marcar el acceso a las llamadas por operadora.

Una mañana, algún tiempo antes de ese acontecimiento, mis tías Cholita y María Iturbide se encontraban arreglándose con sus elegantes atuendos que recordaban el auge del porfiriato que había quedado atrás hacía más de medio siglo.

—Cholita, ¿cómo sigues de tu espalda? —preguntó su hermana, María, mientras Sulpicia le ayudaba a abrochar los múltiples botoncitos de la camisa de encaje que le cubría hasta la parte más alta del cuello—. Recuerda que hoy vienen Pepe y Mari con los sobrinos, que no se te olvide decirle que te revise.

—Ya casi no me duele. Creo que solo fue una pequeña torcedura, pero sí, él, como doctor, sabrá decirme si es de cuidado o no. Qué bueno que me recordaste que vienen los sobrinos, pues ya ves qué ilusión les hace que les demos su domingo. Tengo que ir a buscar a la caja monedas de un peso.

De su tocador de maderas exóticas, frente al cual se encontraba sentada polveándose las mejillas con todo cuidado, Cholita saca una pequeña llave, se levanta con dificultad y, con el apoyo de su bastón, avanza hasta el armario.

Al poco tiempo, la detallista dama regresa mostrando una agradable sonrisa de satisfacción mientras porta en su mano una pesada bolsita de carnaza.

—Hay suficientes pesos para todos los niños —indica la anciana a su hermana antes de voltear a ver a la sirvienta—. Sulpicia, por favor, cuando acabes de ayudarle a la señorita María, frota las monedas con bicarbonato y limón para que estén como nuevas cuando lleguen ellos —dice mientras extiende el saquito a la servidora.

Nosotros ya estábamos emocionados de saber que íbamos a ir a la casa de las «tías popof», mencionó alguno de mis hermanos, a lo que mi papá reaccionó al momento.

—No hay que ser irrespetuosos con sus tías. Ellas los quieren mucho y se sentirían incómodas si escucharan que se refieren a ellas de esa manera.

—Pero así les dice Manolo —me atreví a replicar pensando que, si mi hermano el sacerdote lo decía, no podía ser algo malo.

—Eso es una broma que hace él y lo dice con cariño, pero si lo repetimos ya es otra cosa, así que mejor llamémoslas por su nombre —agregó mi mamá antes de tomar el brazo de mi papá para ponernos en marcha para caminar por toda la avenida hasta el centro de la ciudad.

Además del gusto que nos daba siempre ir a visitarlas, en esta ocasión era especial, pues al encontrarse su casa sobre la avenida Madero, antigua Calle Real, sería el punto ideal para ver pasar el desfile conmemorativo de la Revolución mexicana.

Ya en la casa de mis tías, la chiquillada rompió con la paz de aquella casa que se mantenía siempre impecable entre hermosos cojines de seda, sillones de terciopelo, vajillas de porcelana decoradas con filo de oro, adornos de plata,

gobelinos y hermosos óleos sobre los muros, entre otras decoraciones que me dejaban maravillada.

Desde los balcones del segundo piso, teníamos una vista privilegiada del desfile. La banda militar exaltaba el ánimo de los espectadores con sus trompetas, trombones y tambores que se sentían retumbar hasta en el corazón; la caballería con sus impresionantes corceles formados por colores, blancos, negros y alazanes; los elegantes charros con sus anchos sombreros y sus botonaduras de plata que enaltecían la bandera nacional. En fin, todo en ese evento nos cautivaba a mis hermanos y a mí.

—¡Qué bonito!, ¿verdad? Aunque me parece irónico que esto represente algo tan terrible como fue la revolución —se lamentaba Cholita—. Tanto sufrimiento que se produjo en ese tiempo; muertes, abuso contra personas inocentes y educadas tan solo porque gozaban de una buena posición económica; tantas haciendas productivas que les quitaron a miembros de nuestra familia y que ahora no producen nada; todo el progreso que había ganado nuestro país durante la presidencia de don Porfirio se vino abajo con ese conflicto. En fin, no estoy segura de que debiéramos estarlo celebrando —agregó mi tía ya con un aire de melancolía mientras su mente se iba a los buenos tiempos del porfiriato.

—Veámoslo como una celebración de que aquel horrible conflicto terminó, Cholita, y como un recordatorio de que, mientras no haya justicia social, el progreso será siempre inestable —la consoló mi papá.

Mis tías Iturbide del Moral habían tenido la hermosa y productiva hacienda de Tipítaro, productora de piloncillo,¹⁶ que, en realidad, era propiedad de sus padres durante la revolución. Sabiendo los crímenes espantosos que los revolucionarios estaban cometiendo en las diferentes haciendas y el peligro que corría su familia en un México que caía en las garras de la anarquía, sus padres no dudaron en llevarse a toda la familia a Europa durante los largos años que duró el conflicto y la inseguridad. Durante su exilio, las aristócratas señoritas tuvieron la oportunidad de viajar a Roma y a las principales capitales en compañía de su familia antes de establecerse en París, donde más tarde las alcanzó el mismísimo expresidente Porfirio Díaz, también exiliado de su patria.

La visita a la casa de mis tías terminó con un deleite más: su clásico queso de almendra, un dulce que nos fascinaba a todos y que degustamos con el gusto de siempre. Al momento de agradecer y despedirnos, las generosas damas no nos dejaron ir hasta haberle regalado a mi mamá un tazoncito decorado con motivos florales de color azul, pues la querían mucho y sabían cuánto le gustaba esa porcelana. Aunque a mi mamá le daba pena llevarse una pieza de la vajilla, terminó por aceptarlo como recuerdo por el cariño que les tenía a mis tías.

En los días que siguieron, mi tía Cholita se quedó pensativa sobre aquellos tiempos en que se desencadenó la revolución y que tuvieron que refugiarse en París. También recordó el apoyo que habían recibido por parte de la embajada de México en aquel país europeo, así que no quiso esperar más para comunicarse con el embajador.

Después de varios intentos y de mucho esfuerzo por parte de Sulpicia y de la operadora de la compañía de teléfonos, lograron establecer una comunicación llena de interferencias con la embajada de México en París. Ahora el problema era que la comunicaran con el embajador, para lo cual la fiel sirvienta tuvo que pasar el auricular a Cholita, pues a ella no le hacían caso.

Al escuchar la voz y las explicaciones de la anciana, la agente diplomática se compadeció de mi tía y la comunicó con el embajador. Para la gran decepción de mi tía, el embajador ya no era el mismo que cuando ella había estado en París sesenta años atrás, algo que no se le había ocurrido considerar.

El aislamiento de mis tías en su mundo de privilegios era tal que desconocían muchos aspectos de la vida cotidiana del resto de la población. Mi tía Cholita había escuchado que cuando alguien se expresaba de manera vulgar la gente le decía: «Hablas como carnicero». Ella estaba entonces muy intrigada acerca del mundo de los carniceros; no podía imaginar cómo era una carnicería y no quiso quedarse con la duda. Así, ya estando ella en silla de ruedas, le cumplieron su deseo de llevarla a conocer en persona lo que era una carnicería.

Las recuerdo con mucho cariño y agradecimiento porque hicieron de mi niñez algo muy bonito al compartirnos sus balcones, su delicioso queso de almendra, sus brillantes monedas que recibíamos con ilusión y sus tiernas sonrisas.

¹⁵ Ver información interesante sobre esta casa en el escrito titulado *Una casa llena de historia*, original del doctor José Macouzet Iturbide, reproducido en el anexo VI.

¹⁶ Azúcar morena en forma de panes cónicos.

12.

Viaje de bodas

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

Una joven pareja mexicana disfruta de la vista espectacular que ofrece el atardecer mientras se pasean sobre la cubierta del moderno barco de vapor que se desliza sobre la inmensidad del océano Atlántico. Un parisino de aire altanero no les quita la vista de encima y, con ademanes irónicos, comenta con un par de hombres que lo acompañan. El pequeño grupo sigue entonces la burla al imitar los gestos cariñosos del caballero mexicano.

Hace apenas un par de días que el transatlántico francés La Champagne zarpó del puerto de Veracruz. Tras haber dejado atrás los cálidos vientos del golfo de México, el barco avanza ahora en mar abierto mientras la fresca brisa hace que el vapor de las grandes chimeneas se eleve tan alto que pareciera juntarse con las nubes.

Manuel Macouzet Malo besa con ternura el brazo de su esposa y prima hermana María Débora Macouzet Malo, para luego besarla en el cuello, la mejilla y los labios. El francés que los observa lanza besos de manera exagerada y se ríe junto con sus amigos de aquellas manifestaciones de amor.

—Ya no aguanto a ese francés ni a su grupo de imbéciles —confiesa Manuel indignado—. Son una bola de envidiosos que ya quisieran tener una mujer tan bella y refinada como tú.

—No les hagas caso. Mejor vámonos a la cabina, no vaya a ser que se despierte Esperancita —sugiere María al tiempo que toma la mano de su marido para iniciar su desplazamiento—. Aunque ya tiene siete años, me da miedo que esté sola en este barco. Vamos para acompañarla.

—Yo no quiero meterme al camarote tan temprano —se opone su esposo y le suelta la mano—. Ve tú a descansar con ella, yo voy a tomarme una copa en el casino y te alcanzo más tarde.

—¡Al casino no, por favor! —se exalta la joven dama—. Recuerda que el dinero que traemos deberá alcanzarnos para recorrer Europa.

—Lo sé. No te preocupes, no lo perderé todo —dice Manuel y luego le coloca un beso en los labios cuando ella comenzaba a abrir la boca para protestar.

El joven marido se marcha sin decir más y María se queda como paralizada junto a la borda con el corazón angustiado. El casino le da pánico, pues su primer esposo, el acaudalado Crescencio Oseguera, había muerto dos años atrás, en 1908, de un balazo en el vientre, resultado de una disputa de juego. La pequeña María Esperanza, producto de aquel matrimonio, acompaña ahora a su mamá en su viaje de bodas con su segundo esposo.

Manuel es consciente de aquella tragedia y sabe que a su esposa le preocupa, pero él necesita distraerse en ese barco. Además, se siente protegido, pues a sabiendas de que iría al casino no olvidó enfundarse el revólver y llevarlo escondido bajo el saco. En caso de una improbable disputa, no sería él quien terminara con una bala en el estómago.

Al ver que el compañero de la dama se había marchado y que ella quedaba inmóvil en cubierta, el francés burlón, con ínfulas de dandi, pasa los dedos entre su cabello rubio y se acerca a ella.

—¿Puedo ayudarla en algo, *madame*? —pregunta el hombre con su rostro a escasos centímetros del de ella.

—No, gracias, señor —responde ella tratando de retroceder, pero la borda no se lo permite—. Ya voy de regreso a mi cabina.

—Llámeme Victor, Victor Tardán¹⁷ —dice casi tocándola con sus labios mientras pone sus manos sobre la borda a ambos lados de la espantada mujer—. Soy el dueño de la famosa sombrerería Tardán. «De Sonora a Yucatán, con sombreros Tardán» —canta el hombre la popular rima publicitaria.

—Lo siento, no lo conozco. Ahora déjeme pasar —exige María tratando inútilmente de empujarlo con sus manos.

—Yo la puedo hacer pasar un momento más agradable que ese adulator que la empalagaba. Bien ha hecho usted en despedirlo —lanza el acosador para luego acercarse más a ella con dudosas intenciones.

Manuel se había tomado un coñac en el bar, pero todas las mesas de juego estaban llenas y no quiso esperar, pues le dio desconfianza jugar con los que allí se encontraban. En cuanto este sale a cubierta, ve frente a él la escena del francés acosando a su esposa.

—¡Maldito! —exclama el ofendido marido al tiempo que mete mano a la cintura y saca el revólver para apuntarlo en dirección a Tardán.

—¡No, Manuel! —exclama María, pero la detonación del disparo resuena tan solo un instante después de sus palabras.

La tripulación no tarda en aparecer para derribar al dueño del arma y atarle las manos en el torso con un nudo marinero. Otros van a prestar auxilio a la víctima y lo llevan de inmediato a la enfermería.

El señor Macouzet es entonces confinado en una de las cabinas de adelante del navío y es mantenido incomunicado hasta la llegada a Saint-Nazaire, en donde es entregado a las autoridades marítimas.

El agredido francés, por su parte, toma ese mismo día el expreso a París con tan solo un rasguño en el hombro izquierdo.

El detenido es entrevistado al siguiente día por la máxima autoridad portuaria en presencia del cónsul mexicano. Tras haber dado su declaración, el acusado es enviado a los separos¹⁸ mientras se realiza su juicio. Un día más tarde, la noticia del «susceptible mexicano» es publicada en los diarios franceses.¹⁹

—Las acusaciones que se hacen a su marido son muy graves, madame Macouzet —advierte el elegante abogado mientras soba su bigote—. Estas podrían valerle media vida tras las rejas. Sin embargo, está usted tratando con uno de los grupos de abogados más prestigiosos en Francia. Conocemos las estrategias para reducir la pena a lo mínimo posible. No obstante, usted deberá ser consciente de que eso requerirá dar un trato especial a funcionarios influyentes y eso conllevará gastos mayores. Esta es una estimación de lo que necesitaremos para poder iniciar la defensa —dice mientras tiende un papel a la

acongojada esposa—. Antes de dos meses, necesitaremos otra cantidad igual y el doble de la suma cuando logremos la liberación del acusado.

María observa con asombro la demanda claramente abusiva de los abogados, quienes, sin duda, habían investigado sus capacidades financieras. Sin más remedio, la acongojada esposa entrega la cantidad solicitada al jurista usurero, cuyos ojos brillan tanto como la pila de monedas de oro que ella coloca sobre el escritorio.

El monto del primer pago equivalía casi a la totalidad de lo que habían traído para todo el viaje, por lo que María no tiene más remedio que embarcarse junto con su hija en el primer transatlántico disponible para viajar a México y luego regresar con más dinero para la defensa de su marido.

Al cabo de más de dos meses de reclusión, Manuel, María y Esperancita van de regreso a Morelia vía Nueva York a bordo del transatlántico La Provence. El viaje de bodas había sido un fiasco, pero María no puede estar más feliz en ese momento tras haber sacado a su marido de la cárcel y estar viajando de regreso a su hogar. Además, María viaja tranquila, pues revisó varias veces el equipaje de su esposo para asegurarse de que no había pistolas y le hizo prometer que no iría al casino. Ante las circunstancias, Manuel no puede más que obedecer y agradecer a su querida esposa.

¹⁷ Pronunciación españolizada del francés Tardin.

¹⁸ Celda para incomunicar a los reclusos.

¹⁹ *L'Ouest Éclair*, 29 de mayo de 1910.

13.

Dos silencios

MERCEDES GÓMEZ DOMÍNGUEZ

Esta historia me la contó mi abuelita Mercedes Macouzet Macouzet cuando yo era chica. Sus palabras me han acompañado siempre y han sido un apoyo importante cuando he debido enfrentar momentos difíciles. El relato describe un pasaje en la vida de mi bisabuelita Mercedes Macouzet del Moral. Ella se propuso contarles a sus hijos esta historia de fortaleza para que ellos, a su vez, se las contaran a los suyos. Su intención era que, frente a cualquier adversidad que atropellara nuestros destinos, pudiéramos encontrar fuerza para seguir adelante, así como ella lo hizo.

Ese 22 de abril de 1914, Mercedes Macouzet del Moral celebraba su cumpleaños número 19. En vez de estar contenta, Mercedes se sentía decaída, pues las cosas eran muy diferentes a como habían sido en sus cumpleaños anteriores, en los que el júbilo y los festejos habían invadido esa grandiosa casona colonial —ahora Teatro Matamoros—, en la que vivía con sus padres y hermanos.

Desde su balcón, la hermosa joven miraba pensativa la majestuosa catedral de Morelia, la cual estaba situada justo después de la plaza de Armas, a la que daba su ventana. Tras haber disfrutado de una niñez y adolescencia colmadas de alegría, el futuro se anunciaba muy incierto. Las tropas revolucionarias sembraban el terror a lo largo del país mientras robaban y destruían todo a su paso. Esos grupos rebeldes habían estado cobrando una fuerza incontenible en el estado de Michoacán; su entrada a Morelia era inminente.

Esa amenaza afectaba el ánimo de toda la población, pero lo que en realidad robaba la alegría a Mercedes era el estado de salud de su padre, Juan Bautista

Macouzet López. Don Juan ya casi no salía de su habitación, su piel se tornaba amarillenta y sus fuerzas se consumían día con día.

Cuando aún era un niño, Juan Bautista había sido enviado por su padre a estudiar en Francia. El encontrarse lejos de su familia en un país extranjero lo hizo crecer con una sensación de vacío al faltarle a su lado el cariño de sus padres y de sus hermanos. Su madre, que se llamaba Dorotea, era una mujer muy sensible y sufrió enormemente cuando su marido se llevó a Juanito, por lo que le suplicó que no fuera a enviar a los otros niños a Francia, que no podría soportarlo. Su solicitud fue escuchada, pero lo de Juan ya estaba hecho. Este no regresaría a Morelia hasta después de sus veinte años, cuando terminara sus estudios en Comercio. Dicen que cuando regresó se expresaba mejor en francés que en español y que este lo hablaba con un acento extraño.

El estar lejos de su familia le forjó un carácter sólido y formó a un hombre fuerte y culto, lleno de bondad y sabiduría. Consciente del cariño que le había faltado durante su ausencia, él se entregó en cuerpo y alma a su familia y estableció fuertes lazos con cada uno de sus hijos, especialmente con Mercedes, quien apreciaba de manera especial el amor que su padre le profesaba.

Mientras la joven meditaba en aquel balcón, con los brazos recargados sobre el elegante barandal de hierro forjado, una voz la hizo sobresaltar.

—Hija, tu papá pregunta por ti. Quiere felicitarte por tu cumpleaños —le dijo su madre desde la puerta de su habitación.

Sentada junto a su lecho, Mercedes dejaba que su papá acariciara su mano mientras él le decía con voz débil lo orgulloso que estaba de ella. Don Juan sabía que en esa casa había algo que su hija apreciaba más que cualquier otra cosa y él estaba dispuesto a ofrecérselo: su caballo blanco.

—Te prometo que siempre cuidaré de él con todo mi corazón, papá —dijo ella ante tan valioso regalo antes de recargar su cabeza sobre el pecho de su padre para esconder sus lágrimas, pues ella sabía el aprecio tan grande que él tenía hacia ese animal, pero presentía que nunca más tendría la ocasión de montarlo.

Cada vez que tenía oportunidad, la joven Mercedes caminaba por la invitante galería que rodeaba al primer patio y continuaba por un pasillo que la conducía al segundo patio, en donde había árboles frutales y macetones con flores que su

mamá mantenía impecables. Al fondo de ese ameno jardín, se encontraban las caballerizas, adonde llegaba ella directamente a abrazar a ese caballo tan especial, la montura favorita de su padre.

Mercedes tenía un gran cariño por ese caballo. Durante toda la enfermedad de su padre, ella se sentaba junto a él, lo acariciaba y le hablaba y él, a su vez, profesaba empatía en su mirada. El dócil animal parecía comprender la tristeza de la joven por la enfermedad de su padre, por lo que su sola presencia mitigaba las angustias de mi bisabuela. Ella le había prometido a su padre cuidar del caballo, pero sabía que, en realidad, era aquel noble ser quien cuidaba de ella.

Lo que más temían los ciudadanos de Morelia acontece el último día de julio, cuando los revolucionarios tomaban la hermosa ciudad en medio de gritos, robos, disparos y destrozos generalizados. Los días que siguieron se convirtieron en un infierno para la población.

Agosto trajo consigo una tormenta de horror. Los revolucionarios, impulsados por la desesperación y la ira, decidieron que el hogar de Mercedes, junto con sus animales y provisiones, sería un blanco fácil. Grupos de hombres armados irrumpieron en la casa con gritos de violencia que resonaban en aquellas altas paredes que habían atesorado risas y memorias.

Cuando comenzaron los golpes aterrizantes que los rebeldes daban para destruir el portón, mi tatarabuela reunió a todos sus hijos en su recámara y cerró la puerta con llave. Una vez encerrados, tomó en su mano la pistola de su esposo y ordenó que todos se mantuvieran en silencio. Dentro del cuarto, tan solo se escuchaba la respiración difícil de don Juan, pero fuera el desorden era cada vez mayor. Los balazos y los gritos de los revolucionarios hacían temblar los cimientos de la casa.

Agonizante, cada respiración de don Juan era un eco de la vida que se desvanecía y mi bisabuela se enfrentaba a la cruel realidad: no solo estaba perdiendo a su padre, sino su hogar, su mundo. Mientras el caos se desataba, el dolor de mi bisabuela se vivía en silencio. Su padre yacía en su lecho de muerte, el hálito de vida escapando lentamente de su cuerpo.

Los revolucionarios llegaron hasta los establos y el sonido del relincho angustiado de su caballo preferido resonó con fuerza en el aire. Mercedes se

exaltó y corrió hacia la puerta de la habitación empujándola y jalándola con desesperación. Su madre tuvo que abalanzarse hacia ella para tranquilizarla y luego reflexionó sobre su acertada decisión de haber cerrado con llave.

Mercedes corrió entonces a la ventana, desde donde vio las manos brutales de los revolucionarios arrastrando a su caballo, el corazón de la joven se desgarraba en el mismo momento. Ese caballo no solo representaba un símbolo de herencia y de historia familiar, sino también un consuelo en medio del dolor.

Al mismo tiempo que escuchaba el último cabalgar del caballo, las últimas respiraciones de su padre dejaron la casa en total silencio.

Sé que mi bisabuela hubiera querido abrazar a su querido caballo y sentir en él el amor de su padre. Ella había pensado que la ternura que le prodigaba el caballo mitigaría sus lágrimas una vez que su padre no estuviera, pero ambos se habían ido al mismo tiempo.

Ella solo pudo llorar.

Lo que siguió fue una combinación inusitada de angustia y fortaleza. Cuando finalmente quedó sola, con la casa en silencio y el eco de la violencia aún resonando en su mente, su angustia fue profunda. La pérdida de su padre era irremediable, un vacío insondable. No obstante, entendió que había sobrevivido a la tormenta y que su fortaleza era mayor que las pérdidas que había enfrentado.

Así, en esa casona colonial de Morelia, la historia de mi bisabuela se convirtió en un ejemplo de vida, de una mujer que luchó en medio de toda adversidad. A través de sus lágrimas y su coraje, su legado continuaría iluminando las sombras de un pasado tumultuoso con la luz de su inquebrantable espíritu.

De la mano de mi bisabuela Mercedes y con el recuerdo de su caballo resuena la aceptación de lo inevitable y la búsqueda de fortaleza interna.

Nunca olvidaré las palabras de mi abuelita y su carita cuando me platicó esta historia. «¿Te imaginas lo que había sufrido mi mamá?», me dijo con la voz quebrada y me dio la mano, la cual yo estreché con fuerza para luego fundirnos en un abrazo de empatía. En mi libro de vida y en mi corazón, sé que tengo la fortaleza de las tres Mercedes: de mi mamá, de mi abuelita y de mi bisabuelita.

El recuerdo de la resiliencia de esta gran mujer nos ha dado esperanza.

14.

Los revolucionarios llegan a Morelia

MARÍA DE LOS ÁNGELES MACOUZET ZAMACONA

Hace más de cien años, en plena Revolución mexicana, llegó un grupo de aquellos rebeldes armados a la entonces tranquila ciudad de Morelia. Los revolucionarios iban en sus caballos con sus rifles en las manos causando terror entre los morelianos. Así sucedía en cada población por donde pasaban, pues todo el mundo sabía de lo que aquellos rebeldes eran capaces.

Al enterarse de esto, mi abuelo Manuel Macouzet López decidió proteger la honra y la vida de sus jóvenes hijas, María Dorotea y Lucila, antes de que esos hombres se apoderaran de su casa en la muy bella Calzada Fray Antonio de San Miguel. Así, mi abuelo llevó a sus hijas junto con algunas de sus primas y las escondió en un cuarto secreto de la casa de enfrente, la cual pertenecía a uno de sus familiares.

El cuarto que serviría de escondite estaba ubicado en el segundo patio de la casa y se entraba a él desde una recámara. El nivel del piso de la guarida se encontraba medio metro arriba del suelo de la recámara de ingreso, por lo que su entrada quedaba tapada en su totalidad con un gran ropero que había sido puesto especialmente allí para ocultarla.

Bien provistas de agua y víveres, las señoritas de la familia podrían pasar las horas más críticas mientras los revolucionarios se movían a sus anchas por las calles y casas de la ciudad.

Las jóvenes estuvieron allí escondidas dándose valor entre ellas y guardando silencio, cuando escuchaban algún ruido que señalara que alguien se acercaba. El

miedo debió de ser mucho, pues las noticias de lo que estos hombres hacían en otras ciudades eran atroces.

En cuanto mi abuelo y sus hermanos advirtieron que el peligro inminente había pasado, estos agradecieron el haber podido utilizar temporalmente el escondite. Luego de haber sacado a las jóvenes de aquel rincón secreto, decidieron que debían tomar medidas más definitivas.

Algunas familias se mudaron a la Ciudad de México, sintiéndose más seguras allá; otras, se fueron a Europa, dando tiempo a que la revolución pasara sin afectar sus intereses. Mi abuelo, por su parte, decidió mudarse con su esposa y sus cuatro hijos a la casa en que tenía su oficina en el corazón del centro de Morelia, en el número 16 de la calle Segunda de Aldama, conocida ahora como cerrada de San Agustín, a media cuadra de la catedral.

Antes de mudarse, adaptaron el piso superior como casa habitación. Con esto se sentían ya mucho más seguros que en la solitaria calzada tan lejana del centro de la ciudad. Fue una buena decisión, pues en unos cuantos días la casa de la calzada sería invadida por los revolucionarios.

Mis abuelos habían dejado todas las puertas y vidrieras cerradas para proteger la sala, el comedor y las recámaras con sus muebles, adornos y objetos personales, pues tan solo pudieron llevarse con ellos lo más necesario. Sabían que la precaución de cerrar los cuartos con aldaba sería inútil para evitar la rapiña, ya que era una práctica usual que se llevaba a cabo en cualquier población. Cuando llegaban esos hombres, no había puerta que los detuviera.

Durante dos años se mantuvieron lejos de su añorada casa. Durante ese tiempo, vivieron llenos de incertidumbre por su futuro y hubo períodos en los que pasaron hambre, pues los alimentos escaseaban en la ciudad.

Cuando por fin los revolucionarios se marcharon de Morelia y la ciudad recobró un poco la tranquilidad, la familia Macouzet Iturbide²⁰ decidió volver a su casa. Entraron temerosos, pues temían encontrar destrozos y hurtos en toda la propiedad. Para su sorpresa, las puertas permanecían cerradas, tal y como ellos las habían dejado.

Los revolucionarios solo hicieron uso de la huerta, la cual les sirvió como caballeriza, y respetaron el resto de la propiedad. La sorpresa fue aún mayor

cuando, al inspeccionar la casa en busca de algún destrozo, encontraron escondido un costal. Intrigado, mi abuelo lo abrió y encontró en su interior un bellissimo reloj de repisa francés.

El magnífico artículo era de mármol, con una estatuilla dorada de una alegoría de alguna diosa romana recostada sobre el bisel. La carátula era blanca con sus números romanos y manecillas negras, muy decorada en un estilo rococó. Seguramente alguno de esos hombres lo había robado de otra casa y, al ser muy pesado, resultó ser una molestia, por lo que decidió abandonarlo en la huerta.

Dicho reloj adornó la sala de mi casa por muchísimos años. Su tictac fue un recordatorio viviente de que, en un tiempo, nuestra casa fue hogar de aquellos hombres que buscaban mejores condiciones de vida, pero que supieron respetar la casa que les dio abrigo, demostrando así que no todos eran tan crueles como se decía.

Una gran anécdota centenaria guardada en el tiempo de un bello y antiguo reloj.

²⁰ Una de las cuatro familias que llevaban ambos apellidos. De hecho, los menores de dichas familias.

15.

Un fotógrafo en problemas

MARÍA DE LOS ÁNGELES MACOUZET ZAMACONA

Corría el año de 1912 y la ciudad de Morelia estaba siendo ocupada por un grupo grande de revolucionarios. Soledad Suárez era tan solo una jovencita de quince años, quien, a pesar de su corta edad, ya era toda una señora y estaba en la dulce espera de su primer hijo. Su esposo, José María Padilla, había ido a pedirla en matrimonio a casa de sus padres un año antes. Fue muy curioso que estos pensaron que la pedida de mano era para la hija mayor y, cuando José María les aclaró firmemente que a la que él amaba era a la chiquita, ellos quedaron sorprendidos porque Soledad, a quien de cariño llamaban Chalita, tan solo contaba catorce años. Sin embargo, estuvieron conformes cuando Chalita fue llamada ante sus padres y confirmó que amaba ya a José María y deseaba unirse en matrimonio con él.

Se casaron y pronto Chalita quedó embarazada; con ilusión, esperaba la llegada de su bebé. Ella se mantenía ocupada en las labores del hogar mientras José María trabajaba en su estudio fotográfico, retratando a los morelianos que querían contar con sus imágenes reflejadas en papel, donde quedarían guardadas para la posteridad. Él desarrollaba su arte en bonitos escenarios que adaptaba para cada cliente, dando en ocasiones una forma ovalada a algunas de las fotografías, y se sentía tan satisfecho de la nitidez y calidad lograda en su trabajo que estampaba con orgullo su sello: «José María Padilla. Fotógrafo».

Un día, mientras Chalita preparaba ilusionada la comida en espera de la llegada de su marido, a quien cariñosamente llamaba Pepe, él se afanaba en el revelado de la fotografía tomada esa mañana a la linda señorita Lucila Macouzet Iturbide, enmarcando su retrato con esmero en un elaborado cuadernillo protegiendo su

imagen con un delgado papel traslúcido. Las horas pasaban y Pepe no llegaba a comer, por lo que Chalita, ya preocupada, fue a buscarlo a su trabajo.

Al llegar al estudio, lo encontró cerrado y los vecinos le dieron razón de que un piquete de soldados revolucionarios había ido por José María y a empujones se lo habían llevado preso. Preguntando, Chalita logró saber dónde estaba detenido su amado Pepe, sin tener idea de la causa por la cual había sido llevado al improvisado cuartel.

Así, Chalita llegó al lugar y pidió hablar con el general a cargo. Al ver a la joven que parecía apenas una chiquilla, aunque ya se le notaba su embarazo, los soldados la ignoraron diciéndole que el general estaba ocupado en asuntos más serios, por lo que no tenía tiempo para atender a una escuincla.²¹ Al ver que no la tomaban en serio, la joven mujer partió desesperada en busca de sus padres.

Tras ser informados del infortunio de Pepe, los padres de Chalita recurrieron a algunos amigos que formaban parte de los Caballeros de Colón, grupo muy respetable en la ciudad de Morelia. Estos, preocupados por Pepe, a quien estimaban por ser una persona conocida y querida, formaron una comisión para tratar de hablar con el general revolucionario y conocer las acusaciones contra José María. El general accedió entonces a recibirlos, pero al saber el nombre de la persona que aquella comitiva intentaba liberar les dijo:

—¿Buscan a José María Padilla? Ando tras él desde hace tiempo y mañana, a primera hora, me lo voy a quebrar. Lo voy a fusilar.

Tanto Chalita como los Caballeros de Colón se angustiaron con tan terrible noticia. Trataron entonces de hacer ver al general que debía tratarse de una confusión. Con la tranquilidad de que el jefe de los revolucionarios les ponía atención, le explicaron que José María era un hombre honesto y tranquilo, que se ganaba la vida como fotógrafo y había retratado por años a la sociedad moreliana.

Extrañado con la descripción que hacían del prisionero aquellas personas, el general pidió a algunos de sus soldados que le trajeran ante su presencia al tal José María. Al llegar este, el general observó con detenimiento al asustado hombre que tenía ante él.

—No, *pos* este no es... Yo ando tras otro del *mesmo* nombre —admitió a la vez que volteaba a ver a la comitiva antes de clavar de nuevo la vista en el prisionero—. ¿Usted en qué trabaja? —lo cuestionó con voz autoritaria.

—Tengo un estudio fotográfico en el centro de Morelia muy cerca de la catedral —respondió Pepe con voz temblorosa.

—¡*Pos* por poquito y me lo *quebro*! —confesó el general seguido de una carcajada—. Pero no se preocupe, porque eso no va a pasar. Mañana temprano lo espero en la plaza para que me retrate montado en mi caballo.

Chalita, llorando de alivio, corrió a los brazos de su Pepe.

Al día siguiente, José María estaba puntual a la hora acordada en la plaza con su cámara fotográfica, retratando al rudo general montado en su caballo. Este, agradecido y para compensar el susto dado a José María, le pagó su servicio con varias monedas de oro.

Regresó Pepe a su casa después de haber entregado el retrato, abrazó a su Chalita y le entregó las monedas de oro que les darían tranquilidad en los difíciles tiempos que estaban viviendo.

Días más tarde, nació su primer hijo —mi suegro— y, para evitar cualquier posible futura confusión, lo bautizaron con el nombre de Tarsicio. Cinco años después, tuvieron una niña y, recordando el evento que casi le cuesta la vida a José María, decidieron ponerle un nombre de lo más raro y por ello la llamaron Staurofila. No contentos con esto, cuando nació su tercer hijo, y asegurando que no pudiera existir ninguna confusión, le pusieron por nombre Mephiboseth. Por extraño que parezca, esta historia es real.

Muchos años después, un hijo de Tarsicio, llamado igual que su papá, conoció a una nieta de aquel José María Padilla al que buscaba el general. Le contó la anécdota en que su abuelo casi pierde la vida y, entre risas, le reclamó a su amiga diciéndole:

—Por culpa de tu abuelo, yo me llamo Tarsicio.

²¹ Del náhuatl *itzcuintli*, ‘perro’. Forma despectiva y coloquial para designar a una niña.

16.

El hijo pródigo²²

LUIS MACOUZET ITURBIDE (1942) †

PARTE 1

En Niza, célebre ciudad de Francia, donde las gentes ricas de París pasan parte del año, vivía un matrimonio que gozaba de todas las comodidades de la vida.

Rodolfo Laplace, duque de Saligny, que disfrutaba de una rara estimación, hacía dos años que se había unido con indestructible lazo a Noeline Loubet, distinguida dama de la capital francesa.

En el hogar formado por ambos, toda clase de privaciones eran desconocidas. Sin embargo, no eran felices. No habían tenido la dicha de que el cielo les concediese un hijo a quien consagrar toda su existencia y todo su cariño.

Un año después, como si el cielo se compadeciese de ellos, les daba un hermoso niño, cuyas diminutas facciones eran iguales a las de su madre. La alegría de los padres no tuvo límites. ¡Cuán felices eran y qué agradecidos estaban para con Dios de que hubiese escuchado su súplica!

Se bautizó al niño dándole el nombre de Gilberto, en recuerdo del padre de Rodolfo. Conforme iba creciendo el niño, sus padres notaban con gusto que era todo un portento: sus ojos eran perspicaces, su carácter firme y este se manifestaba aun en sus inocentes recreaciones, pues si se proponía hacer alguna cosa lo hacía a pesar de todo. No obstante su corta edad, se veía que tendría una inteligencia notable. Poseía un alma de las que bien cultivadas son grandes y buenas, pero cuando se las deja abandonadas en un ambiente corrompido llegan a ser funestas y peligrosas.

Sus padres trataban de complacerlo en sus mínimos deseos. Todo nuevo juguete que llegase a la ciudad podría asegurarse de que Gilberto lo tendría. En fin, el duque de Saligny y su señora no ambicionaban otra cosa sino que su hijo fuese educado debidamente y conservase la honra de la familia Saligny.

De esta manera, se deslizaron nueve años en la más completa tranquilidad. Mas, ¡ah!, la felicidad no es duradera en este mundo. Cuando menos se espera, la desgracia invade los hogares dejándolos desolados.

Por quebrantos de la salud de la señora de Laplace, los médicos le prescribieron que saliera de la ciudad. Rodolfo poseía una pintoresca casa de campo en los alrededores de la ciudad X. Determinaron ir a ella. Se hicieron todos los preparativos para el viaje y una luciente mañana de primavera partían rumbo a X.

Poco antes de llegar a la estación X, sin que sus padres se apercibiesen de ello, Gilberto entró al departamento contiguo del vagón en que viajaban. Al llegar a la estación, sus padres bajaron creyendo que su hijo había salido antes que ellos.

La sorpresa que experimentaron al no ver a Gilberto en el andén fue inmensa. Sospechando que se hubiese perdido entre la multitud, se internaron en ella, pero no se le encontró.

Mientras la esposa se quedaba en uno de los salones de la estación, Rodolfo buscó a Gilberto por todas partes. ¡Todo inútil! Parecía como si se lo hubiera tragado la tierra. El infortunado padre volvió a donde estaba Noeline y, al comunicarle que sus pesquisas habían sido infructuosas, la desdichada cayó como herida por un rayo en los brazos de su atribulado esposo.

Inmediatamente, fue conducida a la quinta. Con ese golpe tan grande, la señora de Laplace empeoró de su maligna enfermedad.

El duque de Saligny no ahorró ningún medio para adquirir noticias de su hijo. Puso avisos en los periódicos, dio parte a las autoridades, ofreció primas a quien diese alguna noticia. Todo fue en vano.

Tan pronto como Noeline estuvo un poco mejorada, regresaron a Niza los inconsolables esposos. ¡Fatalidad! De una manera tan inesperada, la dicha había huido para siempre de la familia Laplace.

PARTE 2

Han pasado treinta y cinco años. Durante todo este tiempo, el duque de Saligny y su señora han llevado una vida monótona y llena de tristezas por la irreparable pérdida del inolvidable pedazo de sus entrañas.

Para distraerse un poco de sus pesares, Rodolfo Laplace había establecido en Niza una casa de banca, la cual adquiría fama día con día.

En esta casa, se necesitaba un cajero violentamente. Por recomendaciones excelentes dadas a Rodolfo, contrató a un hombre que tenía una distinguida fisonomía. Su rostro estaba ya marchito, pudiéndose asegurar que esto era, más bien, por su modo de vivir que por los años. Su salud estaba algo quebrantada.

El duque de Saligny estaba complacido por la asiduidad con que trabajaba su cajero. Insensiblemente, le había hecho de sus confianzas y solía contarle todos sus negocios. El señor Laplace y su cajero habían simpatizado.

Una mañana en que el señor De Saligny llegó más temprano que de costumbre a la oficina, su cajero estaba ya en el escritorio.

Deseoso de conversar, Rodolfo llamó a Gilberto Ravine —con este nombre era conocido el cajero en la población—.

—Muy buenos días, señor De Saligny —dijo Ravine al entrar al aposento.

—Así se los dé a usted Dios, querido amigo —contestó Rodolfo con amabilidad—. Lo he llamado a usted para platicar un rato, pues aún no es hora de entrar a la oficina.

—Ciertamente, señor, pero debemos llegar un poco antes para preparar todo y comenzar el trabajo a la hora precisa.

—Deje usted ahora el trabajo y siéntese en este sillón, querido Gilberto.

Ambos hablaron primero del estado actual de los negocios. Laplace le dijo a Gilberto que había establecido aquella negociación para ahuyentar de su memoria la terrible desgracia que años antes le sucediera. Rodolfo comenzó a describir la pérdida de su hijo. A medida que el señor De Saligny relataba todos los acontecimientos, Gilberto se sentía trastornado.

Un pensamiento atravesó la mente de Gilberto, mas, dudando, lo retuvo para sí y no lo manifestó al principio; pero, comprendiéndolo todo y siéndole al fin

imposible contenerse, se arrojó en brazos de Rodolfo y entre sollozos y lágrimas solo se percibían las tiernas palabras de Gilberto:

—¡Yo soy tu hijo! ¡Soy aquel que perdiste tantos años ha! ¡Reconócame, padre mío! Quiero recibir todas tus caricias que por tantos años he carecido de ellas.

Rodolfo no se daba cuenta realmente de lo que sucedía. No podía hablar, solamente llenaba de besos a su hijo, llorando de alegría. Le parecía estar soñando.

Así que se hubieron repuesto, su primer pensamiento fue ir a ver a Noeline.

Ambos se dirigieron a su casa y no hay palabras con qué describir el cariño maternal unido al amor filial. Todo cuanto se dijera sería inferior a estos sublimes sentimientos.

Cuando se saciaron momentáneamente de aquellas caricias, Gilberto les relató su vida desde el momento en que sus padres se bajaron en la estación X.

Sería cansado relatar esta historia, como Gilberto la contó a sus padres. A cada instante, Gilberto era interrumpido por insignificantes preguntas que sus padres le hacían de cualquier cosa.

PARTE 3

He aquí un resumen de la historia de Gilberto Laplace:

Gilberto entró en el otro departamento del carro a instancias de un hombre que le mostraba un álbum de fotografías. Gilberto comenzó a verlo y le gustó tanto que no se apercibió cuando sus padres bajaron en la estación de X.

No se dio cuenta de dónde estaba hasta que oyó un estridente silbido de la locomotora y el grito del conductor: «¡París!».

Inmediatamente, Gilberto se levantó de la silla en que se encontraba y pasó al departamento en que habían estado antes sus padres. Su turbación fue grande al no verlos. El hombre de las fotografías lo seguía y, al ver al pobre niño tan afligido, le dijo que no se apurara, que sus padres le habían encargado que lo condujera hasta la quinta.

Confiando en las falsas palabras de aquel hombre, lo siguió. Por fin, llegaron a una casa de repugnante aspecto, donde entró Picard —después supo Gilberto que así se llamaba el hombre que lo conducía—, seguido del pobre niño, que no

sabía ya lo que hacía. Entraron a la casa, entonces Picard asió fuertemente a Gilberto y lo encerró en un verdadero calabozo.

Picard era uno de esos hombres que se dedican a robar chicos y que viven del trabajo de los pobres muchachos. La vida de Gilberto en la casa de Picard era insoportable. Esta misma existencia la sufría un compañero de Gilberto, jovencito como de dieciséis años, que había ido del mismo modo que nuestro niño.

Picard los levantaba muy temprano y los ponía a cavar un foso cuya profundidad era ya considerable.

El alimento era escaso y malo. Durante la noche, Picard los obligaba a pasarse a las casas vecinas para robar ropa y otros objetos. Al principio, Gilberto se resistió a hacerlo, pero poco a poco se acostumbró. Un año entero siguieron este género de vida Gilberto y su compañero.

Picard los vigilaba de un modo horrible, nunca los dejaba solos. Un día, contra la costumbre que tenía, Picard bajó al subterráneo de su casa, estando Gilberto y su colega arriba. Luego de que hubo descendido hasta el fondo, Gilberto y su amigo se dirigieron a la puerta del subterráneo, la cerraron bien, salieron a la calle y echaron a correr por las estrechas callejuelas. Anduvieron toda la noche y, al despuntar el día, llegaron a una insignificante aldea.

El primer cuidado de Gilberto fue pedir noticia de sus padres, pero nadie se la dio.

En la aldea, vivieron por espacio de varios años, sosteniéndose con el poco dinero que el compañero de Gilberto ganaba, pues sabía pintar.

La vida se hacía imposible. Tuvieron que salir de la aldea. Entonces por espacio de diez años tuvieron una vida errante y llena de accidentes. En algunas partes, se hacían pasar por médicos de la facultad de París, sin serlo. En otras, llegaban como notables predicadores. Por fin, no pudiendo soportar esta existencia, se engancharon en un regimiento que a pocos días partió para Alsacia, uniéndose allí a las fuerzas francesas que luchaban en contra de los alemanes.

En esta compañía, Gilberto perdió a su amigo, que por tantos años había compartido la azarosa vida con él. Terminada la guerra, Gilberto pidió su baja y, desde esa época en adelante, se apartó de la honradez y moderación, se entregó a

los vicios, a los placeres. Llegó a tal grado de miseria que tuvo que mendigar por todas partes.

Desde que había adoptado su vida errante, llevaba el nombre de Gilberto Ravine.

Cierta vez que estuvo muy enfermo, pasó por su mente el recuerdo de sus padres y su antigua vida honrada. Su deseo por tener noticia de sus padres crecía más y más. Decidió enmendarse para que en caso de encontrarlos fuera aún digno de ellos. Trabajó con ahínco en una casa de comercio donde había entrado.

Habiendo escrito un rico banquero de Niza que necesitaba un empleado, el dueño de la casa de comercio recomendó a Gilberto, que pasó a Niza a ocupar el puesto de cajero en la casa de banco del señor De Saligny. Al entrar Gilberto a esta casa, no sospechó que estuviese en la casa de su padre, sino que sería algún lejano pariente de él, y por amor propio no llegó a preguntar nada sobre el particular.

CONCLUSIÓN

Pocos años tuvo Gilberto la dicha de disfrutar del cariño de sus padres. Estos murieron a los pocos años, afligidos por haber estado corto tiempo en compañía de su hijo, pero, además, contentos por legarle una buena posición y fortuna.

Gilberto Laplace, hoy duque de Saligny, es una de las personas más distinguidas de París.

²² Cuento presentado a sus dieciséis años para sus cursos en el Colegio de San Nicolás Hidalgo, Morelia, Michoacán, 1907.

17.

Peligroso desafío

MERCEDES GÓMEZ DOMÍNGUEZ

El licenciado Luis Macouzet Iturbide participa en una reunión muy importante con los dirigentes de grupos obreros para buscar una solución al conflicto que se estaba generando con las autoridades del estado de Michoacán. El señor Macouzet está tratando de convencer a aquellos hombres sobre la inconveniencia de realizar manifestaciones violentas, cuando su secretario abre la puerta del despacho sin previo aviso.

—Disculpe usted la interrupción, señor licenciado —dice el empleado con timidez ante la mirada desaprobadora de su jefe—, pero es que el general Múgica ha enviado un mensaje diciendo que quiere verlo en el Palacio de Gobierno.

—Extraña situación, nada tengo yo que ver con él. Por favor, responda que iré en cuanto termine con el asunto que concierne a estos caballeros —indica a la vez que hace un ademán con la mano para excusarse con los líderes obreros.

—Disculpe, señor, pero el general deja bien claro que debe ser de inmediato y sin excusa.

Así, don Luis tiene que abandonar a los líderes, quienes, molestos, salen más convencidos que nunca de ejercer presión por todos los medios para hacer valer sus demandas.

Mientras Luis arreglaba aquellos asuntos con el Gobierno, su esposa, Mercedes Macouzet del Moral, disfrutaba de la compañía de sus hermanas y sobrinas en la casa de su madre, doña Concepción del Moral. En esa hermosa casona ubicada en el Portal Matamoros, las mujeres de la familia solían reunirse cada día y participar en la misa que se celebraba exclusivamente para ellas en la sala de la amplia residencia. Al terminar la celebración religiosa, las damas convivían entre

ellas por un buen rato antes de regresar a sus actividades en sus respectivos hogares.

Ya en su casa, Mercedes indica a su pequeña hija, de su mismo nombre, que se ponga a hacer sus tareas y revisa que tenga los materiales necesarios. A Luisito, el menor, lo deja jugando con unos camioncitos de hojalata en la misma habitación. Con los dos niños tranquilos en sus actividades, ella se dispone a ir a verificar que las cocineras estén haciendo lo correcto para tener lista una buena cena antes de que regrese su marido del trabajo.

Cuando apenas sale a la galería, el ama de casa se percata de que su esposo va cruzando la puerta de entrada. «Situación muy inusual, jamás llega tan temprano», piensa Mercedes mientras frunce las cejas antes de avanzar hacia él con una mezcla de alegría y de preocupación.

Luis la saluda con una frialdad inusual y no se deja ayudar para colgar su saco y su sombrero en el perchero. Enseguida, el irreconocible marido va a sentarse a la sala en vez de ir a buscar a su niña consentida y al travieso Luisito, como acostumbra. La pequeña niña se queda entonces mirando desde lejos, asomada en el marco de una puerta, mientras enrolla entre los dedos sus largos cabellos oscuros y rizados.

—Te ves muy cansado. Imagino todos los líos que has debido de atender hoy —dice la esposa a la vez que toma asiento junto a él.

—¿Hoy celebraron misa en la casa de tu mamá? —cuestiona Luis con seriedad en vez de responder.

—Sí, claro, como todos los días —dice ella sin comprender el porqué de esa pregunta.

—¿Qué, no sabes que de acuerdo con la Ley Calles²³ las celebraciones religiosas fuera de las iglesias han sido prohibidas? —pregunta el marido mientras se lleva ambas manos al rostro para luego deslizarlas hacia abajo con lentitud—. ¿No has visto todas las tensiones que hay entre el Gobierno y los denominados cristeros²⁴ que se oponen a la ley? Este asunto ya ha causado miles de muertes en Jalisco y el movimiento está tomando mucha fuerza y saliéndose de control en Michoacán. Acabamos apenas de salir de la revolución, la guerra más sangrienta que hemos

tenido, y ahora ya se está fraguando otra que se anuncia no menos intensa, ya la llaman la Guerra Cristera.

—Bueno, pero nosotras no le hacemos mal a nadie. Tú sabes que mi mamá no puede caminar a la iglesia, pues está cada vez más mal, y, aunque pudiera, con los disturbios y agresiones que han hecho los socialistas en la catedral, ya no es seguro ir a misa. Mejor hacemos que el padre vaya a la casa de mi mamá. Total, la puerta está cerrada, ni nos ven.

—¡Pues las vieron! —corrige Luis en un tono más alto de lo que acostumbra—. Y no cualquiera, las vio el general Múgica a través de los grandes ventanales. Él es la máxima autoridad en nuestro estado y su mandato es hacer respetar la ley. Con el creciente movimiento cristero, tiene que asegurarse de que la Ley Calles se respete al pie de la letra.

Mercedes respira profundo y se ruboriza, consciente al fin de las repercusiones que podría tener lo que ellas creían una actividad sana y sin consecuencias. Luis continúa entonces sus explicaciones:

—Tras haberlas visto, el general me mandó llamar —explica Luis y luego guarda silencio por largos instantes como recordando las palabras del militar—. ¿Sabes que yo podría ser fusilado por traición a la patria?, y ustedes serían enviadas a prisión. El cargo que tengo en el Gobierno es muy importante y no es posible que mi esposa esté haciendo lo contrario de lo que la ley manda; además, frente a los pasantes. Necesito que te asegures de que esto no vuelva a suceder, pues no nos darán una segunda oportunidad.

—Perdón, no imaginaba la gravedad del asunto —susurra Mercedes bajando la mirada.

En ese momento cuando ambos guardan silencio, se escuchan unos sollozos y, al alzar la vista, constatan que la pequeña Mercedes había estado escuchando la conversación.

—Ven, chiquita, nada malo va a pasar —la consuela su madre mientras la sienta en sus piernas y le seca las lágrimas con el pañuelo que recibe de las manos de su marido—. Papá ya arregló ese asunto y nosotras tendremos más cuidado. Ahora vengan todos, vamos a buscar a Luisito y luego nos vamos al comedor para que platiquemos de cosas más bonitas. La cena ya debe de estar lista.

Al siguiente día, doña Mercedes informa a sus familiares acerca de la necesidad de parar las celebraciones religiosas.

—Pero mamá necesita sus misas. Es lo único que le da un poco de paz y que le permite olvidarse por unos momentos de sus malestares —dice su hermana Dorotea.

—Además, la niña tiene que hacer su primera comunión; ya se le está haciendo tarde para eso y el vestidito ya está terminado —protesta Adela, otra de sus hermanas.

—Sí, cierto, haremos las misas en el sótano para que no nos vean —sanciona Conchita con su autoridad de hermana mayor.

Mercedes no se deja convencer, pues su esposo había sido muy claro en cuanto a las consecuencias, pero promete hablar con él para lo de la primera comunión.

Luego de una larga conversación entre Luis y Mercedes, estos llegan a un acuerdo: la primera comunión se realizará, pero no en la casa de la abuela, pues la tienen muy vigilada. La ceremonia se hará en su propia casa y será el día de Navidad para que no haya sospechas cuando vean que la familia acude a visitarlos.

Días más tarde, un sacerdote pide a dos mozos que le ayuden a descolgar un gran cuadro rococó con la imagen de María Inmaculada, en la que la Virgen figura con sus manos juntas y su vista dirigida al frente, mientras seis curiosos angelitos revolotean a sus pies y en las nubes sobre ella. Ya con el cuadro en el suelo, el padre se deja atrapar durante algunos instantes por la mirada de la Santa Madre, luego se persigna y levanta el cuchillo que había dejado en el piso para separar el lienzo del grueso marco de madera recubierta con hoja de oro. «Esta imagen de la Inmaculada Concepción es muy venerada por las hermanas Macouzet del Moral. Será un excelente regalo para la pequeña Mercedes y eso me valdrá generosos donativos por parte de estas damas, sin duda», se dice el clérigo mientras busca por dónde comenzar a cortar, pero, al constatar lo complicado de la tarea y el riesgo que conllevaría salir con él en esos tiempos de persecución, decide dejarlo para otra ocasión.

Vestido con ropas de campesino y con la cabeza cubierta con un amplio sombrero de paja, el religioso sale a la calle cargando un par de morrales con sus

ropas de sacerdote en uno y el copón con las hostias en el otro. De un paso rápido, el hombre torna al azar en diferentes esquinas para despistar a quien pudiera estarle siguiendo la pista, luego se encamina rumbo a la calzada.

Momentos después, en una oscura sala con todas las cortinas y puertas cerradas, el cirio que lleva la pequeña Mercedes en su mano ilumina su inocente rostro a través del velo blanco que cubre su cabeza. En cuanto la niña se pone de rodillas y recibe el sacramento de la comunión, se escuchan fuertes golpes a la puerta de la casa, los cuales se repiten con insistencia. Todas las velas del lugar son apagadas al instante y el silencio reina durante angustiosos minutos que se eternizan. De pronto, un haz de luz sega momentáneamente a los miembros de la familia que ahí se encuentran, quienes distinguen una silueta detrás de la puerta que acababa de abrirse, a quien solo reconocen hasta que comienza a hablar:

—*Siñora*, que dice el lechero que si le puede pagar lo de la semana próxima porque tiene que comprar unas *medecinas* para su esposa.

Los asistentes a la ceremonia respiran entonces con serenidad y las velas se vuelven a encender.

Terminada la celebración, Luis cuelga una medalla de oro con la imagen de la Inmaculada Concepción al delgado cuello de su hija al tiempo que le dice:

—Cuídala, ella iluminará tu camino de aquí en adelante.

Así, ese 25 de diciembre de 1926, en medio de aquel rincón oscuro, Mercedes Macouzet Macouzet se encuentra llena de fe y desarrolla un gran cariño por esa imagen.

En 1927, don Luis compra una casa en San Antonio, Texas, adonde envía a doña Mercedes y sus dos hijos para ponerlos a salvo de los peligros de la Guerra Cristera, la cual no cesa de intensificarse.

En 1928, la abuela, doña Concepción del Moral, fallece de cáncer del epiplón. La tía Dorotea Macouzet seguiría celebrando misas en el patio central de su casa, la cual, irónicamente, colinda con el Palacio de Gobierno, desde donde se puede ver aquel patio. Algunos funcionarios tendrán que cerrar los ojos y enviarle avisos anónimos para que sea más discreta.

²³ La Ley Calles en México se refiere a la Ley de Tolerancia de Cultos, que fue promulgada el 14 de junio de 1926. Su objetivo era limitar el poder y la influencia de la Iglesia católica en el país, en línea con los artículos constitucionales que establecían la separación entre la Iglesia y el Estado.

²⁴ Los cristeros eran católicos mexicanos, principalmente campesinos, que se levantaron en armas contra el Gobierno de Plutarco Elías Calles en la década de 1920, en respuesta a la Ley de Tolerancia de Cultos.

18.

¿Posesión o ilusión?

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

«¿Por qué estaban todas las sillas volteadas?, ¿por qué las religiosas tenían moretones en la cara y en las manos? —desfilan las preguntas inquietantes por la mente de Mercedes Macouzet del Moral, quien exhibe un gesto de angustia mientras camina de un paso apurado rumbo a su casa de la calzada en Morelia—. Y aquel sofá carmesí, ¿por qué tenía el tapiz arañado y estaba colocado a la mitad del salón?», recuerda doña Mercedes y no puede evitar frotar sus brazos por el escalofrío que la invade. La respetable dama siente como si una presencia extraña la siguiera, como si algo invisible quisiera fusionarse a ella por la espalda. Pávida por sus aprensiones, la elegante señora decide no entrar a su casa, sino seguir la marcha hasta el santuario de Guadalupe, en donde se pone a orar de la manera más piadosa hasta sentirse liberada de aquella desagradable sensación.

Días antes, su marido, Luis Macouzet Iturbide, le había comentado que le habían llegado dos rollos de casimir gris Oxford y que ya se había mandado hacer un traje completo y algunas otras prendas con esa tela, pero que no podía hacerse más ropa del mismo color, que buscara qué hacer con el rollo que había sobrado.

Mercedes examinó la tela y le pareció demasiado seria para ella o para los niños, por lo que sugirió:

—¿Te parece si lo donamos a las monjitas? Me dijeron que hay un pequeño convento aquí cerca en el que las pobres religiosas están muy necesitadas. Yo creo que con este rollo podrían confeccionarse varios hábitos.

—Excelente idea, pero no intentes cargarlo tú, es muy pesado. Le dices al chofer que lo meta al coche y que lo lleve hasta la puerta del convento cuando vayas a entregarlo —le advierte su marido.

Ya frente al monasterio, todavía con el Ford modelo T, 1927, lanzando explosiones y una abundante humareda por el escape, Mercedes le indicó al chofer que podía marcharse para servir a su esposo, que ella regresaría caminando cuando terminara de visitar a las monjas. Dos religiosas cargaron el rollo de tela y lo transportaron al interior. Luego indicaron a la caritativa dama que las siguiera.

Mientras caminaban por la galería, la señora Macouzet observó varios montículos de piedritas en el patio central, lo cual le pareció de lo más extraño y no pudo contener su curiosidad, por lo que preguntó la función de aquella grava.

—Ni se fije, doña Mercedes, son las piedras que nos lanzan. No sabemos desde dónde, pero ahí se van juntando. Antes las quitábamos, pero son tantas que no tenemos donde ponerlas. Nomás camine bajo el techito, no vaya a ser que la descalabren si se asoma al patio. A nosotras ya nos ha pasado varias veces y duele bien feo.

Incrédula, la dama prefirió ya no preguntar más y se mantuvo en silencio hasta que entraron a una sala a media luz, en la que vio el tiradero de sillas y el viejo sofá colocado en el lugar más absurdo. Ninguna decoración, un entrepañó vacío en el muro y los batientes de las ventanas cerrados con pasador.

Las religiosas se mostraron muy agradecidas por la visita y por la donación, la cual, a todas luces, les sería muy útil, a juzgar por los hábitos rasgados que estas vestían. Mercedes no se sentía nada bien en ese lugar, pero, por cortesía, conversó un rato con las hermanas, que parecían sentirse protegidas en su presencia. Las ansias que sentía habían hecho que se le secara la boca de manera exacerbada, así que se atrevió a solicitar un trago de agua.

La religiosa se levantó al instante y regresó al poco tiempo con una jícara²⁵ de cáscara de calabaza con un poco de agua que había servido con un cucharón de madera a partir de la destiladera de piedra que estaba en la galería.

—Nos disculpará usted, doña Mercedes, pero es que no tenemos vasos.

La dama sintió pena por las monjas e hizo como que tomaba agua del rústico contenedor mientras remojaba sus labios en el líquido. Sin esperar más, devolvió el recipiente a la religiosa y se despidió para salir de ese lugar.

Un par de semanas más tarde, Mercedes se siente avergonzada por haberse dejado dominar por un estado de nervios absurdo. «No sé qué me pasó aquel día que fui a ver a las monjas. Debe de haber sido por andarme preocupando por los asuntos de los demás miembros de la familia —considera ya con mucha calma—. Tengo que regresar a ver a esas monjitas que están tan necesitadas», se dice mientras termina de armar una canasta llena de frutas para ellas y un paquete que carga ella misma con mucho cuidado.

Las religiosas se ponen felices al verla de nuevo y la invitan a pasar a la sala. Las sillas siguen tiradas, como si alguien las hubiera lanzado por toda la habitación, y el sofá está incluso más arañado y en un lugar diferente a la última vez, pero no menos absurdo.

Decidida a no dejarse vencer por sus nervios, la generosa dama entrega a la monja el paquete que lleva cargando con tanto cuidado. La superiora comienza a abrirlo con emoción y encuentra al interior varias piezas envueltas en papel periódico. Al desenvolver la primera, un bonito vaso de vidrio soplado le produce una breve sonrisa de alegría, pero, enseguida, la madre baja la vista con una expresión de tristeza.

—Están muy bonitos los vasos, doña Mercedes, pero no se hubiera molestado, pues aquí siempre se rompen.

—Bueno, madre, no se preocupe. Es normal que los vasos de vidrio se rompan poco a poco. Yo les traeré más cuando comiencen a faltar —la consuela a la vez que toma en su mano uno de ellos—. Además, mire usted, los pedí de vidrio grueso, no será fácil que se rompan.

Apenada, la monja los coloca uno a uno sobre el entepaño y luego levanta una de las sillas que estaban tiradas y se sienta al lado de la visita para conversar.

A los pocos minutos, Mercedes se sobresalta por el ruido agudo que comienza a escucharse en la pieza: ¡cling, cling!, ¡cling, cling!, y que se repite diez veces.

—¡¿Qué fue eso?! —pregunta exaltada la señora al tiempo que se lleva ambas manos al pecho.

—Son los vasos, doña Mercedes, por eso es por lo que no tenemos. Siempre pasa lo mismo —se aflige la superiora.

Sin embargo, la visita observa desde su asiento que los vasos están intactos, no comprende las palabras de la monja. Al constatar la turbación de la dama, la religiosa se dirige hacia los vasos y trata de levantar el primero, pero se queda con la mitad superior en la mano mientras la base permanece sobre el anaquel. Un corte diagonal había partido los diez vasos a la misma altura. El corte es tan perfecto que la monja puede intercambiar la parte superior de un vaso con cualquiera de los otros sin que se note diferencia alguna.

Con los ojos fijos en aquel fenómeno, al cual no encuentra explicación, Mercedes queda con la boca entreabierta y la respiración agitada. Una presión en el pecho la inquieta, por lo que decide despedirse y salir cuanto antes de ese misterioso convento. En esta ocasión, no lo piensa dos veces. En vez de dirigirse a su casa, se va directa a la iglesia a orar hasta que logra apaciguar su espíritu y su corazón, que se desbocaba frente a los misterios del convento.

Dos semanas más tarde, Mercedes decide que visitar a esas monjas no es bueno para su salud, pero tampoco puede abandonarlas a sabiendas de lo necesitadas que están. Así, prepara una canasta con víveres y le indica al chofer que la entregue en el convento mientras ella va a arreglar otros asuntos.

Cuando la señora Macouzet regresa a su casa, se molesta al ver que la canasta seguía a la entrada de la cocina, por lo que va a buscar al chofer para reprenderlo.

—Disculpe usted, doña Mercedes, pero es que nadie me abrió el portón del convento —trata de excusarse el apenado empleado.

—Pues debió de insistir, hombre, y esperar un rato. Las monjas están ocupadas en sus labores, no crea que se la pasan a un lado de la puerta para ver quién toca. A ver, vamos ahora mismo, yo iré con usted.

Ya frente al convento, Mercedes golpea la puerta por largo rato sin respuesta alguna. Al asomarse por la cerradura, logra ver las sillas rotas amontonadas en el patio central. Al lado de estas, distingue el sofá rojo con la tela desgarrada en su totalidad. Ni rastro de las religiosas. «Es claro que ya nadie vive en ese lugar», considera con decepción.

Una vez más, la señora Macouzet se aleja del convento con un sentimiento extraño y pide al chofer que la deje a las puertas de la iglesia. Mercedes requiere

librarse de aquella presencia que trata de invadirla y fusionarse a ella por la espalda.

²⁵ Del náhuatl **xicalli**, vaso hecho de la corteza de algunas frutas parecidas a la calabaza.

19.

Honor, sangre, lágrimas y dinero

FERNANDO GÓMEZ SIMMONS

Cuando yo tenía entre catorce y quince años, me gustaba que mi abuela Adela Macouzet del Moral me platicara historias de la Revolución mexicana y de las peripecias que había sufrido la familia en esa y en otras épocas. Recuerdo una anécdota que sucedió en la década de los treinta del siglo pasado.

Esta historia no solo la platicaba mi abuelita, sino que también la contaban todos mis tíos Macouzet del Moral, Macouzet Iturbide y Macouzet Macouzet como hazaña. La anécdota trata de un singular personaje pariente de todos ellos: Augusto del Moral Iturbide.

Bueno, pues sucede que el señor Del Moral era el prototipo del hombre de alcurnia: guapo, alto, fuerte y rico. «Este muchacho era como Juan Charrasqueado», apuntaban sus parientes como único defecto de Augusto. Con esto hacían alusión a la letra del famoso corrido y querían decir que era valiente y arriesgado en el amor; a las mujeres más bonitas se llevaba y en esos campos no quedaba ni una flor.

Augusto lo mismo enamoraba a una campesina que a una mujer de buen estatus social. Andaba con dos o tres mujeres al mismo tiempo y con todas ellas tenía hijos. En vez de llamarlo Augusto del Moral, las malas lenguas decían «Augusto el Inmoral» cuando se referían a él. Cuentan que cuando llegaba el vendedor de rebosos, el apuesto hombre compraba toda la carga que llevaba el burrito y repartía las prendas a las muchachitas del pueblo y les decía: «Ten por si eres mi hija».

En la época en que esta historia sucede, Augusto tenía una hija de entre dieciocho y veinte años, a quien un teniente coronel del ejército de la 21.^a zona militar de Morelia había echado ojo. Bueno, pues resulta que, así como el padre de la muchacha, este militar también era afecto a enamorar a las damas, así que no tarda en seducir y dejar embarazada a la señorita Del Moral.

Nunca supe el nombre de la hija de Augusto ni del teniente coronel, pues tanto mi abuelita como mis tíos omitían ese detalle del relato. Ninguno de ellos habló nunca de la joven.

Lo inevitable sucedió y a la muchacha le comenzó a crecer el vientre, hasta el punto de que ya no pudo esconder el embarazo por más tiempo y le tuvo que confesar a su padre todo el enamoramiento y las razones del bulto que sobresalía en su bajo vientre. También le dijo que el teniente coronel se había enojado y no quería volver a verla ni saber nada de ella.

Augusto montó en cólera en contra de su hija y del abusivo militar. Sin pensarlo dos veces, el agraviado padre salió a buscar al teniente coronel al campo militar, el cual se situaba a la salida de Morelia rumbo a la Ciudad de México. Afortunadamente, no lo encontró ahí, pero le dieron la dirección de unos parientes que tenía en la ciudad, pues el hombre no era de Morelia.

Augusto se dirigió entonces a buscarlo a la dirección que le habían dado, la cual correspondía a una casa ubicada detrás de la catedral.

En cuanto llegó al domicilio indicado, el ofendido padre golpeó la puerta con fuerza. A los pocos segundos, salió a abrirle el mismito teniente coronel que andaba buscando.

Al momento empezaron los reclamos a gritos y Augusto no tarda en darle un bofetón al responsable de la ofensa. El golpe llevaba tal fuerza que el militar cayó de espaldas hacia dentro de la casa. Encolerizado, el teniente coronel se levanta lo más rápido que puede y se resguarda detrás de la puerta de madera. Protegido por la puerta, el hombre logra empuñar su pistola escuadra calibre 45, reglamentaria del Ejército.

Mi tío Augusto era aficionado a la cacería y muy diestro con las armas, por lo que siempre traía fajada su pistola revólver calibre 38 Super. En cuanto constata que el militar estaba recurriendo a las armas, Augusto se adelanta y dispara dos

balazos que atraviesan la puerta de madera y le dan en el pecho al teniente coronel, quien cae muerto en el mismo instante.

Augusto se percató de que se acababa de meter en una situación más que delicada y se va casi corriendo a la oficina de su primo, el licenciado Luis Macouzet Iturbide, la cual no quedaba lejos de allí.

Al relatarle Augusto a Luis Macouzet lo que había pasado, este reaccionó rápidamente y se llevó a su primo para que se escondiera en la Quinta Catalina con su amigo Branch. Nadie debería sospechar que se encontraba escondido en ese lugar.

En esta parte del relato, es pertinente mencionar que Morelia tenía menos de cuarenta mil habitantes y que el licenciado Macouzet era muy amigo de mi abuelo Branch E. Simmons, dueño de la Quinta Catalina. Esta era una casa muy grande, tipo castillo inglés, que estaba ubicada en el Bosque Cuauhtémoc, 11. Parte de este relato también me lo platicó mi abuela Beatriz Arroyo de Simmons, esposa de Branch.

Augusto estuvo escondido más de un mes en la Quinta Catalina. Branch le acondicionó la cava con un sillón y un camastro. La cava de vinos era un cuarto bastante grande que se encontraba detrás de la alacena. Esta estaba cerrada con una puerta disfrazada como si fuera parte del armario. En este lugar, Augusto permanecía escondido durante el día y, por la noche, subía a dormir a una de las recámaras, pues la quinta tenía cinco cuartos, de los cuales solo estaban dos en uso.

Durante el tiempo que estuvo escondido Augusto, el licenciado Macouzet y Branch Simmons hablaron con el gobernador, con el general Martínez, jefe de la zona militar, y con la familia del occiso teniente coronel. Todo lo arreglaron con las leyes (\$\$\$\$) en la mano; «defensa propia», alegaron e indemnizaron a la familia del uniformado.

Valga la pena decir que el licenciado Luis Macouzet Iturbide y Branch E. Simmons eran gente económicamente muy solvente y reconocidos en los altos estratos de Gobierno en Morelia y Ciudad de México.

Posteriormente, Augusto salió de su escondite y vivió larga vida, murió de viejo habiendo procreado cuarenta y un hijos y no sé cuántos nietos y bisnietos.

20.

No le prestes dinero a quien sabes que no te va a pagar

FERNANDO GÓMEZ SIMMONS

Un día de tantos, siendo yo un niño, pero ya con uso de razón, mi papá me dice de manera seria:

—Acompáñame a ver a tus tíos.

Yo me quedé mirándolo a la espera de más información, entonces él completó:

—Dora y Pablo.

Pablo y Dora, quien, en realidad, se llamaba Dorotea, eran hermanos de mi abuela Adela Macouzet del Moral. Ellos vivían en una casona detrás del Palacio de Gobierno de Morelia. La casa era de tipo colonial con su patio central y una galería que lo rodeaba y por la cual se accedía a los cuartos. Las columnas de la galería y la fachada eran de cantera rosa; una maravilla.

Me gustaba mucho ir con mis tíos Macouzet porque siempre que los visitaba Pablo me regalaba cinco pesos y Dora me daba caramelos de anís que me encantaban. Además, porque Dora tenía un perico muy grande con el que me divertía mucho.

A mí me asombraba la cantidad de palabras que sabía decir el fabuloso cotorro. Ese pájaro parlanchín se llamaba Lorenzo y el mozo de mis tíos le había enseñado a decir varias majaderías, por lo que mi tía siempre se enojaba.

Después de la puerta de entrada a la casa, había un zaguán de unos tres metros seguido de una reja, en la cual estaba adosada la ménsula de donde colgaba la jaula del perico.

En cuanto tocamos al portón de madera, escuchamos al perico gritar: «Quién, quién», pronunciado con toda claridad. Cuando le respondí «Yo», el condenado perico me contestó «Pendejo». Entonces volví a tocar y se repitió la misma historia. En lo que llegaba el mozo a abrir, me divertía con el perico hablador y majadero.

El mozo Alfredo nos abrió la puerta y mi papá y yo nos encaminamos al cuarto de mi tío Pablo. El hecho de ver a mi tío Pablo siempre me causaba un malestar interno que no puedo describir.

Mi tío Pablo estaba cuadripléjico a causa de un accidente que lo dejó sin movimientos. Algunos decían que se había caído del caballo cuando andaba de cacería y se había roto la médula espinal a la altura del cuello. Mientras que otros contaban que, andando de cacería, se había caído de una cerca de piedras que estaba en el campo y que se había lastimado las vértebras cervicales.

Cualquiera que sea la buena versión, el caso es que mi tío quedó mal, pero todavía se podía mover. Entonces, su hermano Manuel, quien andaba con él en la cacería, lo llevó a la Ciudad de México para que lo examinara un especialista. Tras la revisión, el cirujano decidió operarlo; lamentablemente, la operación fue un fracaso y mi tío Pablo quedó cuadripléjico para el resto de sus días.

A mi tío lo mantenían en una cama muy estrecha y alta que quedaba a la altura de la cintura de mi papá. Pablo estaba siempre tapado con una sábana, pero mantenía sus brazos por fuera. Su cara estaba muy pálida y sus ojos hundidos, con una zona morada, casi negra a su alrededor.

A la entrada del cuarto, nos recibió mi tía Dora y nos anunció con mi tío:

—Pablo, te viene a ver Genaro y su hijo Fernando.

Pablo saludó muy efusivamente a mi papá y le dijo a Dora:

—Tráele al Ruco unos caramelos.

Así me decía mi abuela Adela y se me quedó el sobrenombre con toda su familia.

Me senté a disfrutar mis caramelos de anís cerca de la puerta del cuarto mientras platicaban los adultos. Prefería no estar muy cerca, porque me causaba horror ver la mano derecha de mi tío, pues sus dedos índice y medio tenían un color gris amarillento.

Yo ya sabía que tanto la señora que lo cuidaba como Dora lo ayudaban a fumar y, algunas veces, se les pasaba y le dejaban el cigarro casi hasta que se le quemaban los dedos. Lo sabía porque en otras visitas con mi abuela Adela lo habían comentado.

En el cuarto, nada más estábamos Pablo, mi papá y yo. Luego de varios minutos de plática con Pablo, escuché que mi papá le pedía prestado diez mil pesos a mi tío para comprar un camión. Entonces, con su voz ronca, Pablo le gritó a su hermana:

—Dora, ¡ven, por favor!

Al minuto, mi tía estaba junto a él y mi papá del otro lado de la cama.

Mi tío Pablo le pidió a su hermana:

—Por favor, abre la caja fuerte y saca cinco mil pesos y se los das a Genaro.

En ese momento, entró al cuarto la señora que lo cuidaba y prendió un cigarro, el cual lo ponía a intervalos en los labios de Pablo para que fumara.

Mi papá seguía a su lado, pero no decía nada. Dora no tardó casi nada en traer los cinco mil pesos y se los dio a mi papá. Luego, Pablo indicó a Dora y a la señora que lo estaba ayudando a fumar:

—Déjenme solo con Genaro. —Y se salieron las dos sin más.

En cuanto se fueron las mujeres, mi papá no tardó en protestar:

—Tío, te pedí prestado diez mil pesos —dijo en tono de reclamo.

Pablo se quedó mirando por un rato a mi papá hasta que decidió responder:

—Mira, Genaro, yo pierdo cinco mil pesos y tú los otros cinco y quedamos a mano —dijo con firmeza.

Aquí viene la moraleja que nunca se me va a olvidar: no le prestes dinero a quien sabes que no te va a pagar.

Mi papá se agachó sobre la frente de mi tío, le dio un beso y las gracias.

Nos despedimos de mi tía y nos fuimos, yo molestando al perico y este diciendo «Pendejo».

21.

Al rescate de un símbolo de generosidad, determinación y amor

FERNANDO GÓMEZ SIMMONS

Crucé el acueducto de Morelia a la altura del caballito y me fui directo a la calle de Revillagigedo, bien decidido a recuperar lo que yo consideraba que me correspondía. En cuanto llegué a la casa de Joaquín Macouzet y pregunté por él, una sirvienta tomó mi nombre y me pidió que esperara.

Unos instantes más tarde, Joaquín salía extrañado a recibirme, pues no había una razón evidente para que yo lo visitara. Él me saludó de manera efusiva y mantuvimos una conversación cordial por algunos segundos hasta que le informé el motivo de mi visita. Él no estuvo de acuerdo con mis argumentos y se negó a darme lo que yo reclamaba.

Su negativa me estaba haciendo perder la paciencia, por lo que comencé a exigir mis derechos de manera más agresiva. Al darse cuenta de que yo no cedería, Joaquín se puso sarcástico y me dejó claro que no me daría nada. Luego me cerró la puerta en las narices.

—Esto no se va a quedar así, ¡te lo aseguro! —le grité furioso desde fuera.

Me encaminé entonces rumbo a mi casa a buscar a mi hermano. Yo ya iba encabronado y no había quien me detuviera, recuperaría lo que me correspondía por la buena o por la mala y, si teníamos que venir armados a exigir lo nuestro, así sería. Mi hermano y yo estábamos acostumbrados a darnos en la madre y a

pelearnos con todo aquel que interfiriera en nuestros asuntos o que nos viera mal; por algo nos apodaban los Atilas.

Camino de regreso, me fui por la Calzada Fray Antonio de San Miguel y pasé frente a la casa de mi tío Luis Macouzet y eso me hizo pensar que era ahí donde había tenido origen toda esta historia hacía más de treinta años.

Aquello se había gestado en el último lustro de los años veinte. En ese entonces, en Morelia, varias familias habían logrado, a base de trabajo y honorabilidad, un estatus social que les permitía hacer obras de beneficencia. Entre otras cosas, proporcionaban ayuda económica a diferentes asociaciones que se dedicaban a ofrecer ropa y alimentos a la gente pobre y desamparada.

El licenciado Luis Macouzet Iturbide, abuelo de mi esposa, Mercedes, y el señor Branch E. Simmons, mi abuelo, eran dos buenos amigos y el claro ejemplo de esos personajes que habían destacado por su generosidad al fundar obras de auxilio muy apreciadas por la población.

En su casa de la calzada, frente a la cual iba yo caminando con la frustración de no haber conseguido lo que buscaba, el licenciado Macouzet había acondicionado una envidiable cancha de tenis. Esta era de pasto y la mantenía en condiciones impecables para jugar con su grupo de amigos de la élite moreliana.

Uno de tantos domingos en los que se juntaban los amigos a jugar en la cancha de Luis Macouzet, empezó a surgir la idea de fundar un club de tenis, pues cuando se juntaban ocho o más amigos no alcanzaban a jugar más de uno o dos sets de dobles en toda la mañana y pasaban mucho tiempo sin jugar esperando a que sus otros compañeros terminaran su turno.

Esa idea de fundar un club de tenis había comenzado como una plática trivial, pero fue tomando fuerza con el tiempo, ya que en la ciudad de Morelia había muchos aficionados al tenis que no tenían donde practicar este deporte. Por esta razón, el grupo de amigos decidió tomar las cosas en mano para crear una solución.

Así, Luis Macouzet Iturbide, Genaro Gómez Urquiza, Branch E. Simmons, Alberto Bravo Ugarte y algunos otros distinguidos personajes, entre los cuales se distinguían los apellidos Ibarrola, Del Moral y Oseguera, se comprometieron

formalmente a fundar dicho club, el cual, hasta entonces, había sido solo un sueño.

El licenciado Luis Macouzet Iturbide encabezó a todos estos amigos y formó un fideicomiso. Una vez integrado el consejo de administración, se procedió sin demora a la adquisición de un terreno lo suficientemente grande para acondicionar tres canchas de tenis, las cuales se hicieron de arcilla. En el mismo terreno se construyó la casa club con vestidores, gaveteros y baños. Además, se instalaron unas gradas frente a la cancha número 1. Los estrados podían recibir a más de cincuenta espectadores sentados cómodamente.

Como el fideicomiso contaba con los recursos económicos necesarios, la construcción del Club de Tenis Morelia no tardó más de ocho meses en finalizarse. Según recuerdo haber escuchado a mis ancestros, el club fue inaugurado por el licenciado Luis Macouzet Iturbide y el señor Branch E. Simmons, en el año de 1927. El establecimiento del club se vio engalanado con dos magníficos trofeos para los ganadores de los torneos.

El licenciado Macouzet donó una copa de plata de más de cincuenta centímetros de altura. Esa presea, la cual tenía motivos de laureles tipo romano, sería el trofeo de los ganadores en torneos de dobles y llevaría el nombre de su hija, Copa Mercedes.

El señor Branch E. Simmons, a su vez, donó una copa similar a la anterior, la cual sería para los campeones de *singles* y llevaría el nombre de su hija, Copa Consuelo.

Como dato increíblemente extraño y curioso, el donador de la copa de dobles, Luis Macouzet Iturbide, fue el abuelo de mi esposa, Mercedes Domínguez Macouzet, y el donador de la copa de *singles*, Branch E. Simmons, era mi abuelo.

Desde que era yo un chiquillo de seis u ocho años, mi papá, Genaro Gómez Macouzet, me llevaba al club de tenis Morelia de recogedor de bolas. Recuerdo que mi papá ganó la copa de dobles y también la copa de *singles* en alguna ocasión. Los ganadores no se llevaban los trofeos, pero sus nombres quedaban grabados sobre el cuerpo de la copa.²⁶ Yo estuve presente en varias de las ceremonias de premiación. Para mí, era una experiencia extraordinaria ver esos trofeos, sobre todo porque una de las copas llevaba el nombre de mi mamá.

Por circunstancias de la vida que no vienen al caso comentar en este relato, mis padres se divorciaron. La ruptura no fue amigable y jamás me pude llevar bien con mi papá desde entonces. Por esa razón, en cuanto terminé mis estudios de preparatoria en el Instituto Valladolid, en 1959, decidí que mi vida en Morelia había terminado. Tan solo contaba con diecisiete años, pero había llegado el momento de buscar otros horizontes, así que me fui a estudiar y a trabajar a los Estados Unidos.

En 1964, regresé a mi ciudad natal durante unas vacaciones y me enteré de que el Club de Tenis Morelia ya no existía. «¿Y quién se quedó con la Copa Consuelo?» fue lo primero que me vino a la mente. Tras investigar un poco, me enteré de que la tenía Joaquín Macouzet Marín. Él se había quedado con la copa bajo pretexto de que había sido el último en ganar el campeonato de *singles*. Ni tardo ni perezoso, sabiendo muy bien quién era él y en dónde vivía, fui a buscarlo para pedirle la Copa Consuelo, pues mi lógica me decía que, por herencia, me pertenecía.

Las dos copas tenían una inscripción bastante explícita dejando claro que los ganadores no se las podían llevar a sus casas. Estas debían permanecer en el club, donde tenían una vitrina preciosa para ser admiradas por todos los socios.

Aquí regreso al principio de mi relato, cuando fui a recuperar la copa. Esta había sido donada por mi abuelo y, además, llevaba el nombre de mi mamá. Para mí era muy claro que me correspondía tenerla. Cuando me la negaron, y además con tono de burla, no podía yo menos que estar furioso.

En cuanto llegué a la casa, le platiqué todo lo que había sucedido a mi hermano.

—¿Qué te parece si me acompañas mañana? Así, entre los dos podemos obligar a Joaquín a que nos devuelva la Copa Consuelo —le dije todavía enfurecido.

Yo estaba convencido de que nos valdríamos de todos los medios para recuperarla.

—Sí, vamos mañana y se la quitamos. No te preocupes —respondió con tranquilidad.

A la fecha, no sé si mi hermano Genaro lo hizo por protegerme o por mala onda, pero le platicó a mi papá lo que yo le había propuesto.

Por la mala relación que llevaba con mi padre, nos evitábamos mutuamente. Sin embargo, al día siguiente, muy temprano en la mañana, me sorprendió verlo entrar a mi cuarto y, antes de que yo pudiera hablar, me dijo:

—Ya me contó tu hermano lo que quieres hacer. No quiero que te metas en problemas ni quiero tener problemas con mis primos Macouzet Marín, así que agarra tus cosas y te me largas —dictó sin decir más antes de dar la media vuelta y salir de la habitación.

Yo estaba enojadísimo con mi hermano, así que no tardé en ir a reclamarle.

—Mira, Fernando, nos íbamos a meter en problemas con mi papá. De por sí, ya ves que no te soporta —me dijo con tranquilidad tratando de calmar mi furia—. Mejor hazle caso, empaca tus cosas y vete a quedar a la casa chica, si quieres.

No lo pensé ni dos minutos, me levanté, empaqué todas mis cosas, las subí a mi carro y me fui rumbo a la carretera para regresar a Los Ángeles, California.

En el 2024, en la Ciudad de México, sesenta años después de aquellos acontecimientos infructuosos, escribo este relato en relación con las copas Mercedes y Consuelo.

Por medio de Facebook, conocí y entablé amistad con Adrián Macouzet Ramírez, hijo de mi tocayo Fernando Macouzet Marín, hermano de Joaquín Macouzet Marín, que a los dos los tenga Dios en su gloria.

Vinieron a mi mente muchos recuerdos de mi tocayo, con quien llevé buena amistad en mi juventud, lo mismo que con su hermano Humberto, y, por azares del destino, recordé que, en el año de 1964, él había ganado la copa de tenis de dobles, o sea, la Copa Mercedes. No tardé entonces en preguntar a Adrián Macouzet acerca del paradero de ambas copas.

Adrián me comentó que la Copa Mercedes la tenían ellos y la Copa Consuelo la tenían los hijos de Joaquín Macouzet, su tío. Le pedí entonces el favor de que me mandara fotos de las dos copas. Solo pudo en ese momento mandarme fotos de la Copa Mercedes, pues no sabía quién de sus primos tenía la Copa Consuelo.

Me comentó que sus primos, entre mujeres y hombres, eran doce, lo que hacía algo ardua la tarea de consultación, pero me prometió que iba a informarse para poder mandarme fotos.

Aprovechándome de la amistad que llevo con Adrián, espero que él me ayude a transmitir a sus primos el valor sentimental que tiene para mí ese trofeo y, así, accedan ellos a venderme aquella copa, donada por mi abuelo y que lleva el nombre de mi mamá.

²⁶ Ver lista de ganadores en los torneos de dobles y de **singles** del Club de Tenis Morelia que fueron grabados sobre las copas Mercedes y Consuelo, respectivamente, en el anexo VII.

22.

Tiempos de guerra

MERCEDES GÓMEZ DOMÍNGUEZ

La joven Mercedes Macouzet Macouzet prueba apenas la crema de espárragos. Sus labios delgados permanecen juntos mientras levanta la vista para mirar a través de sus grandes gafas a sus hermanos, quienes bromean y comen con particular apetito. «No entiendo cómo Tatá, Tato y Chiquitín ríen y tienen ganas de comer después de lo que ha pasado», se dice en su mente la angustiada señorita antes de pedir permiso para retirarse a su habitación. Su madre, doña Mercedes, le permite que se pare de la mesa, pero sabe que tendrá que hablar con su hija seriamente para poder sacarla de ese estado. El haberle hecho preparar sus guisos favoritos no había tenido efecto alguno.

Cuando la joven se levanta y camina con lentitud rumbo a las escaleras, doña Mercedes se aflige al ver sus piernas y su torso tan delgados. «Si esta muchacha sigue sin comer, no tardará en enfermarse», considera la desolada madre.

En esa tarde nublada, Mercedes se sienta frente a la ventana sin ganas de hacer ninguna actividad. La luz del sol que logra filtrarse por la espesa capa de nubes apenas ilumina las calles de la Ciudad de México. Por la avenida de los Insurgentes, frente a su casa, los coches y autobuses no cesan de pasar. El ruido de la ciudad es un bullicio constante, pero en su corazón solo hay silencio. Inmersa en la pena que la aflige, las lágrimas no tardan en mojar sus mejillas como cada tarde.

Hace pocas semanas, su papá, Luis Macouzet Iturbide, falleció a los cincuenta y un años. Una insuficiencia renal aguda lo fue debilitando e intoxicando hasta acabar con el cariñoso padre y próspero abogado. Mercedes no logra reponerse de la dura pérdida.

Cuando su madre entra a la habitación, la muchacha se seca las lágrimas con su chal negro y toma en sus manos su libro de oraciones para fingir que rezaba.

—Hija —le dice su mamá una vez junto a ella y tomándola de las manos—, a todos nos duele tanto como a ti, pero la vida sigue. No podemos quedarnos lamentándonos. Ya verás qué bonito será recordarlo cuando logres salir adelante. Te voy a contar una historia de cuando murió mi papá, fue un día que entraron los revolucionarios a nuestra casa en Morelia. Yo era más joven que tú cuando mi papá enfermó y ya no podía salir de su cuarto, yo le prometí entonces cuidar del caballo que él quería tanto. Era un noble animal de pelaje blanco...

Doña Mercedes continúa con la conmovedora historia que cautiva a la dolida joven, quien, al terminar, envuelve a su madre entre sus brazos. Luego de un largo y sentido abrazo en el que ambas derraman abundantes lágrimas, Mercedes decide que pondrá todo de su parte para no estar melancólica.

—Imagino todo lo que debes de haber sufrido, mamá. Me inspiraré en tu fortaleza para salir adelante.

—Me alegra escucharte decir eso, hija. También deberás tratar de comer bien, aunque no tengas apetito, y yo te sugiero que busques un trabajo para que te distraigas. Ya ves cómo tus hermanos, que están ocupados con la escuela, no se la pasan martirizándose como tú, aunque también están tristes.

—Ay, mamá, pero si yo nunca he trabajado. ¿Qué quieres?, ¿que me ponga a cuidar niños como nuestra nana, Huerta? —dice la joven con un cierto tono de burla.

—Bueno, y tu carrera, ¿qué? —se indigna doña Mercedes llevándose las manos a la cintura—. Bien hizo tu padre en persuadirte para que la estudiaras. Las mujeres de ahora ya tienen la libertad de salir a buscar un trabajo; debes aprovechar, en mi época eso no existía. Tienes tu título de secretaria bilingüe, un puesto muy solicitado en esta ciudad, así que mañana mismo te arreglas, revisas los anuncios en el periódico y te me vas a pedir trabajo.

Luego de haber trabajado por pocos días en un lugar que no la hacía sentir bien, Mercedes se entera de que en la embajada de Estados Unidos estaban necesitando gente con sus capacidades y que ofrecían muy buenas condiciones de empleo.

No hace ni medio año que los japoneses atacaron Pearl Harbor, precipitando así la entrada de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial. Miles de hombres son enviados a combatir y la fuerza laboral comienza a escasear en aquel país, por lo que se apoyan en la mano de obra mexicana para poder mantener viva la producción industrial y agrícola. Esto exige un enorme esfuerzo de registro y preselección de los solicitantes, por lo que la embajada requiere un equipo de secretarías bilingües que se encargue de esa tarea.

Mercedes es aceptada en cuanto se presenta a pedir información. Al principio, la joven llega sintiendo una sensación extraña, pues la embajada está al mando de hombres heridos de guerra, algunos de ellos amputados de piernas o brazos.

Cuando le asignan su escritorio, la saluda con gusto la secretaria de al lado, una simpática joven de su edad de nombre Catalina. Del otro lado, otra muchacha, llamada Ofelia, también le da la bienvenida y no tardan en convertirse en un trío de buenas amigas. Así, entre carpetas y máquinas de escribir, las jóvenes se la pasan intercambiando historias, comentarios, risas y murmullos; una isla de resiliencia en medio del caos.

Conforme pasan los días, Mercedes escucha las historias de hombres que llegaban de todos los rincones del país. Entre ellos, hay indígenas de cabellos largos y ropas desgastadas que se comunican en su propio dialecto, algunos campesinos hediondos, también albañiles acicalados para la ocasión y alguno que otro con huaraches²⁷ apestosos y raídos por el uso. En ocasiones, el olor a multitud es tan penetrante que Mercedes quisiera colocar el chal negro sobre su cara para tapar su nariz y mitigar el insulto olfatorio.

Infinidad de hombres llegan a ser registrados para que los lleven a Estados Unidos. Cada día, las filas de los solicitantes se ven interminables. Mercedes apenas tiene tiempo de comer lo que le manda la nana Huerta. Todo el día se la pasa tomando datos personales de cada individuo y haciendo interrogatorios, llena formularios y, en ocasiones, intercambia palabras de aliento para aquellos hombres que se muestran preocupados o con inquietud y zozobra por dejar a sus familias.

Hay risas y seriedad en cada intercambio de miradas con sus amigas, lo cual las hace encontrar alegría en la rutina. No falta el detalle cómico que comentar o la

anécdota del día que las hace reír.

Pero hay también hombres con uniformes americanos. Ellos son diferentes. Su autoridad es palpable y, en ocasiones, las reprenden con sus miradas cuando se percatan de que ellas no paran de reír. Eso tiene preocupada a Mercedes y teme que la vayan a correr.

Un día, el director la manda llamar justo cuando estaba atacada de la risa por un chiste que le había contado Cata. Ella sabía que las anotaciones de detalles específicos requerían de mucha atención y que cualquier error era inadmisible, por lo que se levanta preparada para ser sancionada.

El comandante, un hombre alto y rubio, avanza con lentitud apoyándose en su bastón para auxiliar a sus piernas lesionadas. Ya cerca de ella, el jefe la mira a la cara durante unos instantes mientras a ella le tiemblan las piernas.

—Mercedes, te he estado observando —afirma el hombre con voz pausada, mientras que ella respira hondo, esperando lo peor—. Es impresionante lo bien que haces tu trabajo —continúa el comandante para la gran sorpresa de la muchacha—: ríes, pláticas y nunca cometes errores. Eres una de nuestras mejores colaboradoras. He revisado tu trabajo de cerca, incluso he buscado errores en tus reportes y nunca los he encontrado. En verdad me dejas impresionado —concluye el honesto jefe y estrecha su mano antes de regresar a su asiento.

Las semanas pasan y Mercedes se forja entre risas y lágrimas, rompiendo así la sombra que la había atrapado tras la muerte de su padre. Los hombres siguen llegando, las historias siguen fluyendo y ella se encarga de darles voz. La joven se da cuenta de que ella es una mujer haciendo lo que le corresponde en un mundo en guerra. Con cada registro, con cada historia escrita, ella sabe que se convierte en parte de algo más grande. Los recuerdos de su padre siempre estarán allí, pero ahora también encuentra un lugar para la esperanza, para ayudar, trascender y ser parte de la historia.

Mercedes había perdido a su padre. Los militares habían perdido familiares, amigos, y algunos, incluso sus extremidades o capacidades motoras, y los migrantes perdían a sus familias. Todos comparten una sensación de duelo y resignación.

Desde entonces, el nombre de Mercedes Macouzet Macouzet ha quedado registrado en los archivos de la embajada estadounidense como una de las colaboradoras de los aliados. A la fecha, los hijos de Mercedes reciben trato especial cuando requieren hacer trámites en la embajada de los Estados Unidos.

Con este empleo, Mercedes logra sanar por la pérdida de su padre, se enorgullece por haber contribuido al esfuerzo de los aliados y se regocija por haber conocido a Cata, su mejor amiga para toda la vida.

[27](#) Sandalias.

23.

La fuerza de voluntad

MARÍA DE LOS ÁNGELES MACOUZET ZAMACONA

El viejo autobús foráneo de mediados del siglo xx vibraba y rugía mientras el joven sacerdote que iba sentado hasta delante descansaba sus manos entrelazadas sobre su vientre y cabeceaba luchando por mantenerse despierto. En una corta recta, el ómnibus se aceleró a la vez que dejaba atrás una nube de humo negro con olor a diésel. Consciente de la batalla del hombre de iglesia por mantenerse despierto, el conductor, que iba casi a su lado, quiso hacerle conversación.

—¿Se va de paseo, padre Manuel? —dijo mientras empujaba la larga palanca hacia delante para reducir la velocidad antes de tomar la curva.

—Tengo que dar una misa en el siguiente pueblo... —comenzó a responder el padre Manuel Macouzet, mi hermano, con toda la intención de compartir su gusto por llevar la palabra de Dios a los pueblitos y rancherías.

En efecto, el padre Manuel solía comunicarse por teléfono a Radio Ranchito y pedía que lo pusieran al aire y decía:

—Compadritos y comadritas del rancho tal o cual, habla el padre Macouzet para avisarles que el próximo domingo tendremos misa en tal lugar a tal hora. Los cohetes anunciarán mi llegada, corran la voz.

Cuando llegaba al rancho, tiraba los cuetes para que la comunidad acudiera al terreno, cancha o cualquier lugar donde se celebraría la misa. Luego, él se encargaría de hacer construir una capilla, equipada con campana para llamar a misa y todo lo necesario en ese mismo lugar. Ya con todo instalado, las misas quedarían a cargo de otro sacerdote mientras el padre Manuel iniciaba otra comunidad y otro templo en una nueva ranchería.

El sacerdote comenzaba apenas a hilar su narración, cuando el pánico se vio reflejado en sus ojos.

—¡Cuidado! —es lo único que alcanzó a agregar al momento en que un camión de volteo, cargado de arena, apareció estacionado en mitad de la curva.

El estruendo del impacto y de los fierros retorciéndose reemplazó al sonido de su voz. Sin estar equipado con cinturón de seguridad, la inercia lo lanzó hacia el frente y sus piernas debieron de soportar toda la fuerza del impacto. Eso salvó su vida, pero una de ellas pagó haciendo añicos su estructura ósea.

El primer auto que venía detrás de ellos se detuvo para prestar auxilio y, al ver el estado crítico del padre, le ofrecieron regresar para llevarlo a Morelia, a lo cual él se negó. Su preocupación principal en ese momento era otra.

—Por favor —les suplicó—, sigan hasta el siguiente pueblo para que avisen en el templo que no voy a poder llegar para celebrar la misa. Ya después, les agradeceré que busquen un teléfono para que avisen a Morelia acerca del accidente.

En Morelia, la noticia no tardó en llegar a oídos del doctor José Macouzet Iturbide, mi señor padre. Él sabía que, en cualquier momento, llegaría su hijo con la pierna destrozada al Hospital del Sagrado Corazón, su lugar de trabajo. Sin tardanza, mi papá comenzó a buscar con desesperación al doctor Ávila Galinzoga, único especialista traumatólogo en la institución, pues no lo encontraba por ninguna parte. Finalmente, le informaron que dicho especialista se encontraba fuera de la ciudad. Mi papá, como médico general, sentía el peso de la responsabilidad que tendría que asumir sin sentirse la persona más indicada para atender el grave traumatismo de su hijo.

Tras largas horas de espera, un segundo automóvil, que también se había detenido en el sitio del accidente, llegó al fin transportando al padre Macouzet. Para gran sorpresa y alivio de mi papá, el conductor de aquel auto era precisamente el doctor Ávila Galinzoga, quien ya le había prestado los primeros auxilios al accidentado y que ordenaba lo llevaran directo a Radiología.

Un cuidadoso análisis de las lesiones dejaba claro para el especialista el procedimiento a seguir.

—Doctor Macouzet, los daños son enormes, no me queda más remedio que amputar la pierna —le comunicó con pena el especialista.

—¡Por Dios! No haga eso sin haber tratado primero de salvarle la pierna a Manolo —rogaba mi papá a la vez que se llevaba las manos a la cabeza.

—Comprendo su dolor, mi querido amigo, pero eso sería muy arriesgado, usted lo sabe.

—No lo haga mientras existan esperanzas, se lo suplico, aunque sean mínimas —insistía mi papá hasta que logró convencerlo.

El tratamiento fue duro y Manolo debió de sufrir mucho, pero a fuerza de fe y determinación logró salir adelante y salvar su pierna.

Es admirable que mi hermano nunca perdió el entusiasmo y puso todo de sí no solo para darle un uso normal a su pierna, sino para sobresalir físicamente sobre las personas que gozaban de plena salud. No podía negarse a celebrar alguna misa por enfermo que estuviera, por lo que el cardenal don Alberto Suárez Inda decía de él que era inquebrantable.

Por increíble que parezca, después de haber pasado por todo eso, Manolo fue campeón de tenis. También fue célebre en Morelia por la destreza que tenía en el uso de la bicicleta, la cual era su medio de transporte favorito. Era tan hábil en su bici que no bajaba los pies de los pedales mientras esperaba la luz verde del semáforo y se quedaba haciendo solitos manteniendo el equilibrio. La gente hasta le aplaudía.

Más aún, en su bicicleta pesada de aquellos tiempos, cuando estas no tenían ni velocidades, Manolo emprendió un viaje rumbo a Centroamérica y llegó hasta Panamá. Bien entendido, cuando las condiciones del camino no le permitían conducir su bicicleta, él encontraba la manera de subirla a un autobús o de dejarla estacionada entre los matorrales, pero eso no le resta mérito a lo grandioso de su hazaña.

Esto que les platico podría hacer pensar que mi hermano había quedado muy bien de su pierna, pero no es así. Esta le quedó más corta que la otra, por lo que tenía que utilizar un taconcito para equilibrar la altura y, además, los dolores nunca cesaron. El mayor problema que tuvo como consecuencia de su accidente fue que cada año le daban períodos de erisipela²⁸ con mucha fiebre. Pero su

fuerza de voluntad, espiritualidad y optimismo siempre vencieron toda barrera que obstruyera su camino y su misión.

El padre Manuel Macouzet no solo destacó en el aspecto físico, sino que fue un sacerdote excepcional que se caracterizaba por su alegría y su cercanía a los fieles. Además, era extremadamente caritativo, por lo que siempre tenía personas esperándolo fuera de su casa para solicitar alguna ayuda.

En fin, según las palabras del obispo Carlos Suárez Cázares, «es inútil tratar de contar las anécdotas de su existencia, cuando toda su vida fue pura anécdota... Hablar de su *currículum vitae* es una ilusión, pues no alcanza la imaginación para concebir a un ser tan privilegiado y culto. Fue una enciclopedia andante, con una memoria extraordinaria y dominando cinco idiomas... Todo él es uno de esos que llaman *record man*».

La biblioteca del Seminario Diocesano de Morelia se honra en llevar el nombre de mi hermano: Biblioteca Padre Manuel Macouzet Tron.

Sus cenizas reposan en el altar de la capilla del seminario, donde se construyó una cripta expresamente para Manolo, pues es ahí que le hubiera gustado descansar, según lo dijo alguna vez, por haber sido parte de él por muchísimos años.

²⁸ Inflamación microbiana de la dermis, caracterizada por el color rojo y comúnmente acompañada de fiebre.

24.

Las tres menciones

ELOÍSA MACOUZET GARCÍA

Cuando mi papá sirvió el vino en la copa, se percató de que este estaba opaco, turbio y de un tono marrón. Aromas pungentes invadieron luego su nariz y, tras resoplar, volteó a mirar a mi abuelita a los ojos.

—Es normal, Jorge Juan —dijo ella con voz seria—, la botella lleva más de veinte años en la caja fuerte. Es un vino muy especial que tu padre mandó traer desde Francia para esta ocasión. Mientras lo bebemos, será como si él estuviera celebrando junto con nosotros.

En efecto, la botella era tan vieja que ya había hasta perdido la etiqueta y no se podía precisar ni la cosecha ni el tipo de vino. Mi abuela la consideraba un tesoro que guardaba junto con sus joyas. Este representaba el deseo de su difunto marido de honrar al primero de sus hijos que se titulara en la universidad.

De sus hijos, la mayor era mi tía Mercedes, de quien, siendo mujer, no se esperaba que realizara estudios universitarios. Luis, el segundo en edad, había ingresado a la Facultad de Derecho, pero no se había graduado; y Raimundo, el siguiente, no había ido a la universidad. Jorge Juan, el menor, había sido el único en obtener su título y ahora tenían que rendirle el honor que su padre le había reservado.

Contrariamente a sus hermanos varones, mi papá era muy dedicado para sus estudios y amaba su profesión: arquitectura. Justo a inicios de su carrera, él había tenido la oportunidad de viajar durante casi un año alrededor de Europa en compañía de su mamá y su hermano Luis. Ese viaje le había inculcado una apreciación muy especial del arte y de los diferentes estilos arquitectónicos.

Ya con el vino servido, mi abuelita y mi papá chocaron las copas con una gran sonrisa y dieron el primer trago. Mi papá sintió la agresión de aquel vinagre en su garganta que lo llevó a hacer un gesto de desagrado y, tras haberlo tragado, sintió el reflejo de volver el estómago. Mi abuelita, por su parte, se mantuvo seria y, sin decir palabra alguna, dio un segundo trago.

Al verla, mi papá comprendió que no podía hacer la afrenta de rechazar el honor que su difunto padre había querido brindarle. Así, imitó a su mamá y dio un segundo trago, el cual pudo controlar mejor ya sin el efecto sorpresa.

La dedicación que mi papá había acordado a sus cursos le había valido la mención honorífica en estudios. Luego, cuando presentó su tesis, esta fue alabada por los profesores y, sin sorpresa, se le otorgó la mención honorífica también en ese rubro. El día del examen profesional, mi papá expuso su trabajo con claridad y respondió de manera muy convincente a todas las preguntas que le hicieron los sinodales, lo cual le valió felicitaciones y el título de arquitecto, pero de manera inesperada la mención honorífica nunca llegó.

Bueno, pero eso no le amargaría el festejo a nadie. Todo había salido bien y amigos y familia celebraron con júbilo ese logro del nuevo arquitecto. Ya al siguiente día, estando solo mi papá y mi abuela, es cuando ella decidió que había llegado el momento de sacar el vino para llevar a cabo el ritual que llevaba tantos años esperando. Luego de los primeros tragos, que fueron verdaderamente difíciles, mi papá y mi abuela lograron terminarse la botella acompañada de una buena cena.

Años después, cuando mi papá platicaba con otro arquitecto que había sido miembro del jurado de su examen profesional, se enteró de algo que lo dejó turbado.

—Oye, Jorge —le dijo el otro arquitecto—, ¿sabes que ibas a ser el primer alumno en la historia de la Facultad de Arquitectura en obtener las tres menciones?

—¿Qué? —respondió mi papá extrañado por lo que le decía.

—Lo que escuchas, Jorge. Es una pena que no se te haya otorgado ese mérito. La mención en estudios nadie te la podía quitar, la de tesis tampoco.

Desafortunadamente, para la mención honorífica en examen profesional se requería el voto de todos los sinodales y hubo uno que se opuso.

—¿Quién? —interrumpió mi papá.

—Tu cuñado Ángel.

En cuanto mi papá tuvo oportunidad, fue a la casa de su hermana para pedirle explicaciones a mi tío. Cuando mi papá lo cuestionó, su respuesta fue «Porque si te la dábamos te ibas a creer mucho», dijo mi tío en tono medio de broma, dejando claro así que no abordaría ese tema. La explicación, desde luego, no satisfizo a mi papá. A pesar de ello, él siempre entendió que sería mal visto en el medio si mi tío hubiera otorgado a su cuñado un reconocimiento de semejante magnitud, por lo que mi papá no le guardó ningún tipo de rencor. Mi tío era mucho mayor él y mi papá siempre lo apreció y le profesó un respeto absoluto.

Cuando yo estudié la carrera de Arquitectura, mi tío Ángel seguía trabajando en la facultad y tenía un cargo importante en la Dirección. Mis compañeros pensaban que yo era privilegiada y que podría servirme de esa relación para obtener atajos y facilidades en mis estudios, pero yo sabía que la rectitud de la que se preciaba mi tío podría perjudicarme si existiera la más mínima apariencia de un conflicto de interés. Por eso, cuando llegábamos a vernos casualmente en la facultad, nunca intercambiamos más que saludos afectuosos.

El día de mi examen profesional, mi papá quiso seguir la tradición que había iniciado mi abuelo y me entregó una bonita caja de madera sobre la cual había pirograbado mi nombre, mi título y la fecha. Al abrir la caja, que estaba bien sellada con clavos, quedó claro que mi papá había aprendido de su experiencia, pues, en vez de vino, había guardado coñac para garantizar que nunca se descompusiera, sin importar lo que tardaran en titularse sus hijos.

Dentro de la misma caja, yo guardé una nueva botella, también de coñac, la cual tuvimos el orgullo de abrir para brindar cuando mi hija Eloísa se recibió de licenciada en Terapia de la Comunicación Humana. Luego de haber festejado, metimos una nueva botella, pero antes de sellar la caja introdujimos algunos recuerdos, como pañuelos de mi abuelita, de mi papá y mío, entre otras curiosidades. Este nuevo licor reposará bien resguardado en su estuche hasta que ella tenga la dicha de ver a su futuro hijo lograr un reconocimiento similar.

Una bonita tradición iniciada por mi abuelo Luis Macouzet que valoriza el esfuerzo en los estudios y que será transmitida a las generaciones futuras.

25.

Todo queda en familia

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

En una ocasión que mi tío Luis, hermano de mi papá, estaba de visita en la casa, salió a la conversación el tema de mi tía Conchita, una prima hermana de ellos que se había metido de monja sin que nadie se lo esperara.

—Y, de veras, nunca supimos por qué se metió de monja, ¿verdad? —preguntó mi papá de manera inocente.

—Pues porque te casaste con Eloísa —respondió mi tío con toda seguridad seguido de una carcajada.

—Ay, ¡no! —dijo mi papá algo ruborizado con una expresión que dejaba ver que esa era una explicación que él no había considerado.

La historia que yo siempre había escuchado es que, desde niños, Conchita y mi papá se habían querido mucho y que, ya en su juventud, salían juntos a todas partes y se divertían mucho, hasta que un día a mi tía se le había ocurrido meterse de monja sin que nadie supiera la razón. Por lo visto, el tipo de cariño que se había desarrollado en cada uno de ellos era de diferente naturaleza.

Al ser el más joven de sus hermanos, mi papá fue el último en dejar la casa familiar, por lo que vivió solo con su mamá durante algún tiempo. Mi abuela dedicaba todo su cariño y esfuerzo a su Chiquitín, para quien tenía ambiciosos planes.

Sucedió entonces que una mañana, cuando estaban ya sentados a la mesa, Jorge Juan, mi papá, no se percató de que Huerta, su nana desde temprana edad, le había servido su plato, pues él mantenía la mirada en el infinito mientras una leve sonrisa se dibujaba en su rostro.

Al ver la expresión de su hijo, mi abuela decide sacarlo de sus sueños.

—Chiquitín, ¡se te enfría el almuerzo! —exclama su madre para regresarlo a la realidad antes de dar un trago a su taza de café e iniciar la conversación—. ¿Cómo te fue ayer en la reunión de muchachos de Morelia? Me imagino que encontraste viejos amigos, pues regresaste bastante tarde —termina con un tono de recriminación.

—Muy divertida la reunión, mamá, hubo hasta mariachis. No vi a ningún amigo, pero conocí a una muchacha que no te imaginas qué cara tan bonita tiene y qué simpática es. Se llama Eloísa —dice antes de dar un suspiro y dejar que su vista se perdiera de nuevo en el infinito.

Su madre aprieta la quijada, frunce el ceño y espera unos segundos para estabilizar su respiración antes de responder:

—Jorge Juan, ¡no puedes andar fijándote en muchachas! Tienes una relación formal con Maruca en Morelia.

Mi abuela, Mercedes Macouzet del Moral, se había casado con Luis Macouzet Iturbide, primo hermano suyo, así que ella deseaba que sus hijos se casaran también con sus primos. Cuatro hermanos Macouzet López se habían casado con cuatro hermanos Iturbide Gómez. Casos similares, pero no de tal magnitud, habían sucedido entre los Macouzet y otras familias respetables, como los Malo y los Del Moral, entre otros.

Esta práctica se había hecho común entre la aristocracia mexicana como respuesta a la sucesión interminable de guerras que se habían generado a partir de la independencia y que no cesaban de deteriorar y desestabilizar al país. De esta manera, se lograba mantener compacto el núcleo familiar, se formaban familias más unidas, se preservaban la clase y las riquezas y se minimizaban las malas sorpresas. «Pudiendo casarse con alguna de sus primas, ¿por qué buscar a alguien que no es ni de la familia?», diría mi abuela.

Sus otros hijos ya se habían casado con extraños, no podía permitir que pasara lo mismo con su Chiquitín. Por eso, un tiempo atrás, se había apalabrado con un primo suyo, también Macouzet, para que Jorge Juan frecuentara a su hija. Así, mi papá era el único a quien se le permitía llegar a esa casa a visitar a la joven y hasta era invitado para quedarse a comer. A pesar de las facilidades, la relación no progresó.

Luego apareció Maruca, que, aunque no era Macouzet, por lo menos de alguna manera estaba relacionada con la familia. Sin embargo, no parecía haber mucho entusiasmo entre ellos y, viviendo en diferentes ciudades, pues tampoco había mucho avance. La relación era muy frágil, lo cual preocupaba a mi abuela. A pesar de eso, sabía que le quedaba un buen recurso: Conchita, la hija de su hermano Pablo.

Todos sus planes y comodines se vinieron abajo en cuanto apareció mi mamá y Conchita terminó casándose con Dios. La polvera de plata que Maruca tuvo que devolverle a mi papá al final de su relación y que tenía grabado su nombre en la tapa terminaría años más tarde entre los juguetes de mi hermana. «Tu abuelita no me quería nada al principio», me confesó una vez mi mamá y yo comprendo muy bien la razón. Por algún comentario que hizo mi tía Conchita durante una visita a su convento, me quedó claro que, para ella, mi mamá tampoco era santo de su devoción.

Mi papá siguió queriendo mucho a mi tía y la visitaba con frecuencia en su convento de Coyoacán. Mi tía Conchita se convirtió en su confidente y en un fuerte apoyo moral para mi papá en momentos difíciles. Se comunicaban mucho por cartas, de las cuales mi papá llegó a leernos fragmentos llenos de sabiduría y sentimiento que dejaban ver que él le había contado algo que lo atormentaba.

Durante algunos años, mi tía Conchita fue transferida a un convento en Oaxaca. Entonces, mi papá la llevaba a la terminal de autobuses y la recogía cuando ella viajaba a México. Un conocido de mi papá llegó a verlo en un par de ocasiones cuando mi tía iba con él en el coche, por lo que, cuando ella ya se había bajado, se acercó a él y le dijo:

—Oye, Jorge, qué buena idea esa de disfrazar a las muchachas de monjas.

En alguna ocasión, llegué a especular con que hubo dos oportunidades de que yo me apellidara Macouzet Macouzet, como mi papá. Obviamente, el producto ya no hubiera sido yo y no estaríamos disfrutando de esta antología de relatos.

16.

Historia de un amor insólito

FERNANDO GÓMEZ SIMMONS

Salía yo del aeropuerto a paso apurado antes de que quisiera darme problemas la policía. Mis nudillos estaban manchados de sangre y llevaba un hematoma en la parte superior de la frente. Aunque había ajustado cuentas, mi mente hervía aún y la ira me controlaba. La tensión injusta que me habían hecho acumular durante tanto tiempo se liberaba ahora con toda su fuerza, estaba decidido a todo. Me faltaba todavía dejar las cosas claras con alguien más, era la parte más delicada, pero estaba decidido. Nadie podría detenerme.

Más de dos años antes de encontrarme en esa crítica situación, por ahí de mayo de 1966, yo venía de regreso de Morelia rumbo a Los Ángeles, donde residía, y, al pasar por la Ciudad de México, me di cuenta de que el dinero que me quedaba no me alcanzaría para el viaje; el Chevrolet Super Sport ocho cilindros que traía tragaba una cantidad de gasolina impresionante. Si continuaba el camino, tendría que dormir en el coche y comer una sola vez al día y, aun así, podría no ser suficiente para alcanzar mi destino.

Decidí entonces llegar a la casa de mi tía Elena, hermana de mi papá, quien siempre había sido muy considerada conmigo y yo me llevaba muy bien con el segundo de sus hijos, de nombre Genaro, como mi papá y mi hermano. Mi intención era trabajar durante algún tiempo en México para luego poder regresar sin problemas de dinero a Los Ángeles. Por fortuna, tardé pocos días en encontrar trabajo en Ford Motor Company, donde estaban por inaugurar las plantas de motores y fundición en Cuautitlán y requerían personal.

Un sábado, en la casa de mi tía Elena, Genaro me preguntó que si lo llevaba a la casa de su novia. Sin pensarlo, le respondí que sí. Aunque ya que íbamos en el

coche y que yo constataba que no era cerca, comencé a reprenderme yo mismo: «¡Qué bruto soy! Estoy ahorrando para regresarme a Estados Unidos y yo aquí gastando gasolina en llevar a Genarito a ver a su novia».

—Pues... ¿hasta dónde vive tu novia? —decidí preguntarle, ya que hasta el momento solo me había dejado guiar—. Ni siquiera me has dicho su nombre —le reproché.

—Tú hasta la conoces —dijo sonriendo, para mi asombro—. Es Mercedes, la hija de nuestra tía Mercedes.

—Pues sí que la conozco, pero la vi cuando tenía como doce años, era una escuincla.

Al poco rato, llegamos a su casa en la colonia Noche Buena y una sirvienta nos abrió la puerta. No tardó en acercarse mi tía Mercedes, quien me saludó con mucho gusto y nos invitó a pasar a la sala.

Tomamos asiento en los sillones de aquella casa en la que yo entraba por primera vez. Mi vista recorría los retratos de ancestros y las decoraciones, entre las cuales se encontraban algunas antigüedades que llamaban mi interés. De pronto, escuché el ruido de una puerta que se abría, seguida de unos pasos ligeros. Al voltear al lugar de donde provenían, me quedé paralizado. Con la boca abierta, observaba yo la fineza en la figura y las facciones de la muchacha que aparecía con una sonrisa en la antesala. Cuando nuestras miradas se cruzaron, hasta paré de respirar. Estaba embelesado; algo que nunca antes me había sucedido.

Mi primo se paró de un salto para saludar a Mercedes, la muchacha bellísima que yo estaba viendo y a quien no podía quitarle la vista de encima. Genaro la trató de saludar de abrazo, pero ella le extendió el brazo para saludarlo de mano y mantenerlo alejado.

—Meche, mira, ven a ver quién vino a visitarnos —se escuchó la voz entusiasmada de mi tía, lo cual me sacó de ese estado de fascinación que me tenía atrapado—. Es tu primo Fernando, ¿te acuerdas de él?

—Cómo no me voy a acordar de Fernando. Recuerdo muy bien la noche en Morelia que invitó a cenar a las hermanitas Sentís a los portales y a mí me mandaron de chaperón²⁹ y acabé regañada y jaloneada³⁰ por él —me reprochó.

—No, no te regañé ni te jaloné. Te tomé del brazo y te dije: «Siéntate, no te muevas ni te pares», porque a tres metros de nuestra mesa se empezaron a pelear a machetazos dos indios y no quería que te fueran a lastimar —me disculpé algo apenado.

—Sí, me acuerdo de que me platicaron de esa mal lograda cena en los portales —intervino mi tía, lo cual, para mi fortuna, calmó el reclamo de Meche.

Luego de una agradable plática con mi tía, en la cual me hizo mil preguntas sobre las noticias de Morelia, ella se retiró y nos dejó platicar a los jóvenes. Me percaté entonces de que Meche volteaba de vez en cuando a ver a Genaro con indiferencia y toda la conversación era conmigo. Así continuaron las cosas hasta que nos despedimos y fui a llevar a Genaro a su casa.

En esos días, yo ya me había cambiado al departamento de mi mamá, que había regresado de Estados Unidos por motivos del trabajo de su esposo, a quien habían enviado a México. Sin embargo, no pude aguantar presentarme de nuevo en la casa de mis primos al siguiente día. Llevaba yo poco tiempo hablando con mi tía Elena y con Genaro, cuando propuse con impaciencia:

—Vamos a casa de mi tía Mercedes.

A lo cual Genaro accedió sin dudarlo y nos fuimos.

Ya en casa de mi tía Mercedes, todo fue como una réplica del día anterior y yo seguía embobado con Meche. No podía parar de mirarla; su belleza y su voz de terciopelo seguían atrapándome.

Mi tío Ángel, el papá de Meche, llegó entonces y rompió el encanto de nuestra reunión. «Vámonos», le dijo a Meche sin siquiera saludarme, ni voltearme a ver ni despedirse. Me di cuenta desde ese momento de que para mi tío yo era una *persona non grata*.

No cabía duda de que aquella actitud debía ser por la mala reputación que se había difundido sobre mi hermano y sobre mí, a quienes nos apodaban los Atilas a causa de los excesos de juventud que habíamos cometido en Morelia. Nunca había imaginado cómo aquello vendría a ponerme barreras en el futuro. Para mí, que había obtenido mi título de ingeniero en Estados Unidos, que tenía un buen empleo en Ford Motor Company, que no fumaba ni tomaba, la historia de los Atilas había quedado atrás, pero no así para el resto de la familia.

Yo ya estaba convencido de que el amor a primera vista sí existía y no podía dejar de pensar en Meche, así que, a la primera oportunidad, fui a recoger a Genaro para regresar a la casa de mi tía Mercedes. Cuando llegamos, mi tía nos informó que Meche había ido a comprar unas cosas para la escuela. Genaro aceptó un refresco que le ofrecía mi tía y pasaron a la cocina. Yo me quedé en la antesala.

Mientras esperaba, se abrió la puerta y entró Meche, la más bella muchacha de dieciocho años que había visto en mi vida. Nos miramos en silencio por un par de segundos.

—¿Vienes con Genaro? —me preguntó mientras buscaba con la mirada.

—Sí, pero entró a la cocina con tu mamá —dije con naturalidad, pero ella puso cara de disgusto.

—¿Qué?, ¿no puedes venir tú solo? —me reprochó en voz baja.

Al instante, le respondí que sí y me quedé totalmente asombrado y entusiasmado.

Después de una corta plática en la que se unieron mi tía y Genaro, procedimos a retirarnos. En el trayecto a su casa, le pedí a Genaro el número de teléfono de la casa de mi tía Mercedes.

—A quién le vas a hablar —contestó con un tono sarcástico.

—Es para dárselo a mi papá —mentí—. Me lo pidió para hablarle a su prima, pues hace años que no platican.

Ya frente a su casa, se baja del carro y me voltea a ver.

—Espérame, te voy a escribir el teléfono de Meche —dijo con un tono totalmente de burla, poniendo énfasis en el nombre de Meche, pero me lo dio.

Entre que había estado saliendo muy tarde del trabajo y que no me atrevía a llamar a Meche, se me fueron pasando los días, hasta que el viernes, que habíamos terminado temprano, me armé de valor y la llamé desde el escritorio de la secretaria. Le pregunté si podía pasar a saludarla y me dijo que sí, pero que tenía que irme antes de las ocho, porque esa era la hora a la que llegaba su papá.

Así le hicimos y, ya en su casa, mi tía se la pasó haciéndome miles de preguntas sobre mí, de por qué nos decían los Atilas, de por qué me había distanciado de mi papá, de por qué me había ido a Estados Unidos. En fin, me la pasé

respondiendo hasta que tuve que salir porque mi tío estaba por llegar. Estaba yo medio atareado de tantas preguntas, pero me regresó el ánimo cuando, antes de irme, Meche me pidió que no dejara de llamarla.

A partir de ese día Meche y yo nos seguimos viendo y hablando casi a diario, llevando una amistad como de novios, pero siempre cuidándonos de que mi tío Ángel no se enterara de qué tanto nos veíamos. Aunque, claro está, él ya sabía de nuestra amistad, pues mi tía se lo decía y nos cuidaba las espaldas para que pudiéramos vernos.

—Meche, le tienes que decir a tu papá que somos novios —le dije un día que caminábamos cerca de su casa cuando nuestra relación era ya muy clara.

—Cuando empezaste a ir a la casa, un día me llamó mi papá y me mostró una hoja de papel que colocó de canto para luego decirme: «Esta hoja, así, casi no se ve, pues así quiero que trates a ese muchacho. No quiero que tengas ninguna relación con él ni que lo sigas viendo». Eso lo dijo en un tono amenazante, luego se dio la vuelta y se fue. Me dejó temblando y muy asustada. Yo no le voy a decir que somos novios —me respondió ella con la voz temblorosa.

—Bueno, entonces, se lo voy a decir yo —le contesté con determinación, convencido de que no hacerlo sería peor.

Cuando llegamos a su casa, ya estaba ahí su papá y me miró con cara de pocos amigos. Yo me armé de valor y me dije «Ahora es cuando», respiré hondo y me lancé.

—Tío, Meche y yo somos novios, la respeto y la quiero con toda mi alma —me atreví a decir a la vez que le mantenía la mirada.

—Pues yo no estoy de acuerdo —respondió al momento con cara y voz de furia.

—Quico, ven conmigo, quiero decirte algo —lo interrumpió mi tía antes de que comenzara a perorarme y se lo llevó del brazo.

Para ese momento, Meche ya estaba llorando.

—Es mejor que te vayas ahora, Fernando —me dijo entre sollozos mientras me llevaba a la puerta—. Háblame mañana.

Me fui bastante molesto y preocupado por Meche. «Espero que no se le vaya a ocurrir pegarle; si no, se las va a ver conmigo», me dije con la impotencia de no

poder intervenir en ese momento.

Como era de suponerse, no pude esperar hasta el siguiente día y, ya tarde, en la noche, la llamé. Afortunadamente, me contestó ella y me confirmó que su mamá lo había calmado.

—Los escuché cuando hablaban —me confesó en voz baja y con tranquilidad—. Mi mamá le dijo: «Ni tú ni yo lo conocemos bien, todo lo que hemos oído de él es que es un muchacho peleonero y de malas costumbres. Sin embargo, con lo poco que lo he tratado, me ha parecido que es un joven educado y nunca lo he oído hablar mal de nadie. Te pido que lo tratemos un poco más y, si yo me doy cuenta de que es una mala persona, seré yo quien lo corra y le diré a Meche que no vuelva a verlo. Te lo prometo».

Después de eso, ya le daban permiso para que me viera los fines de semana. Nosotros aprovechábamos para ir al cine o a comer, a tomar un café o, simplemente, por unos helados. Algunas veces optábamos por quedarnos platicando en la sala de su casa, pues ir a cualquier lado implicaba llevar a alguno de sus hermanos de chaperón. Así transcurrieron dos años de un noviazgo fabuloso y empezamos a pensar en casarnos, yo ya tenía un puesto de mayor categoría en Ford y ya ganaba lo suficiente para poder mantenernos.

Hicimos partícipe a mi tía de nuestras intenciones y, un día, me quedé esperando a mi tío para hablar con él. Como nunca nos dirigíamos la palabra, cuando se sentó, yo no sabía cómo comenzar a darle el anuncio.

—Quico, Mercedes y Fernando se piensan casar y nos quieren pedir nuestra bendición y anuencia para poner fecha de la boda —intervino mi tía al ver que estábamos atorados.

La expresión de la cara de mi tío cambió de seriedad a una profunda expresión de tristeza.

—Hija, piénsalo muy bien —dijo con seriedad mirando a Meche antes de dirigir la vista hacia mí—. Fernando —comenzó a decirme con el mismo tono—, Meche es muy joven, no es mayor de edad³¹ y te quiero poner algunas condiciones, las cuales quiero que las cumplan antes de que pongan fecha para su matrimonio.

—Lo que tú ordenes, tío —le respondí con estupefacción. Era la primera vez que se dirigía a mí y me hablaba en mis dos años de asistir a su casa.

Él se paró y se retiró a su cuarto estudio, que tenía en el piso superior de su casa. Mi tía no tardó en seguirlo, consciente del impacto que la noticia le había causado.

Entre las condiciones que ponía mi tío Ángel, estaba que asistiéramos a unas pláticas prematrimoniales en la iglesia y así lo hicimos. Pasaron algunos meses sin que se nos impusieran más condiciones, por lo que quisimos acordar con ellos la fecha de nuestro matrimonio.

—Fernando, hay que hacer las cosas como se debe, así que te pido, por favor, que traigas a tu papá para que pida la mano de Meche y formalicemos —dictó mi tío—. El simple hecho de que él venga va a hacer callar muchos chismes de la familia respecto a tu comportamiento con tu papá.

—Haré el intento, tío, pero no sé si él acepte —confesé con preocupación—, pues ustedes saben que no nos llevamos muy bien.

—No te preocupes, Fernando —interrumpió nuevamente la voz salvadora de mi tía Mercedes—. Yo voy a hablar con él y te aseguro que va a aceptar.

Consciente de la relación que llevaba con mi papá, me pareció que esa era una condición casi imposible de cumplir y mi tío lo sabía bien. No me había yo percatado de esa carta que se guardaba bajo la manga.

Con la ayuda de mi hermano como intermediario, pude acordar con mi papá que iría por él a Morelia para llevarlo a la casa de mi tía Mercedes.

Llegado el día, salí en la madrugada rumbo a Morelia y, al llegar, vi a mi papá bajar las escaleras de la casa grande que daban a la entrada y me dio gusto percatarme de que venía muy bien vestido con un traje café oscuro, camisa blanca y bonita corbata. Sin siquiera saludarme, abrió la puerta del carro y se subió. Tan solo dijo «Vámonos» y así lo hicimos, sin vernos ni hablarnos en todo el camino.

Mi tía Mercedes y mi tío Ángel recibieron a mi papá con grandes abrazos y muy eufóricamente nos invitaron a pasar a la sala. Mi tía le ofreció de beber y mi papá le respondió que, si tenía Bacardí y cocas, se tomaría una cuba.

—Eso vamos a tomar todos y a brindar por la felicidad de estos muchachos — propuso mi tía y giró órdenes a la servidumbre.

Las conversaciones transcurrieron de manera muy amena hasta que llegamos al objetivo de la visita.

—Genaro, qué bueno que viniste a formalizar el deseo de Fernando y Meche de casarse —le dijo mi tío Ángel.

Mi papá ya iba en su tercera cuba y, tras dejar sobre la mesa el vaso medio vacío, se le quedó viendo a mi tío por un breve instante antes de tomar la palabra.

—Mira, Ángel, si vine a México, es porque Mercedes me habló y me lo pidió, pero si yo estuviera en tu lugar no dejaba que mi hija se casara con Fernando.

Sentí que mi sangre se congelaba, no podía haber nada peor para nuestros planes. «¿Qué podía yo hacer frente a eso?». Tan solo me levanté y me fui rumbo a la salida con las palabras de mi papá resonando en mi mente. Antes de subirme al carro, Meche me alcanzó y nos abrazamos.

—Meche, ¿te quieres casar conmigo, pase lo que pase?

—Sí, Fernando —respondió ella sin titubear.

Eso era todo lo que necesitaba escuchar; los demás salían sobrando, aunque pusieran trabas a nuestra determinación.

De mutuo acuerdo, nos dejamos de ver varios días para dejar que se calmaran las cosas. Sin embargo, cuando la llamé para continuar con nuestra relación y nuestros planes, lo que me dijo me hizo perder la cabeza.

—Fernando, para colmo de nuestros males, vino mi tía Elena junto con sus dos hijos, Juan y Genaro Blake, y le platicaron horrores de ti a mi mamá y le dijeron de nuevo que por ningún motivo me dejaran casar contigo.

—Al parecer, toda la familia está en contra nuestra —fue lo primero que se me ocurrió decir mientras me hervía la sangre—. Meche, te adoro con toda mi alma. Puedes estar segura de que, pase lo que pase, nos vamos a casar.

Al día siguiente, sábado, me levanté y me fui directo a casa de mi tía Elena. Después de tocar el timbre, salió Juan, quien al verme se desestabilizó, pero decidió actuar de manera cordial como si nada hubiera pasado y me invitó a entrar. Su hipocresía me hizo enojar aún más y no me pude contener. Ya estando frente a frente, lo tomé de los hombros y eché mi cabeza hacia delante con

fuerza. En el mismo instante, se escuchó un tronido de huesos y un grito de Juan que cayó al piso medio desmayado. El ruido alertó a mi tía Elena, quien salió para encontrar a su hijo tirado y sangrando.

—¡Lo mataste! —alcancé a escuchar el grito de mi tía ya desde el coche antes de arrancar para marcharme.

Sin demora, me dirigí al aeropuerto, en donde trabajaba Genaro, quien también necesitaba pagar por sus calumnias.

Ya en el aeropuerto, pregunté por mi primo en el mostrador de Braniff Airlines. La señorita me informó que él estaba atrás en la bodega, que iba a llamarlo enseguida.

Genaro no salió por detrás del mostrador, sino al pasillo del aeropuerto por una puerta lateral. Al verme, fue más hipócrita que su hermano, pues hasta extendió los brazos para abrazarme.

Me fui hacia él y, con mi mano izquierda, lo agarré del cuello de la camisa y la corbata. Sin decirle nada, pues las palabras sobraban, le solté un bofetón con mi mano derecha que le hizo pegar un grito. Luego tomé impulso con el brazo derecho y cerré el puño, el cual se estampó con fuerza entre su frente y su ojo izquierdo.

La señorita que lo había llamado ahora llamaba a gritos a la policía. Genaro cayó al piso y yo me fui caminando rápidamente hacia el estacionamiento. Me faltaba aclarar las cosas con alguien más, como expliqué al principio del relato.

Afortunadamente, tuve que esperar hasta la tarde. El estar trabajando un rato revisando facturas de una maderería que había emprendido con mi hermano me ayudó a calmar mi furia y a dejar paso a la razón, pero no por eso dejaría de hacer lo que ya estaba decidido.

Fui a recoger a Meche a la salida de su trabajo y ella se sorprendió al verme. Le expliqué que dejaría las cosas claras con su papá esa misma tarde y que quería que ella estuviera presente.

Al llegar a su casa, estacioné el coche y, ahí mismo, esperamos para ver a la hora que llegara mi tío.

En cuanto llegó y puso su carro frente a la cochera, yo salí del mío y caminé hacia él.

—Tío, ¿puedo hablar contigo? —le dije con determinación.

Él se me quedó viendo y, sin contestarme, se acercó a mí a paso lento.

—Tío, te quiero decir que, pase lo que pase y diga lo que diga cualquier persona de la familia, Meche y yo nos vamos a casar.

—Meche no se puede casar, es menor de edad —dictó con serenidad, mostrando que no había materia a discutir.

—Por eso, nos casaremos el 30 de mayo; ese día cumplirá veintiún años y podrá tomar sus propias decisiones. Ya estamos de acuerdo y nos vamos a casar llueva, truene o relampaguee.

Mi tío Ángel se dio la vuelta sin responder, abrió la puerta del garaje, metió el coche y, ya estando dentro, le gritó a Meche:

—¡Métete a la casa!

Yo asentí con la cabeza para que se metiera. Antes de irme, me quedé un buen rato frente a la puerta tratando de imaginar lo que pasaría después, pero de nada servía que estuviera ahí. Llamaría a Meche cuando llegara al departamento.

Afortunadamente, fue ella quien respondió el teléfono y me habló entre sollozos.

—Noté que mi papá estaba llorando —me dijo—, nunca lo había visto llorar. Así, llorando, me preguntó si estaba segura de querer casarme contigo. Cuando le respondí de manera afirmativa, se subió a su cuarto. Después de un rato, mi mamá me fue a buscar a mi cuarto y me dijo: «Háblale a Fernando y pregúntale si puede venir mañana, después de que hayamos regresado de misa, para que platiquemos con ustedes respecto a su boda».

Quedé formalmente de estar al día siguiente en su casa. Los dos lloramos, prometimos que nada nos separaría y nos despedimos con un beso por teléfono.

Al día siguiente, mi tía Mercedes me recibió con un abrazo y pasamos a sentarnos en la sala. Mi tío no estaba presente; yo no sabía si eso era una buena o mala señal.

—Ángel y yo hemos decidido darles nuestra bendición para que se casen —aclaró la voz de mi tía—, ya Meche me dijo que piensan casarse el 30 de mayo de este año. Ángel y yo vamos a ayudarles en todo lo necesario para que se casen legalmente y por la Iglesia —recalcó.

Yo todavía no daba crédito a lo que oía, estaba asombrado y no atinaba a decir palabra. Tan solo me acerqué a Meche y nos fundimos en un abrazo.

—Los dejo que hagan sus planes para casarse, ya nadie los molestará — confirmó mi tía antes de dejarnos solos en la sala.

Me extrañaba mucho que mi tía Elena no le hubiera hablado a mi tía Mercedes diciéndole que había ido a golpear a sus hijos. Creo que tuvo miedo de que yo volviera a vengarme de ellos. Con el tiempo, supe que al único que le platicó fue a mi papá y mi papá a mi hermano, pero a mí nunca me reclamó. Mi hermano se puso de mi lado y, algunos meses más tarde, me dijo:

—Si los Blake te vuelven a molestar, dímelo y vamos los dos a partirles el hocico.

Afortunadamente, eso no fue necesario; nunca volví a saber de ellos.

El 17 de mayo de 1969, nos casamos por civil con una recepción en casa de mis tíos Ángel y Mercedes, y el 30 del mismo mes, día de su cumpleaños 21, nos casamos por la Iglesia.

Después de la ceremonia, mis tíos nos hicieron una magnífica fiesta con más de cien invitados en el Salón Piamonte. Al día siguiente, nos fuimos a celebrar nuestra luna de miel por veinte días a Mérida, Cozumel, Isla Mujeres y Cancún.

Como cuento de hadas, vivimos felices nuestro matrimonio durante cincuenta y cinco años.

Hoy, 12 de marzo del 2025 cumplí ochenta y tres años de vida y sigo amando a mi esposa, Mercedes, QEPD, como el primer día que la conocí y me enamoré de ella. Como lo prometimos, seguiremos juntos por toda la eternidad.

²⁹ Persona que acompaña a una pareja o a una joven para vigilar su comportamiento.

³⁰ Tironeada.

³¹ Hasta antes de 1970, la mayoría de edad en México era a los veintiún años. Fue en 1970 que se establecieron los dieciocho años como la mayoría de edad en un intento de reconciliación del gobierno federal con los jóvenes después de los movimientos sociales de 1968.

27.

Los otros habitantes

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

Mi mamá subió sola por la vieja escalera de madera que crujía con sus pasos en aquella antigua mansión moreliana. Atravesó la sala en la que el enorme piano de cola se veía más imponente a media luz y llegó luego al cuarto de huéspedes, en donde se preparó para acostarse.

Mi papá, mi tío Luis y otros familiares de Morelia se habían quedado platicando frente a una fogata en el amplio patio trasero mientras recordaban anécdotas de antaño. Como ya era tarde y mi mamá presentía que aquella reunión no terminaría pronto, había decidido despedirse y retirarse a dormir.

Al poco tiempo de haberse metido a la cama, pero ya medio adormilada, mi mamá escuchó pasos en la escalera. «Qué bueno que terminaron temprano», se dijo mentalmente a la vez que se acurrucaba con tranquilidad. Luego sintió cómo mi papá se sentaba y se acostaba en la cama, pero su respiración le parecía extraña. Le daba la impresión de que no se trataba de su esposo. «Será que ya está muy cansado», pensó ella a la vez que se daba la vuelta para abrazarlo, pero al extender el brazo no sintió a nadie. El otro extremo de la cama estaba vacío, aunque las marcas de que alguien había estado allí permanecían en el colchón. «Habrá ido al baño», consideró y trató de dormir. Luego de largos minutos, logró conciliar el sueño, pero este estuvo lleno de inquietud, pues no pudo deshacerse de la sensación de aquella presencia extraña.

Al siguiente día, durante el almuerzo, mi mamá les contó lo que había experimentado cuando se subió a dormir. Conforme ella avanzaba en el relato, mi tía Ofelia, esposa de mi tío Luis, se iba poniendo pálida y la escuchaba con la boca abierta.

—Eloísa, eres la tercera persona que nos cuenta exactamente lo mismo —le confesó mi tía con una mezcla de inquietud y de emoción—. Las visitas siempre se habían quejado de escuchar golpes dentro del muro, pero es solo de un tiempo para acá que eso cesó y comenzó a suceder lo que tú dices. La primera vez sucedió cuando estaban haciendo remodelaciones en la casa de al lado, la del doctor José Macouzet, y creímos que la gente imaginaba cosas a causa de los ruidos de las obras, pero a partir de entonces el fenómeno continuó ya cuando los trabajos habían terminado. No sé cuál sea el significado.

Mi tía siempre había tenido una atracción particular por los fenómenos esotéricos y mi tío se burlaba de ella. Así que, después de las bromas entre mi papá y mi tío, la conversación pasó pronto a otros temas.

Semanas más tarde, mis tíos estaban por recibir en la casa de la calzada la visita de mi tía Mercedes con su familia, pues, aunque allí vivía la familia de mi tío Luis, en realidad era la casa familiar en la que había nacido mi papá y todos sus hermanos, así que cada vez que iban a Morelia es allí donde se hospedaban.

—Luis, ya sabes que va a venir tu hermana y que a los niños les da mucho miedo dormir en ese cuarto —le dijo mi tía Ofelia con preocupación—. A ver si puedes hacer algo para ponerle remedio a lo que asusta a los huéspedes.

—Ya ves el cristo tan bonito que trajimos de Pátzcuaro para poner en ese cuarto y la gente sigue quejándose de los espantos. Eso quiere decir que se trata de fantasmas católicos, así que no hay problema —respondió mi tío, seguido de una carcajada.

—Tal vez si tuvieras fe ya nos hubieran dejado en paz; en vez, parece que vienen para castigarnos por tus malas bromas —le dijo mi tía ya algo molesta—. Espero que en esta ocasión sí vayas a hacer algo, pues no quiero a los hijos de tu hermana chillando toda la noche —concluyó mi tía antes de darse la media vuelta para ir a verificar que las toallas y sábanas estuvieran listas antes de que llegaran los familiares.

Mi tío Luis, que andaba desvelado y con dolor de cabeza, no estaba de humor para seguir discutiendo de fantasmas, así que salió a sentarse solo en las largas bancas de piedra de la calzada para fumarse un cigarro en paz bajo la sombra de los frondosos árboles.

Los hijos de mi tía Mercedes tenían un miedo particular a dormir en aquel cuarto, pues siempre habían dicho que se escuchaban ruidos. Aquellos ruidos alimentaban su imaginación, que ya venía estimulada por las conversaciones de mi tía, quien aseguraba haber visto fantasmas en esa casa cuando era chica, sobre todo en la noche, cuando tenía que levantarse al baño, el cual, como en las casas de antes, no estaba integrado a los cuartos, sino que había que salir al patio para luego dirigirse a este.

—Me moría de ganas de hacer pipí, pero me las aguantaba por el miedo que me daba encontrarme con el fantasma —decía ella.

Entonces, sus hijos entraban en pánico cuando sabían que tenían que dormir en aquel lugar. Por si fuera poco, los hijos de mi tío Luis, tan bromistas como su padre, se escondían para hacer ruidos y espantar a sus primos.

Mi tía Mercedes contaba que, en más de una ocasión, cuando en su infancia se había visto obligada a salir al baño durante la noche, había visto un fantasma que flotaba frente a los baños.

—Era la silueta de una mujer, ¡nunca tocaba el piso! —decía ella—. Mi prima Adela también lo vio —aseguraba.

En aquellas niñas, el miedo se exacerbaba por una bien conocida anécdota que se mantenía desde épocas de la colonia. La leyenda era acerca de una hermosa muchacha a quien, por celos, su madrastra había encerrado en el sótano de una de las casas de la calzada. En ese lugar oscuro, la tuvo sin alimentos ni agua mientras su esposo estaba de viaje en la Ciudad de México. Cuando el padre de la bella joven la buscó a su regreso, tan solo encontró su cadáver en el sótano. Desde entonces, mucha gente afirmaba haber visto por las noches la imagen de la muchacha que se paseaba por la calzada pidiendo ayuda.

Mi tío Luis comenzaba a relajarse con el trinar de los pájaros en la calzada, cuando escuchó una voz que le hablaba.

—Luisito, ¿qué haces tan solo y tan pensativo? —le preguntó su tío, el doctor José Macouzet, que venía saliendo de su casa y se acercaba a saludarlo.

Luego de los afectuosos saludos, mi tío Luis le contó la historia de los espantos y que mi tía Ofelia no lo dejaba en paz pidiéndole que le diera una solución.

—Dile a Ofe que no se preocupe, que ya liberé al que hacía ruido dentro de los muros —bromea el doctor Macouzet con emoción mientras se sienta junto a él para contarle los detalles.

Sucede que, en una de las remodelaciones de su casa, el doctor había hecho tirar el murete de abajo de una ventana para abrir un acceso y colocar una puerta. Los muros de aquellas casas antiguas eran de un espesor considerable, sesenta centímetros en promedio, y al derribar aquel se encontraron con una sorpresa: un esqueleto humano se encontraba en el interior. El doctor recuperó cada uno de los huesos con interés y, después de limpiarlos, los ensambló con ayuda de alambre para reconstruir el esqueleto, el cual colocó con gran orgullo en su consultorio.

En cuanto terminó de contar la historia, los dos hombres se despidieron y regresaron a sus respectivas casas. Mi tío Luis iba feliz. «Qué gran solución me dio José. Voy a decirle a Ofelia que ya todo está arreglado», pensaba mientras imaginaba ya con una sonrisa picaresca la reacción de mi tía.

La hermosa casa fue después un muy apreciado hotel de nombre, Albergue de la Calzada, en donde los misteriosos personajes siguieron haciendo de las suyas, según contaban algunos huéspedes. El hecho se hizo tan conocido que, cuando se registraban, los huéspedes podían pedir su cuarto con fantasma o sin fantasma.

En la actualidad, la antigua casa alberga una universidad, pero ignoramos si los fantasmas se han manifestado durante los cursos o los exámenes.

28.

El gran premio de Morelia

BERNARDO MACOUZET GARCÍA

El inconfundible zumbido de los motores revolucionados al tope causó escalofrío en algunos y llenó de emoción a otros que esperaban impacientes a la salida de la curva. Los fotógrafos se acostaron en el suelo y prepararon sus cámaras. Algunos curiosos imprudentes se paraban sobre el asfalto y asomaban sus cabezas a pesar de las advertencias del oficial que iba con su uniforme café y crema tratando de hacerlos retroceder.

El sonido se intensificó cuando comenzó a aparecer la trompa blanca del Shelby Mustang GT de Luis Macouzet. El hermoso coche se inclinaba de manera alarmante en la curva tratando de tomar ventaja sobre el Mustang color crema de Carrillo, que venía casi fusionado a su defensa trasera. Un par de segundos más tarde, tomaba la curva el Mustang blanco de Raimundo Macouzet y, al pasar este, todos los espectadores invadieron la carretera para ver lo que sucedería en la recta donde los arriesgados pilotos llevarían los motores hasta su límite. Con lo que no contaban todos esos curiosos, es que, bastante más atrás, venía bufando el Falcon blanco de Jorge Macouzet, mi papá.

Cuando los neumáticos del Falcon comenzaron a rechinar en la curva, la adrenalina de los imprudentes se esparció entre ellos, quienes, cual gacelas perseguidas por un guepardo, trataban despavoridos de alcanzar la orilla del camino. Mi papá aplicó los frenos con toda su fuerza y el coche comenzó a colearse de un lado para otro. A fuerza de motor y de volanteo, pudo recuperar el control y salvar la vida de algunos irreflexivos, pero el tiempo perdido ya no podría ser recuperado. Los líderes se perdían ya de vista al final de la recta.

Mientras nuestros padres sudaban por la tensión en esa carrera, nosotros esperábamos en la majestuosa casa de la calzada en donde habían nacido mi papá y todos sus hermanos. Estábamos ansiosos por verlos regresar con los trofeos en sus manos. Yo estaba seguro de que mi papá ganaría el primer lugar, no podía ser de otra manera. El segundo lugar seguramente lo ganaría mi tío Pepe (José Macouzet Canedo), mi padrino, con su Volkswagen sedán blanco, pues era como el Cupido motorizado que tanto anunciaban de la película de Disney, la cual no tardaba en estrenarse.

Las señoras y algunos invitados se instalaban alrededor de mesas metálicas de cerveza XX o Superior en el amplio jardín para disfrutar de botanas y bebidas refrescantes. Algunos de mis primos se divertían en la alberca, que estaba a un costado del jardín. Sin embargo, mi primo Eduardo, mejor conocido como Gualo, y yo preferimos jugar carreterita en el pequeño patio que estaba frente a una bonita fuente de azulejos que mi abuelito Luis había mandado construir para el deleite de mi abuelita Mercedes.

Después de haber pintado con gis una maravillosa autopista sobre el piso, procedimos a elegir por turnos los coches Matchbox que utilizaríamos. Desafortunadamente, no teníamos Falcon, pero escogí un Ford GT 40, como el que utilizaría Pedro Rodríguez en las 24 Horas de Le Mans. Además, pude agarrar también el Cooper-Maserati, en el que ese ídolo nacional había ganado el año anterior el Gran Premio de Sudáfrica.

Ese Gran Premio había sido cardíaco. Pedro Rodríguez había tomado el liderazgo faltando siete vueltas para terminar la carrera y ya nadie pudo alcanzarlo, por lo que se convirtió en el primer mexicano en ganar un Gran Premio. La euforia por las carreras invadía a toda la población en nuestro país. Para las celebraciones del nuevo año 1967, Pedro Rodríguez había ganado en Sudáfrica, pero para las celebraciones del nuevo año 1968 mi papá debería ganar el Gran Premio de Morelia, como le decíamos, pero que, en realidad, lo organizaba un diario local y se llamaba Premio Voz de Michoacán. Esta era la segunda edición.

Cuando Gualo ya quería chillar porque yo le iba ganando, las señoras se pararon y comenzaron a aplaudir. Ya venían los pilotos festejando entre risas y

bromas. Primero vi pasar al tal Carrillo con una gran copa dorada, lo que me hizo fruncir las cejas; luego vi que entraba mi tío Luis con un enorme trofeo formado por placas de mármol y una larga columna dorada con la figura de un coche, también dorado, en la cima. Si esos trofeos estaban tan grandes, yo imaginaba el de mi papá enorme, como la copa de Pedro Rodríguez; seguramente por eso tardaba en entrar, pues la copa debía de ser muy pesada.

Un poco después, entró mi tío Tato cargando una pequeña copa de latón y, tras él, pude al fin ver a mi papá y a mi tío Pepe, que venían juntos. Oh, ¡desilusión! Venían ambos con las manos vacías, tan solo con un pequeño listón prendido en la camisa.

—Ya no quiero jugar —le dije a Gualo y fui a sentarme con mi mamá.

Yo había imaginado que, de regreso a México, llegaría a la escuela con el trofeo de mi papá para enseñárselo a mis compañeros. Ahora ya no tenía ganas ni de regresar.

El día de inicio de clases, después de las vacaciones, mi papá me llevó a la escuela. Yo estaba en primero de primaria en el Instituto México, en la colonia del Valle. El Falcon traía todavía el número sobre las puertas y los símbolos publicitarios en diferentes partes del coche. Cuál va siendo mi sorpresa cuando, al estacionarnos frente al instituto, todos los niños comenzaron a rodear el coche. En cuanto bajé, mis amigos no lo podían creer.

—¡Guau! Bernardo, ¡tienes un coche de carreras! —repetían con admiración.

Yo, con gran orgullo, comencé a contarles las anécdotas de la carrera que le había escuchado a mi papá mientras entrábamos a la escuela. Todos los niños supieron que no «habíamos» ganado el primer lugar por culpa de unos imprudentes que se habían metido a la pista y que mi papá, heroicamente, les había salvado la vida.

29.

Mil cumbres

FERNANDO GÓMEZ SIMMONS

Ese año de 1968 marcaría un antes y un después no solo para nuestro país, sino también para la familia Macouzet Macouzet.

Por fin, México había logrado que se le asignaran las Olimpiadas que buscaba representar desde 1949. El país era ahora reconocido por haber logrado una estabilidad macroeconómica, así como un proceso de industrialización y pacificación duradero. Parecía que, finalmente, estábamos en la vía del progreso y eso se sentía en el espíritu de la población.

La noche anterior a esta anécdota, habíamos tenido una fiesta en la casa de mi tío Luis Macouzet Macouzet, la cual estaba situada en la calzada de Guadalupe, en Morelia. En esa tertulia, se encontraba Raimundo, hermano de Luis, quien era mejor conocido como Tato. Para la ocasión, Tato se había hecho acompañar por Natasha, una hermosa mujer de origen ruso. En el grupo nos encontrábamos mi papá, mi hermano Genaro con su novia y yo, entre otros invitados.

Tato estaba casado con Odette, una señora guapísima, pero mucho mayor que él, divorciada y con hijos, quien lo había seducido cuando él tenía dieciocho años. De eso hacía ya veinte años y, como los años no pasan en balde, Odette ya se veía vieja, por lo que Tato, de tan solo treinta y ocho años, buscaba compañía con mujeres más jóvenes como Natasha.

Recuerdo haber visto también a otros amigos de Luis, pero para los fines de esta historia poco importa quiénes más habían asistido. Lo interesante aquí es que todos ellos eran grandes bebedores del Bacardí Carta Blanca, el cual corría como agua por los vasos de todos, o casi todos, los asistentes.

Yo estuve un rato con ellos, pues me divertía con las pláticas, anécdotas y chistes que contaban. No cabe duda de que eran expertos en ese arte y la diversión era garantizada. Ya borrachos, comenzaban a hacer desfiguros y ridículo, pero seguían disfrutando del momento. A mí nunca me ha gustado beber, así que cuando llegaban a ese estado yo ya no encajaba muy bien, por lo que, luego de un rato, me despedí y ellos siguieron la fiesta.

A la mañana siguiente de la reunión, Tato y Natasha estaban crudísimos.³² Como era de esperarse, mi hermano Genaro y mi papá también. Afortunadamente para ellos, en la casa grande del Bosque Cuauhtémoc siempre había Bacardí, cocas, tequila y cervezas.

Los mozos de la casa, Pedro y Lupita, prepararon un buen desayuno para todos nosotros y sirvieron cervezas con un caballito de tequila para los crudos. Aclaro nuevamente, yo nunca he tomado ni fumado, pues la verdad es que no me gusta.

Como consecuencia de que todos nos levantamos tarde, del opíparo desayuno, de los chupes anticruda y de la sobremesa, nos dio el mediodía.

—Bueno, yo me arranco ya para México —les dije al tiempo que me paraba de la mesa y me estiraba.

—Espéranos, nos vamos los tres —propusieron Tato y mi hermano mientras abrían otra cerveza.

Al término de ese último trago, Tato, Natasha y mi hermano se despidieron efusivamente de mi papá, de abrazo y beso. Como muchos saben, la relación entre mi papá y yo era nula por diversas razones, así que ni adiós nos dijimos.

Quince minutos más tarde, salimos los tres rumbo a México. Raimundo traía un Mustang 1968/289, Genaro en su Pontiac Firebird GTO 1968/354 y yo con mi Falcon 1968/260. En la salida de Morelia, nos paramos los tres a cargar gasolina antes de tomar la carretera. Nos esperaba una ruta de unas cinco horas por la legendaria carretera de Mil Cumbres.

Hay un tramo como de diez kilómetros de recta antes de empezar las curvas y la subida a la sierra. Todavía en esa zona, íbamos los tres coches juntos; mi hermano iba adelante, luego Tato y su novia y yo al final. De pronto, Tato aceleró su Mustang y rebasó al Firebird. Genaro se sintió picado y aceleró

también con emoción para perseguirlo. En menos de treinta segundos, los perdí de vista; mi Falcon no competía en velocidad con esos bólidos.

Yo me resigné y seguí manejando y tomando las curvas a una velocidad media de setenta a ochenta kilómetros por hora. Al cabo de una media hora, llegué al mirador de Mil Cumbres, en donde hay una vista espectacular hacia Tierra Caliente en dirección a Huetamo. A la orilla de la carretera, ya estaban estacionados los carros de Genaro y Raimundo.

En ese lugar, había una pequeña fonda con no más de cuatro mesas, todas vacías, menos la que ocupaban Tato, Natasha y mi hermano, quienes ya tenían una botella de cerveza vacía frente a ellos y les estaban trayendo otra tanda. Me fui a sentar con ellos y, al momento, me reclamaron por haberme tardado tanto en llegar, ni la burla me perdonaron.

Pedí un refresco y unos tacos de arenque que traían de la laguna de Cuitzeo; buenísimos, me gustaban mucho. Apenas estaba a la mitad de mi refresco y tacos, cuando los otros se pararon y se encaminaron a la salida.

—Ahí le paga mi hermano —indicó Genaro a la señorita, que, angustiada, los veía determinados a irse antes de que ella les hubiera llevado la cuenta.

No tardaron en subirse a sus respectivos autos y arrancaron como locos.

«¡Vaya, vaya! Qué poca madre de hermano y tío», me dije a mí mismo. Acabé de comer y tomar mi refresco con calma, pagué la cuenta de todos y me arranqué yo también rumbo a México.

Antes de llegar a Toluca, ya al atardecer, me llamó mucho la atención que, al salir de una curva, estaban varios carros parados e iba llegando una ambulancia. No puse mucha atención, pues, como comenzaba a oscurecer, no se veía lo que pasaba, así que seguí sin pararme y entré a la Ciudad de México cuando ya había anochecido. Me fui directo a la casa de mi tía Mercedes Macouzet para ver a Meche, que ya era mi novia.

Cuando llegué a la casa de mi tía, en Cleveland, 10, colonia Noche Buena, toqué el timbre y me abrió Meche llorando. Detrás de ella venía mi tío Ángel abrazado de mi tía Mercedes para subirse a su carro, estacionado en el garaje.

Yo no comprendía lo que pasaba hasta que Meche me dijo que Tato había tenido un accidente y estaba en el Hospital General de Toluca.

—Vénganse, yo los llevo en mi carro —me ofrecí, consciente del trauma por el que estaban pasando.

Ellos aceptaron con agradecimiento.

Tomé a mi tía Mercedes de su brazo y espalda y la ayudé a subirse al auto. Meche se iba a subir también, pero su papá le dio la orden de que se quedara con él para que le ayudara con las niñas y por lo que pudiera necesitarse.

Normalmente, hubiera sido Jorge Juan, el hermano menor de Tato, quien atendiera el asunto, pero este se encontraba en un congreso en Japón, así que, en ese momento, toda la carga recaía sobre su hermana mayor, mi tía Mercedes.

Me subí al coche y, sin más demora, arranqué de vuelta rumbo a Toluca. A esas alturas, yo ya había perdido la noción del tiempo, no sabía la hora que era ni cuánto tiempo tardamos en llegar.

En ese lapso, mi tía me explicó que había hablado Luis, su hermano, quien les había informado sobre el accidente de Tato. Todo lo que sabía en ese momento era que estaba muy grave en el Hospital General de Toluca.

Al llegar a Toluca, tuve que pararme a preguntar la dirección del hospital. Al final, di con él y estacioné el carro como a media cuadra de las urgencias.

Entramos al sanatorio y me dio la impresión de estar en la Corte de los Milagros. La estancia era bastante grande y había gente herida, que, en medio de quejidos de dolor, esperaban sentados a que los atendieran. Otros enfermos, al parecer más graves, yacían en camastros al lado de los muros.

Mi tía se quedó casi a la entrada y yo me abrí paso entre toda esa gente para pedir informes. «¡Fernando!», escuché el grito de alguien que me llamaba. Se trataba de Natasha, quien casi brincando entre los heridos y enfermos llegó hasta mí y me abrazó con sentimiento. Luego me llevó hacia una puerta, la abrimos y entramos a un cuarto grande, en donde se me acercó un médico.

—¿Es usted hermano del señor Macouzet que se accidentó? —preguntó con tono serio.

—Sí —respondí yo, pues intuía que de otra manera me hubiera sacado del lugar.

—Venga conmigo —me dijo, luego miró a Natasha y le señaló una banca muy larga para que se sentara y esperara.

Yo le pedí a Natasha que, por favor, fuera a buscar a mi tía Mercedes, que estaba a la entrada del hospital.

Sin tener tiempo para dar más explicaciones, me fui detrás del doctor, quien ya iba tres pasos adelante de mí. El médico entró por una puerta de grandes dimensiones y penetró a un cuarto muy grande, con mucha luz y con varias camas. Del lado izquierdo, en una de esas camas, casi al final del cuarto, alcancé a reconocer a mi tío Raimundo. El cuerpo de Tato estaba inmóvil y sin ropa. Yo sentí un escalofrío y me dirigí inmediatamente a verlo sin esperar el permiso del doctor, quien se mantuvo junto a mí en silencio por un rato.

A la fecha, recordar esa experiencia me causa un malestar mental no explicable. Mi tío Tato tenía sangre seca en los lagrimales y las cavidades de sus ojos estaban de un tono morado, tirándole a negro. También noté su cara hinchada y sangre seca que le había salido de los oídos. Su cuerpo no se veía con heridas ni moretones. Era difícil aceptar que, apenas unas horas antes, nos habíamos despedido y que mi tío estaba lleno de vida y de la simpatía que lo caracterizaba.

El doctor se percató de la impresión que me estaba causando ver así a mi tío.

—No traía su cinturón de seguridad puesto. Se abrió la puerta del coche de su lado, se salió del carro, se golpeó la cabeza y se desnucó —pronunció el doctor con voz calmada mientras yo lo miraba fijamente con una expresión de angustia—. Yo sé que no sirve para consuelo, pero, al menos, sepa que no tuvo tiempo para sufrir.

No me acababa de decir eso el médico, cuando ya estaban alrededor de Tato sus hermanos Luis y Mercedes, así como otras personas, entre las que se encontraban Natasha, y algunos doctores, pero ya no supe a qué venían esos médicos, pues Luis tomó el control de todo.

Lo primero que hizo mi tío Luis fue correr a Natasha, pues no tardaría en llegar Odette. Yo ya no tenía nada que hacer ahí, así que me ofrecí a llevarla a la Ciudad de México. Además, ya sentía yo una necesidad de salir de ese hospital y luego quería irme a ver a Meche.

Mi tío Tato era un experto conductor que había participado en carreras oficiales de automóviles. Además, conocía la carretera México-Morelia como la palma de su mano. Sirva este relato para sensibilizar a los lectores de que el

cansancio y el alcohol retardan inevitablemente nuestro tiempo de reacción, sin importar lo bien que creamos sentirnos. En la carretera, una centésima de segundo puede ser la diferencia entre la vida y la muerte, Asimismo, queda de manifiesto que el cinturón de seguridad puede evitar la fatalidad.

³² Tenían resaca.

30.

Carta a mi tío Tato

ARTURO DOMÍNGUEZ MACOUZET

Muy querido tío Tato:

Muchos años hubieron de pasar para que encontrara la oportunidad de escribir unas cuantas letras que pudieran expresar los pocos, pero para mí muy valiosos momentos que tuve la fortuna de pasar contigo cuando ibas a visitar a tu hermana Mercedes, mi madre querida.

Pocas personas, y supongo que a todo el mundo le pasa lo mismo, dejan una huella imborrable en la memoria de un adolescente como era yo. Bien recuerdo cuando me llevabas a comprar una torta, un poco a escondidas de mi mamá, a una tiendita que estaba a unas cuadras de la casa y que, aparentemente, era un changarro de no muy buena apariencia y menos higiene. Por esa razón, a mi mamá no le gustaba que fuera. Aun así, me llevabas a saborear esas deliciosas tortas de jamón, de milanesa, de salchicha y a veces unas cubanas. ¡Ah! Cómo recuerdo con qué gusto las pedías y las comías. Al ver el placer y gusto que te producían esos manjares, yo también pedía una para mí solo y no me cabía más. Yo admiraba tu capacidad de comerte en unos cuantos minutos dos tortas bien preparadas.

No solo eso admiraba de ti. Me gustaba tu postura y compostura y no digamos tu buen humor. Tú y tus hermanos, Luis y Jorge Juan, los tres tenían un humor muy particular que me resultaba afín y hasta empático. El cariño, respeto y consideración que le profesabas a mi mamá, tu hermana mayor, y, sobre todo, la capacidad de manifestar que todo estaba bien. «Mana, no pasa nada. Todo está bien, no te preocupes», le decías a mi mamá. Ella siempre estaba preocupada por sus hermanos queridos, muy queridos, sin duda.

Yo nunca sabía, quizá mi mamá tampoco, cuándo la ibas a visitar, pero en cuanto llegabas yo interrumpía cualquier conversación y me presentaba contigo para que me invitaras unas tortas. La tortería era famosa en el rumbo, en parte porque estaba cerca de la calle donde vivía un chango³³ en una casita arriba de un árbol.

¿Te acuerdas, tío Tato? Fuimos buenos amigos, ¿verdad? Yo entre los ocho y doce años, edad en la que uno es verdaderamente una aspiradora, todo se aprende, todo lo adquirimos por imitación y, en especial, cuando también existe la admiración. Sí, yo te admiraba con la dedicación que se le tiene a un tío. Además, yo percibía que me profesabas un trato especial, diferente, con paciencia y amabilidad.

Debo decirte, seguro nunca lo pudiste percibir, que verte fumar me parecía un acto de verdadero placer. Sí, fumabas de una manera muy particular. Sostenías el cigarro con la mano izquierda, entre los dedos índice y medio, curvándolos de una manera muy diferente a todos; inhalabas el tabaco con tal gusto y disfrute que de verdad se antojaba. ¿Será que por eso, entre otros ejemplos, me decidí a fumar yo mismo? Es probable, muy probable.

Poco te disfruté, muy poco. Tristemente, mi memoria no guardó todo lo que me platicabas cuando me llevabas a dar la vuelta, pero sé que te escuchaba, que me confiabas cosas, nimiedades de intrascendencia, pero que para mí eran muy serias y así las registró mi corazón de niño agradecido.

El tiempo pasa y las cosas cambian. No todo es tejer y cantar, ya lo sabemos, y, como en todas las familias, hay momentos de sufrimiento, dolor, tristeza y pesar. Sé que pertenecemos a una familia bien avenida, de buenos principios, de creencias firmes y definidas, de una fe sólida y probada. Mi abuelita Mercedes, tu mamá, tanto quiso a sus hijos que fue un ejemplo imprescindible y definitivo en todos nosotros, me refiero a sus hijos y nietos todos. Su ejemplo de bondad, dedicación, cuidados y amor marcó a nuestra generación. Sabemos lo que es el amor incondicional de una madre y, claro, de los hermanos de buenos sentimientos con valores de fraternidad, respeto, gratitud y solidaridad. Esos valores los aprendí de tu hermana, mi madre querida, especialmente transmitidos en momentos de gran dolor, sufrimiento y angustia.

Déjame contarte lo que yo viví en los momentos del proceso de tu fallecimiento, de tu retiro de esta vida, que, en honor a la verdad, disfrutabas mucho o, por lo menos, eso pensaba yo. No sé si sea para ti valiosa o siquiera oportuna esta narrativa de mi experiencia, pero para mí es en una especie de homenaje, de reconocimiento a lo que recibí de ti cuando me encontraba en una etapa de crecimiento y desarrollo personal.

El lunes 13 de mayo de 1968, yo tenía la edad de quince años. Una tierna edad visto a la distancia y más cuando todo era tranquilidad, paz y armonía en casa. Estábamos reunidos frente a la televisión y a punto de irnos a cenar, cuando mi madre recibió una llamada en la que le informaban que su hermano Raimundo había sufrido un accidente en la carretera cerca de Toluca, de regreso de Morelia. Me queda muy claro que ustedes tres, Luis, Jorge Juan y tú, eran usuarios frecuentes de esa carretera, Mil Cumbres, en cualquier día del año, a cualquier hora del día y de la noche con toda la velocidad posible rompiendo récords de tiempo entre el Distrito Federal y Morelia, ida y vuelta; grado tal que hacían competencias para ver quién hacía menos tiempo, desayunaban aquí y comían allá y viceversa. Así las cosas, no resultaba sorprendente que sufrieran algún percance en esos trayectos.

Le explicaron que estabas en el Hospital General de Toluca, que estabas con lesiones serias, pero que estabas con vida. O sea, no había claridad en la información, como suele suceder. Mi mamá, entre sorprendida y alarmada, contó con cierta discreción lo que le dijeron en la llamada, pues había niños presentes. Una llamada que le causó profunda angustia y preocupación. Su dilema fue la pertinencia de ir a Toluca, ¿cómo ir y con quién?

En ese momento, tocó el timbre Fernando Gómez, que en ese entonces estaba de novio de Meche, mi hermana, y se apuntó para llevarla en su coche al hospital donde estabas internado. Alguno de nosotros tenía que acompañarla. Yo también me apunté para ir con ellos por varias razones. Primero, y sin dudarlo, era para acompañarla y la otra fue la solidaridad con ella y contigo, puesto que eras alguien al que tenía en mucho aprecio. Consideré que también podría ser de utilidad si algo se ofrecía, como resultó serlo.

Ya era de noche cuando llegamos al Hospital General de Toluca. Mi madre subió a la sala común, en la que te encontramos en una de las diez camas que estaban ocupadas. Llegamos contigo mi madre y yo, te encontramos inconsciente, parecías dormido.

Preguntando a los doctores, por fin hubo quien le explicara a tu hermana que habías sufrido un muy duro golpe en la nuca, por lo cual se entendía que tenías fracturas diversas en la base del cráneo y eso te tenía en estado comatoso. Aclararon que cualquier movimiento que tuvieras podría ser letal. Como si fuera poco, le confesaron que ahí, en ese hospital general, no podían hacer nada para tratar de resolver tu grave problema. No contaban con el equipo ni la infraestructura necesarios para esos casos, vamos, ni siquiera tenían a un especialista para ese tipo de lesiones. Finalizaron diciendo que si permanecías ahí no ibas a aguantar mucho tiempo, pero que el riesgo de traslado era prácticamente mortal. La situación, pues, era sumamente crítica. Gran dilema, ¿verdad?, ¿qué hacer? Quedarte ahí no era factible, no había doctor que se hiciera responsable de tu caso y quizá hasta requerían la cama para atender a otros pacientes. Había entonces que llamar a un médico, alguien conocido, que fuera ahí y con ello tener otra opinión con conocimiento y tomar una decisión.

Llegaron también mi tío Luis y Genaro Gómez. Entre todos ellos buscaron diferentes posibilidades para localizar a alguien que a esa hora pudiera ir hasta allá para atender tu situación. Finalmente, localizaron a un doctor amigo tuyo, de esa especialidad, y aceptó ir para ayudarte. Así que había que esperar a este tu amigo doctor.

Debo decirte que yo me quedé contigo junto a tu cama mientras los adultos deliberaban y encontraban soluciones a distintas propuestas, muchas propuestas. Ya sabes: todos hablaban, todos proponían, todos argumentaban, todos discurrían y todos se preguntaban qué te había pasado. No venías solo en la carretera, venías con una compañera y ella les platicó que en una curva derrapó el coche, cayeron en una cuneta no muy profunda, pero que se abrió tu puerta y, dado que no tenías cinturón de seguridad, salió la mitad de tu cuerpo y te golpeaste gravemente en la cabeza. Quedaste inconsciente y en ese estado te

recogió una ambulancia. Te llevaron al hospital general, ya que esa era, para ellos, la única opción posible.

Mientras esperábamos la llegada del doctor, subió mi mamá contigo. Yo seguía ahí acompañándote, como para que no te quedaras solito. No recuerdo si por iniciativa mía o a petición de mi mamá, pero ahí estaba al pie de la cama, así me sentía útil y no estorbaba. Seguro que no te acordarás de lo que ahí sucedió, ¿o sí? Estabas en estado de coma, respirando solo, haciendo mucho ruido, como si roncaras. Qué presente tengo ese sonido que salía de tu boca y nariz. Mi mamá empezó a rezar en voz baja, con el alma angustiada por tu futuro. Terminó sus oraciones pidiendo por tu salud y te hizo la señal de la cruz, te persignó. En ese preciso momento, abriste los ojos, dejaste de hacer ruido con la respiración, te le quedaste viendo unos segundos, tres o cinco, no lo recuerdo, pero la miraste fijamente. La viste y quizá en ella también viste a tu mamá, a mi abuelita, no lo sé. Sí sé que yo me quedé congelado, sorprendido, asimilando profundamente el poder de la oración y del acto de persignarte.

Volviste a cerrar los ojos y al ritmo ruidoso de tu respiración. Quedaste ¿tranquilo?, ¿entraste a un estado de paz?, ¿captaste el amor que tu hermana mayor te estaba ahí manifestando? El amor, el sufrimiento, la responsabilidad y con ello el perdón, eso me quedó a mí muy claro. Admiré aún más a mi madre, tu hermana que tanto te quería.

Mientras esperábamos la llegada de tu amigo doctor, espera que a mí me pareció muy larga, me pidieron que saliera de esa sala, ya que había otros pacientes a los que estaban haciéndoles procedimientos médicos y, por ende, no era conveniente ni adecuado que yo permaneciera ahí, seguramente por ser menor de edad, así que me dediqué a «pasear» por donde me llamara la atención. Me encontré, sin así buscarlo, en la sala de urgencias, en la entrada misma. Varias personas con diferentes lesiones llegaban unas tras otras a esa sala. Desde un descalabrado, una mujer en trabajo de parto; un joven con un cuchillo clavado en el tórax, acompañado por su papá, que, a todas luces, eran campesinos. Un muchacho con un balazo en la frente me impresionó mucho, de tal suerte que mejor me fui con los tíos y adultos, que estaban todavía en la sala de espera, aguardando la llegada del amigo doctor.

Llegó tu amigo. Llegó también apresurado, corriendo. Lo sentí muy sudado, preocupado por lo que le habían dicho por teléfono de tu estado de salud y quería corroborar el diagnóstico. Cada minuto que pasabas ahí era más preocupante. Cada minuto era vital. Nos reunimos, yo también estaba con todos, alrededor de tu cama. Seguías en estado inconsciente, respirando con fuerza y con ruido. De repente, dejabas de hacerlo como si quisieras descansar del esfuerzo. Un poco aparte, en privado, habló tu amigo con los doctores en turno, le mostraron algunos análisis, los escuchó con la atención necesaria y suficiente. Se dirigió a nosotros ya con una cara de verdadera preocupación, pero con la seguridad y certeza de lo que nos iba a decir.

Palabras más, palabras menos, nos dijo que estabas muy dañado, que tenías probablemente roturas en las cervicales y que habían afectado de una u otra manera la base del cráneo y la médula espinal. Había dos opciones posibles, así lo dijo de manera contundente: o te dejaban ahí para que se te atendiera con lo poco que había, en el entendido de que el pronóstico de sobrevivencia era muy bajo, o que, arriesgando tu vida por el simple hecho de moverte de esa cama, te llevaran en ambulancia a un hospital de especialidades al Distrito Federal, donde habría equipo humano y aparatos como para tratar de salvarte, aun sabiendo que las lesiones podrían tenerte en un estado vegetativo permanente.

Fuerte, dura decisión la que debieron tomar tus hermanos, apoyados también por quienes ahí estaban acompañándote. Se optó por lo que consideraron más adecuado. No te iban a dejar morir ahí sin haber intentado llevarte a la ciudad a pesar del alto riesgo que eso representaba. Había, pues, que asumirlo.

—Doctor, llevémosle a México. No queremos dejarlo aquí —le dijeron a tu amigo.

El doctor amigo tuyo estuvo de acuerdo. Decidieron entonces contratar una ambulancia; se les pidió a los doctores residentes del hospital que ordenaran el traslado de la cama a una camilla para llevarte por el elevador. Yo seguía junto a ti y el doctor me veía con cierto asombro, seguramente se preguntaba qué estaba haciendo ahí un chavo de mi edad y a esa hora. Me sentí obligado a decirle que tú eras mi tío, a quien yo quería mucho, y que estaba ahí para ayudar en lo posible. Solo suspiró y siguió dando instrucciones. Llegaron los camilleros. Les pidió que

te traspasaran a la camilla con mucho cuidado. Seguro ni te enteraste, pero resulta que en el momento en que los dos camilleros que te estaban pasando de la cama a la camilla ¡se rompió la sábana! ¡Se desgarró por la mitad! y caíste de golpe sobre esa inestable camilla. Fue un sufrir, una consternación, un gran coraje hizo el doctor amigo tuyo. Afortunadamente, se logró que no cayeras al piso, pues detuvimos la camilla para que no se desplazara. De inmediato, te tomaron la presión, los signos vitales, te observaban con atención y nos quedamos ahí parados unos minutos. Seguías respirando «normal», no hubo consecuencia aparentemente en ese momento.

Se volvió a cuestionar la pertinencia de tu traslado.

—Ya no hay marcha atrás, sigamos con esto. Mientras esté vivo, hay esperanza —dijo el doctor con severidad.

Los otros se fueron por las escaleras, yo me quedé contigo sosteniendo tu mano como un acto de solidaridad mientras nos metíamos al elevador.

—Planta baja —me pidió a mí el camillero, ya que yo estaba cerca de la botonera.

Sucedió lo necesario, lo previsto, lo que ya se sabía, pero que solo arriesgando se podría entender. En el momento en que oprimí el botón PB, el elevador se sacudió, como la mayoría de los elevadores de ese entonces. Unos segundos después, me di cuenta de que las uñas de tu mano, que aún sostenía en la mía, se estaban poniendo moradas. Se lo dije al médico amigo tuyo, quien de inmediato empezó a darte golpes en el pecho. A los pocos golpes, volvió la sangre a tus uñas, se lo hice saber al doctor. Se paró el elevador en algún piso intermedio, no en la planta baja, no habíamos llegado todavía. Volvió a sacudirse el elevador, volvieron tus uñas a ponerse moradas, de nueva cuenta lo hice saber. Entonces el doctor brincó sobre la camilla, sobre tu cuerpo, dio otra serie de golpes, ahora con sus manos enlazadas para mayor contundencia, golpes que me parecieron demasiado fuertes en tu tórax, lo hacía con angustia y con determinación. También vi en su cara un gesto de pesar, quizá de impotencia. Escuché con claridad lo que yo deduje sería el ruido de que se rompían costillas o algo ahí dentro de ti.

Llegó el elevador a la PB. Llegamos contigo. Se quedaron tus uñas de las dos manos de color morado negro. Así lo expresé. Así se lo hice saber al doctor. Se abrieron las puertas. Se bajó el doctor de la camilla. Me pidió que le informara a mi familia que Tato había fallecido. Pidió regresar al piso de encamados donde habías estado. Ahí habría que ir por ti.

—¿Qué pasó con tu tío? —mi mamá me preguntó en cuanto me vio llegar solo.

Me quedé pensando la respuesta. ¿Qué decir?, ¿cómo decir que no lo habías podido lograr?

—Lo regresó el doctor, no aguantó el movimiento —fue todo lo que dije.

Yo me quedé solo en la sala de espera; ya no se podía hacer nada para salvarte la vida. Habías fallecido en la madrugada del día 14 de mayo de 1968.

Yo estaba cansado. Me sentía desorientado con todo lo que vi y viví. Ahora había que esperar a que llegara una ambulancia y tramitar el permiso necesario para transportar tu cuerpo del estado de México al Distrito Federal, otra pérdida de tiempo. Recuerdo haberme salido del hospital para que me diera un poco de aire. Salí por la puerta de urgencias. Ya quería amanecer. Un médico que estaba sentado en un pretil cercano al estacionamiento me ofreció un cigarro, lo acepté. Aunque, a decir verdad, yo prácticamente no sabía fumar, pero algo me impulsó a recibirlo.

Habría pasado quizá una media hora, cuando vi llegar una ambulancia; ya venían por ti. Lo que sucedió entonces cerró de manera más triste todavía, si ello era posible, mi experiencia en ese día de tu lamentable partida.

Entraron al hospital dos camilleros de mediana edad vestidos con overoles color azul. Recuerdo que uno de ellos era un tipo obeso, pelón, malencarado, quizá por la hora y la distancia del recorrido. Pocos minutos después, los vi salir con una camilla en la que te llevaban tapado completamente con una sábana de un verde deslavado y quizá hasta mugrosa.

Mi mamá y mis tíos estaban en la recepción, seguramente haciendo los trámites de tu salida. Yo seguía fuera observando lo posible. Te llevaron a las puertas de la ambulancia y, antes de meter la camilla, el camillero gordo y pelón destapó la parte de la sábana que cubría tu cara, de los pocos cabellos que tenías levantó tu

cabeza con una mano y, con la otra, te arrancó la cadena con la medalla que llevabas al cuello, para luego dejar caer tu cabeza sin miramiento alguno, con desprecio, crueldad...

Yo estaba a unos cuantos pasos de la ambulancia, quizá tres metros cuando mucho. Cuando vi lo que hizo contigo, robarte la cadena y de la forma en que lo hizo, algo me impulsó a gritarle muy molesto que regresara la cadena que se estaba robando y, de un par de zancadas, llegué a la ambulancia y traté de subirme a ella. Cuando me agaché para poder entrar, el camillero me dio un empujón en la cabeza que me hizo volar hacia atrás y caer de espaldas al piso de cemento.

Recuerdo bien que mi primera reacción fue voltear al edificio buscando ayuda o apoyo de alguien de mi familia, pero los pocos que ahí quedaban estaban ocupados con los trámites necesarios. Nadie estaba viendo lo que ahí pasaba contigo. Me traté de incorporar y solo me quedé recargado en mis codos todavía en el piso, viendo cómo ese desagradable tipo se subía a la ambulancia y arrancaba deprisa para salir del estacionamiento.

Era inoportuno quejarme o contar con detalle a mi madre lo que había acontecido, pues estaba realmente acongojada, dolida y llorosa por cuanto había pasado contigo. Ya a medio camino, cuando íbamos de regreso, comenté que un camillero te había arrancado la cadena que tenías. No obtuve respuesta alguna. Lo entendí de inmediato. Eso no tenía mayor importancia.

Muchas cosas entendí en esa experiencia de verte morir prácticamente en mis manos mientras sostenía la tuya. Evidentemente, muchas otras las tuve que procesar con el tiempo y con mis propias experiencias que fui viviendo alrededor de la familia. Pero sí me quedó claro la actitud ante el dolor y sentimiento de perder a un hermano muy querido; mi mamá tomó todo con serenidad, con entereza, sin desesperación o siquiera reclamos o quejas descontroladas.

Tío Raimundo Macouzet Macouzet, mi estimado tío Tato, ahora me queda claro que te fuiste muy temprano, que te fuiste de manera abrupta e inesperada. Pero que nos consuele que no estuviste solo durante ese proceso de tu transcendencia. Estábamos quienes solidariamente podíamos y debíamos estar.

Gracias por los momentos que me dedicaste en mi infancia y que me fueron sumamente edificantes. Siempre te deseé buen viaje a la patria eterna.

[33](#) Mono araña.

31.

Si la gratitud es absoluta, las palabras sobran

FERNANDO GÓMEZ SIMMONS

«La gratitud es un estado de ánimo que nos permite enfocarnos en el reconocimiento y aprecio hacia alguien que ha aportado algo positivo a nuestra vida. Esta va más allá de un simple gracias; implica una profunda apreciación por el favor que se recibe».³⁴

Al cabo de una jornada de trabajo bastante tensa por los imprevistos técnicos que había tenido que resolver, cerré los ojos por unos instantes y presioné ligeramente mis sienes con los dedos índice y medio mientras realizaba un par de respiraciones profundas. Subí a mi carro tratando de olvidar el estrés, con la ilusión de llegar pronto a mi casa. El simple hecho de imaginarme al lado de mi esposa, Meche, y de mis hijos ya me hacía sentir mucho más tranquilo.

El tráfico fue más pesado que de costumbre a causa de un coche descompuesto en el periférico, por lo que llegué a la casa ya noche. Mi esposa me recibió con cariño, como siempre, pero me percaté en su rostro de que yo no era el único que había tenido un día difícil.

—Fernando, ya no aguanto seguir en este departamento. Los niños se desesperan, necesitamos más espacio —me dijo con mirada suplicante.

En ese entonces, corría el año de 1976 y vivíamos frente a una placita muy arbolada a la que también daba la parroquia de San Juan Evangelista, en la colonia Extremadura Insurgentes. En un principio, el lugar nos quedaba muy cómodo, las campanadas de la iglesia le daban un sabor especial a nuestro hogar, el cual nos parecía hasta romántico. Sin embargo, Meche tenía razón, había llegado el momento de buscar algo más adecuado a nuestra creciente familia.

Mi esposa y yo consideramos entonces la posibilidad de comprar una casa. Yo había pensado que la compráramos en Ciudad Satélite, cerca de mi trabajo, pues en esa época tenía mi oficina en Ford Motor Company, en Cuautitlán. Sin embargo, a Meche no le gustaba la idea de irnos a vivir al norte de la ciudad. Toda su vida la había hecho en la zona sur, en donde, además, vivían sus padres y el resto de su familia.

Uno de esos días, al regresar del trabajo, Meche me recibió con un brillo especial en su mirada.

—Fui a comer a casa de mis papás y me encontré ahí a mi tío Jorge —comenzó a decirme con emoción—. Le comenté que queríamos comprar una casa, pero que no teníamos suficiente dinero para comprarla en colonias cercanas, como la del Valle, Narvarte o Coyoacán —continuó mientras yo la escuchaba con interés.

Jorge Juan Macouzet Macouzet era hermano de su mamá. Él era arquitecto y socio accionista de una compañía constructora que estaba urbanizando un fraccionamiento en el sur, cerca del pedregal.

—Te llevo para que veas dónde es y, si te gusta ahí, pueden comprar un terreno y yo les ayudo a la construcción de su casa —le había propuesto Jorge a Meche, a quien él quería mucho desde chiquita.

Como a ella le había interesado esa oportunidad, habían quedado que él pasaría a buscarla al siguiente día para que viera el fraccionamiento.

A Jorge lo conozco desde que yo era niño, ya que era primo hermano de mi papá y su familia tenía una casa en Morelia, a la que acostumbraban a ir varias veces durante el año y pasaban ahí largas temporadas.

Lo que me estaba contando Meche me interesó mucho; yo también quería ir a ver el fraccionamiento.

—Vamos a hablarle a Jorge ahorita y le preguntamos si puede pasar el sábado para que vayamos los tres —propuse sin dudarlo, ya contagiado del entusiasmo que Meche mostraba.

El sábado temprano, pasó Jorge a recogernos y nos llevó por el periférico al sur. En ese entonces, no había casi tráfico y llegamos a una parte de la lateral del periférico en diez minutos, cuando Jorge estacionó su clásica guayín Ford LTD, que siempre compraba para que cupiera su familia de siete hijos.

Para que los lectores de hoy en día se orienten, estábamos estacionados entre el Hotel Royal Pedregal y el Hotel Radisson, los cuales no existían en ese entonces. Del otro lado del periférico, frente al Hotel Radisson, se construiría el centro comercial Perisur años más tarde.

Jorge procedió a desenrollar los planos del fraccionamiento y los colocó sobre el cofre de su camioneta. Así, pasábamos la vista del plano al terreno mientras escuchábamos sus explicaciones. El fraccionamiento era todavía pura tierra y rocas volcánicas. Este estaba hundido como diez metros abajo del nivel del periférico y el terreno abarcaba más de cien hectáreas según los planos. La verdad, al terreno yo no le veía nada agradable.

—Aquí vamos a construir el fraccionamiento Parques del Pedregal —dijo Jorge pomposamente a la vez que señalaba el área.

—Este terreno vamos a comprar para la casa —se precipitó a decir Meche mientras ponía su dedo sobre un lote marcado en los planos.

Yo sentí que mi corazón se aceleraba, pero la palabra convertida en deseo de mi adorada esposa era para mí una meta de vida irrefutable. Jorge se percató de que yo me encontraba dubitativo.

—Fernando, ahorita es el momento de comprar el terreno, están en preventa a muy buen precio. No te preocupes, yo voy a hablar con el gerente de banca Somex para conseguirte el mejor precio posible. Solo tendrías que dar un porcentaje de enganche y el saldo lo terminarías de pagar en mensualidades —me dijo con empatía.

—Jorge, te pido un favor, hazme un presupuesto total de la casa —le dije con algo de angustia, pues necesitaba asegurarme de que el proyecto estaba al alcance de mis capacidades económicas.

—Fernando, primero déjame hacer los planos arquitectónicos de la casa y luego hacerte un presupuesto detallado del material y mano de obra —me respondió.

—¡Perfecto! —le contesté—. Incluye tus emolumentos y costo de planos arquitectónicos —le pedí, pues eso podría ser un gasto fuerte y él había omitido mencionarlo.

—¡Ja, ja, ja! —lanzó una carcajada mientras me daba palmadas en el hombro—. Meche y tú son mi familia, yo no les voy a cobrar un centavo. Es más, una vez que ustedes aprueben los planos, yo les regalo los cimientos, pues utilizo material y piedras de la obra del fraccionamiento.

Al poco tiempo, nos volvimos a reunir los tres para analizar los planos arquitectónicos. El proyecto de la casa nos pareció asombroso, ya soñábamos con verla construida. Después de haber visto los planos, analicé con cuidado el presupuesto del gasto semanal por cincuenta y seis semanas.

—Jorge, ¡sí me alcanza! —le dije alzando los brazos y con una sonrisa de oreja a oreja.

Jorge cumplió con su palabra en su totalidad. Hizo los planos y supervisó la construcción de la casa desde la primera piedra de los cimientos hasta el último ladrillo. Así, llevó un estricto control de todos los detalles y materiales que requería la construcción de la casa. Todo eso sin cobrar un solo centavo.

Gracias al arquitecto Jorge Juan Macouzet Macouzet, el viernes 12 de marzo de 1976, día de mi cumpleaños 34, Meche y yo estábamos en las oficinas del banco Somex pagando el enganche del terreno y firmando setenta y dos letras de pagos mensuales por seis años.

El 15 de abril de 1978, Meche, mis dos hijos y mi hija nos cambiamos a nuestra maravillosa casa en Parques del Pedregal.

«Jorge, dondequiera que te encuentres, te viviré eternamente agradecido». Fernando.

³⁴ Fernando Gómez Simmons.

32.

Los sagrados alimentos

SOFÍA MACOUZET GARCÍA

Cuando toda la familia Macouzet Macouzet estaba ya en casa, don Luis, doña Mercedes y sus cuatro hijos se sentaron a la mesa dispuestos a departir en torno a una apetitosa cena. Solo había que esperar a que el jefe de familia dirigiera la oración para dar gracias a Dios por los sagrados alimentos. Todos guardaban silencio, impacientes por escuchar las palabras de su padre y poder dar inicio, pero estas no llegaban. Don Luis, mi abuelito, se mantenía serio dirigiendo la mirada hacia Jorge Juan, su hijo menor, quien contaba con tan solo siete años. Mi abuelita Mercedes volteó también a mirar a su hijo para ver qué sucedía y, al momento, se percató del problema, al cual tenía que poner solución.

—Chiquitín, sabes bien que no se puede sentar uno a la mesa si no trae puesta la corbata —indicó mi abuelita al pequeño niño, a quien se le había escapado ese detalle—. Ve a ponértela, por favor, aquí esperaremos hasta que hayas regresado.

Jorge Juan, mi papá, se levantó avergonzado por su olvido y se dirigió a su habitación a cumplir con lo estipulado. Este detalle y muchos más enseñaron a mi papá que no solo los alimentos eran sagrados, sino también la reunión familiar en torno a estos y que eso merecía el más profundo respeto de las tradiciones y normas establecidas.

Ya casado y con siete hijos, mi papá se adaptó sin problema a la nueva realidad y siempre se caracterizó por tener una mente bastante abierta. Sin embargo, el respeto y protocolo durante la comida los tenía bastante inculcados y tenía que batallar para que cumpliéramos, al menos, con lo más esencial. Así, no había día que no tuviera que estarnos recordando lo que debíamos y no debíamos hacer en la mesa: siéntate derecho, no pongas los codos en la mesa, agarra bien los

cubiertos, no hagas ruido al masticar, no te columpies en la silla, no puedes retirarte sin haber dado las gracias a tu mamá, etc. Eso de los codos me molestaba bastante, pues yo no le veía sentido a esa regla y era muy incómodo no hacerlo, pero a él nunca se le escapaba si la incumplíamos.

En ocasiones, nos leía el manual de buenas maneras de Carreño,³⁵ que él había debido seguir al pie de la letra cuando era niño. A nosotros nos daba mucha risa la parte que decía «No se deben lanzar bolitas de migajón durante la cena, pues pueden caer en la sopa y salpicar la corbata de los comensales».

A menudo, nos llevaba a restaurantes a cenar. Nosotros siempre queríamos ir a Vips, pero él decía que teníamos que aprender a ir a lugares de prestigio. Entonces, cada semana reservaba en algún buen restaurante de diferente nacionalidad para que apreciáramos la comida de todo el mundo.

En una ocasión que no le dio tiempo de reservar, y que un problema en su oficina lo había hecho dilatarse, llegó a la casa ya un poco desesperado y con hambre. En cuanto tocó el claxon, tuvimos que salir corriendo para subirnos al coche y no le quedó más remedio que llevarnos a una de esas cadenas de restaurantes tipo americano.

Si llegábamos a ir a ese tipo de lugares, mi papá se entretenía haciendo croquis y dibujos en el mantelito de papel mientras llegaba la orden. Eso nos gustaba mucho, pues dibujaba muy bonito, pero en ese lugar los mantelitos eran de tela, así que no pudo dejar escapar su ansiedad de esa manera y se limitó a darle vueltas a la pluma en sus manos.

Al cabo de una espera inusualmente larga, pusieron frente a cada uno de nosotros lo que habíamos ordenado. A los pocos segundos, escuchamos cómo mi papá comenzaba a resoplar, lo cual nos puso en alerta, pues presentíamos que se avecinaba un conflicto. No tardamos en verlo hacer una seña a la camarera para que se acercara.

—Por favor, pruebe la sopa —le dijo con seriedad.

—Si quiere, se la cambio, señor —respondió ella mientras extendía su brazo para retirar el plato.

—¡No! —indicó mi papá mostrando la palma de su mano—. De nada serviría, por favor, pruébela.

La señorita se puso lívida y, tras pedir excusas, se alejó y regresó sin demora acompañada de un hombre encorbatado.

Entretanto, nosotros nos manteníamos no menos espantados que el personal del restaurante. Ninguno se atrevía a hacer el menor comentario. Ya parecíamos estatuas no solo en lo estáticos, sino también en lo pálidos.

—¿Cómo podemos servirle, caballero? —dijo el gerente tratando de arreglar el problema.

—Por favor, pruebe la sopa —respondió mi papá mientras parpadeaba a repetición a una velocidad fulgurante.

El gerente pidió disculpas y, tras decirle que él no era la persona indicada para ese tipo de problemas, se retiró un instante y regresó acompañado con un hombre vestido todo de blanco que portaba un altísimo sombrero también blanco.

—Me dijeron que hay un problema con su sopa, caballero —dijo el responsable de la cocina con preocupación.

—Pruébela y verá —se limitó a contestar mi papá.

El hombre se inclinó y recorrió la mesa con su vista.

—Pero es que... no hay cuchara —respondió el cocinero ruborizado.

—¡Pues ahí está el problema! —remarcó mi papá seguido de una carcajada.

Aquel hombre le dio la razón, se derritió pidiendo perdón y, sin demora, le trajo una sopa caliente y una cuchara.

«Los alimentos son sagrados y también la reunión familiar al momento de comerlos»: un mensaje que mis hermanos y yo nunca olvidaremos.

³⁵ El *Manual de urbanidad y buenas maneras*, escrito por el venezolano Manuel Antonio Carreño, se publicó por primera vez en 1853. Este fue ampliamente utilizado por las familias para la educación de los hijos en los países de habla hispana. En México, fue muy popular y de uso corriente hasta mediados del siglo xx.

33.

Aire de familia

VERÓNICA MACOUZET GARCÍA

Mientras el sacerdote daba su sermón, yo observaba la fotografía que había sido colocada delante del altar sobre un tripié. Mi mente abandonó entonces las palabras del cura y se fue a los recuerdos que aquel retrato me despertaba. De pronto, una sensación extraña me invadió, esa impresión inexplicable que percibimos cuando alguien nos observa.

Aquella sensación me trajo de regreso al tiempo presente. Volteé hacia atrás, pero todos veían hacia el padre. La sensación desagradable seguía presente, así que seguí buscando a mi alrededor. Luego de barrer uno y otro lado con la vista, descubrí a la persona que me miraba. Esta estaba tan absorta observándome que ni cuenta se dio de que la había sorprendido. Entonces, descubrí que no solo me miraba a mí, sino que pasaba su vista del retrato que estaba al frente hacia mí a intervalos. «Por eso es por lo que no la había descubierto antes», me dije y traté de poner atención a la misa, pero ya no me fue posible. La actitud de aquella persona me causó un escalofrío. En cuanto terminara la ceremonia, indagaría acerca de sus intenciones.

Meses antes de esta experiencia, luego de haber trabajado como profesora de educación primaria en diferentes escuelas, se me presentó la oportunidad de ocupar un puesto vacante en el Colegio Motolinía de la colonia del Valle. Un entusiasmo particular me atraía a esa escuela, pues era donde había estudiado mi mamá; sus primeros años en el Motolinía de Morelia y luego sus estudios de decoración en el mismo plantel al que yo ingresaba.

Cuando entré a la Dirección para ser entrevistada, me atraía la vista el retrato de un sacerdote que estaba colgado en el muro. Esa atracción era inconsciente al

principio, hasta que me di cuenta y quise saber por qué, así que me fijé bien en la fotografía. Tras analizar la imagen, concluí que aquel personaje se parecía a mi hermano Martín. Antes de retirarme, me informé acerca de quién era el señor del retrato.

—Le presento al padre Edmundo Iturbide, nuestro fundador —dijo la directora con orgullo.

«En cuanto llegue a la casa, le voy a contar a mi mamá esa experiencia curiosa del retrato. Ella debe de saber quién es ese padrecito; seguro que se va a atacar de la risa cuando le diga que se parece a Martín y me va a decir que estoy loca», pensé mientras iba manejando de regreso. Tal como lo supuse, mi mamá lo conocía muy bien, pero me sorprendió lo que me dijo después.

—No tiene nada de raro que se parezca a Martín, si Edmundo era primo hermano de tu abuelito. Su papá era José Iturbide Gómez, hermano de Paz, tu bisabuela.

Aprendí entonces que Edmundo Iturbide Reygondaud no solo era mi pariente, sino que había sido una eminencia. Dicen que desde niño fue muy alegre y carismático, con una gran facilidad para relacionarse. Edmundo siguió su vocación religiosa e ingresó a la congregación de los Misioneros del Espíritu Santo, de la cual no tardó en convertirse en el superior general. Desde el noviciado, su relación privilegiada con el fundador, padre Félix Rougier, le había valido envidias y algunos lo criticaron de manera muy injusta, pero él siguió concentrado en su misión. Como Edmundo hablaba francés de manera fluida y el padre Rougier reconocía sus cualidades y cultura excepcionales, lo eligió como su mano derecha.

En Roma, el padre Iturbide obtuvo el doctorado en Derecho Canónico, lo cual, aunado a su agradable carácter, lo hizo convertirse en un director espiritual fuera de lo común. Así, fundó varias instituciones y dos congregaciones. Con la sierva de Dios Dolores Echeverría Esparza, fundó la congregación de las Misioneras de Jesús Sacerdote, y con la sierva de Dios Martha Christlieb Ibarrola, la congregación de las Hermanas de la Vera Cruz Hijas de la Iglesia. Sin embargo, como todo fundador, tuvo que sufrir envidias, malentendidos, distanciamientos

y dificultades; algo que nunca mató su sonrisa ni lo frenó en su ímpetu por mejorarse a sí mismo y al mundo.

Volviendo a la misa en la que yo me encontraba al principio de este relato, resulta ser que esta era en honor del padre Edmundo. Cada año ponen su retrato al frente de la capilla y se le conmemora con una ceremonia religiosa, por lo que el cuadro que allí se encontraba era justamente el de él.

Al terminar la misa, me dirigí a la persona que me había estado observando, que era otra de las profesoras, y le reclamé.

—Oiga usted, ¿por qué se me quedaba viendo de manera tan insistente durante la misa? —le dije, intrigada por su actitud.

—Ay, ¡qué pena! Discúlpeme, maestra —respondió sonrojada para luego cubrirse la boca con la mano—. Va usted a decir que estoy loca, pero es que desde donde yo estaba se veía un parecido tremendo entre usted y el padre Edmundo.

—Pues es que es mi tío —le confesé antes de atacarme de la risa.

Ella quedó sorprendida con esa revelación que no tardó en llegar a oídos de cada persona en el colegio. Esto hizo que me vieran de manera especial. Curiosamente, tal como le había pasado a mi tío Edmundo, esa relación comenzó también a sembrar celos en algunas personas. No tardaron entonces en generarse calumnias, pero yo traté de inspirarme en él y ser excelente en mi trabajo sin importar las trabas que ciertas personas intentaran ponerme.

Entre sus textos recopilados en un libro,³⁶ Edmundo nos cuenta la anécdota que lo ayudó a ver los problemas del mundo sin tener que torturarse por ello:

Yo me quejaba una vez de la situación mundial, y de cómo Dios permitía esto y lo otro, a la señora Concepción Cabrera de Armida —cofundadora de la congregación de los Misioneros del Espíritu Santo—. Ella se sonrió y me dijo:

—¡Ay! Padre Edmundo, tiene usted mucha razón. Hay que corregir este mundo que anda tan mal y qué le parece si empezamos usted y yo. Vamos a empezar a corregirnos y, así, ya empezó la corrección mundial, habrá, desde luego, dos pícaros menos en el mundo.

³⁶ Iturbide Reygondaud, E. (2016). *Colección Pan diario N.º 4. Publicaciones CIDEA*. Editorial La Cruz.

34.

El poder de las armas³⁷

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

Un penetrante zumbido agudo invadía el ambiente mientras yo enderezaba mi espalda adolorida. La manipulación de aquellos volúmenes de líquido tan pequeños que casi no alcanzaban a verse me obligaba a hacer bizcos con los ojos y exigía que adoptara aquella posición encorvada día tras día y año tras año.

El zumbido se fue tornando grave y cesó tras un pitido; la centrífuga había terminado. Me levanté del incómodo banco con ambas manos sobre los riñones y esperé algunos segundos con la esperanza de reducir la lumbalgia antes de ir a recuperar las células y proceder a la extracción del ADN.

Mi ceño se frunció al tratar de abrir el frasco que contenía la solución astringente; la artritis producida por la vibración del aparato utilizado para romper las células no me permitía apretar la mano. Cuando al fin lo logré, los vapores pungentes que se escapaban debieron de haberme incitado a alejar el rostro, pero continué con el protocolo sin alterarme siquiera. La exposición repetida a diversas sustancias volátiles había insensibilizado mi olfato a todo tipo de estímulo.

Cuando al cabo de varias semanas de trabajo los resultados no mostraban lo que esperaba, me saqué los guantes de látex y sobé por un momento las escoriaciones que estos me producían en el dorso de la mano. Luego, con los codos apoyados en la mesa del laboratorio, me llevé ambas manos al rostro y dejé reposar mi cabeza sobre estas por largo rato. La frustración se acumulaba, los años transcurrían, los fondos se agotaban, mi cuerpo lo resentía y mi mente se perdía.

Ya habían pasado trece años desde que salí de México para estudiar un doctorado. En ese momento, recordaba las palabras del jefe del Departamento de Ciencias de Alimentos de la UNAM, donde yo trabajaba: «No vayas a regresar con el puro doctorado. De esos hay muchos, tienes que hacer por lo menos un posdoctorado, de preferencia dos». Y allí estaba yo, luego de un posdoctorado en la universidad McGill, ya llevaba tres años como investigador invitado en los laboratorios del Ministerio de Agricultura de Canadá. Ya no podía más: mi cerebro explotaba, extrañaba a mi país y mi trabajo en la universidad. ¿Qué haría al regresar? Ya se me había olvidado todo lo que dominaba en aquel entonces, cada vez sabía más y más acerca de menos y menos y no lograba llegar a la aplicación práctica de mis investigaciones.

La taquicardia me invadía de pensar en mi situación, cuando, de pronto, la voz de mi supervisor me hizo sobresaltar:

—Doctor Martín, necesito hablar con usted.

Mis niveles de cortisol y de adrenalina, que ya estaban al límite, se desbordaron al momento. Mi director de investigación llevaba meses pidiéndome resultados para que no cortaran el presupuesto. Yo no tenía nada que mostrar; a veces pensaba que podría haberme ido seis meses a la playa y tendría exactamente lo mismo.

Ya en su oficina, el reconocido investigador me entrega una carta que yo trataba de leer, pero el temblor de mis manos no me lo permitía. «No puede ser otra cosa que el aviso del fin de mi estancia en esos laboratorios», elucubraba en mi mente. Dejé el papel sobre el escritorio, froté mis manos humedecidas y pude entonces leer su contenido. Alcé la mirada al semblante impávido de mi director esperando una explicación.

Semanas antes, habíamos comido juntos el *lunch* y yo le conté algo curioso que me había sucedido cuando buscaba la referencia de nuestro último artículo publicado, pues necesitaba citarlo en un nuevo manuscrito que estaba preparando. Para ver mis publicaciones, bastaba escribir «Macouzet» en Google Scholar y todo lo que salía eran mis artículos, pues, en aquel tiempo, no aparecía nadie más con mi apellido en las publicaciones académicas. Sin embargo, un día

comenzaron a mostrarse en la pantalla publicaciones de un doctor francés que era mi ancestro y que había llegado a México a principios del siglo XIX.

Con mi curiosidad de investigador y mi experiencia en la búsqueda de información, logré recuperar gran cantidad de datos muy interesantes relacionados con ese doctor. Su participación en el desarrollo de la medicina era determinante en el contexto más que turbulento de un México que se convulsionaba tratando de encontrar su identidad. Los fines de semana me ponía a organizar y a analizar la información y comencé a escribir un libro relacionado con ese señor, *El doctor francés*. Ese era mi escape a todas las frustraciones acumuladas en el laboratorio.

Cuando mi director vio mi expresión después de haber leído la carta, sonrió ligeramente.

—Es en agradecimiento a todo el esfuerzo que ha realizado durante estos años —aseguró antes de continuar, luego de una breve pausa—: No hemos logrado llegar a la aplicación práctica, pero todas las observaciones que usted ha hecho en el camino constituyen avances científicos importantes. Su preparación y perseverancia son admirables. Por eso, me atrevo a recomendarlo para que el gobernador general de Canadá le conceda emblemas heráldicos.

Pensé que mi director se estaba volviendo loco. ¿Emblemas heráldicos? ¿Como los que tenían antes los nobles?, ¿como las cartas de hidalguía de mis ancestros los Peredo? Nada tenía sentido.

—El fin de semana fui a Ottawa —continuó el profesor ante mi expresión de incompreensión—. Ahí visité a un viejo amigo que trabaja en la Autoridad Heráldica de Canadá, le comenté sobre los avances científicos que había realizado usted y le conté la historia que me confió acerca de su ancestro. Siendo él doctor en Historia, se mostró muy interesado, sobre todo en aquella parte referente a que el doctor que vino de Francia se había casado con una descendiente del último emperador tarasco. Entonces me propuso que lo invitara a presentar una solicitud para que le concedieran los emblemas, que esa historia merecía estar representada y que, si era usted un buen científico, este reconocimiento sería un buen incitativo para que continuara esforzándose en el área. Yo no dudé entonces en preparar esta recomendación. Si a usted le interesa,

ahora solo tiene que ponerse en contacto con ellos y proporcionar toda la información que le pidan. Con esta carta que le he preparado, le darán tratamiento inmediato a su solicitud.

Agradecí y acepté la oferta, aunque aún no entendía bien eso de los emblemas. Luego me puse a investigar y me di cuenta de lo interesante que era el tema y todo lo que estos podían representar. Estos incluirían tanto mi historia como mis logros, mis aportes a la humanidad y los valores que transmitiría a mis hijos.

Tras una extraordinaria investigación, el Herald de Armas de Canadá propuso un diseño lleno de simbolismo que me impresionó y que no tardé en aceptar. Al cabo de casi un año de trabajo en ese proyecto, recibí el sorprendente documento con los emblemas, la explicación y las certificaciones, el cual no tardé en enmarcar y colgar en mi sala. Tal como lo había dicho mi director, ese honor me había dado la fuerza de seguir adelante. Las palabras «sabiduría, valentía y perseverancia» resaltaban en el lema al pie del escudo, valores que seguiría siempre y que transmitiría a mis descendientes.

Un día, mientras admiraba los emblemas, recordé lo que había dicho el director de mi bachillerato el día de la graduación: «Les hemos dado las armas, a ustedes les corresponde utilizarlas»; entonces hice consciente que las armas ya las tenía yo desde antes, cuando no existía una representación física de ellas. Siempre estuvieron apoyadas en mi historia y en los valores que me habían transmitido mis padres, pero yo no me daba cuenta de su poder y me había dejado llevar por la decepción en momentos difíciles. Ya nunca lo olvidaría, tenía los emblemas ahí para recordármelo.

Aunque yo valoraba ese honor, me sentía un poco petulante mostrándolo a las visitas, que lo veían como un acto de vanidad sin comprender el significado de esos símbolos, pero un hecho inesperado me hizo ver las cosas de una manera diferente. El nuevo gobernador general de Canadá presentaba mis emblemas heráldicos durante su primera visita a México. Me di cuenta entonces de que mi escudo no me representaba solo a mí, sino que era oficialmente el símbolo de la relación y amistad entre estas dos grandes naciones: la que me vio nacer y la que vio nacer a mis hijos, pues ambas están representadas en su simbología.

Ahora que reconozco el significado profundo y la magnitud de todo lo que engloban mis emblemas heráldicos,³⁸ los muestro con doble orgullo y hago entrar en razón a quien piense que se trata de una manifestación de vanidad.

³⁷ La versión en inglés de este relato ha sido propuesta para integrar la antología de cuentos de mexicano-canadienses *De la Sierra Madre al universo boreal*, presencia de autores mexicanos en Canadá. Una iniciativa de la embajada de México en Canadá y de la Asociación Civil Centro Liquidambar, Canadá 2025.

³⁸ Ver emblemas heráldicos concedidos a Martín Macouzet García por la gobernadora general de Canadá en el anexo VIII.

Agradecimientos

Esta antología es, sin duda, el resultado de un esfuerzo colectivo que ha requerido la colaboración y el entusiasmo de muchas personas. Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todos aquellos que han contribuido a su realización, transformando esta obra en algo más que una simple recopilación de relatos. Este trabajo se ha convertido en una pieza indestructible de la rica colección que define nuestra identidad.

Para que esta obra pudiera existir y resonar con la memoria colectiva, fue fundamental:

- La motivación que me brindaron los comentarios de quienes han leído mis libros anteriores.
- La determinación de nuestros ancestros, que nos legaron sus convicciones para guiarnos en la compleja experiencia humana.
- La profundidad emocional de Mercedes.
- La franqueza de Fernando.
- La nobleza de sentimientos de Chachis.
- La convicción de Arturo.
- El detallismo de Lula.
- El entusiasmo de Bernardo.
- La practicidad de Verónica.
- La empatía de Sofía.
- La sensibilidad artística de Alejandra.
- La generosidad de Beatriz.
- La objetividad de Dora, que supo proponer el tono adecuado para cada relato.
- La rigurosidad de Lorena Losón, que contribuyó a la mejora del texto con su meticulosa revisión.

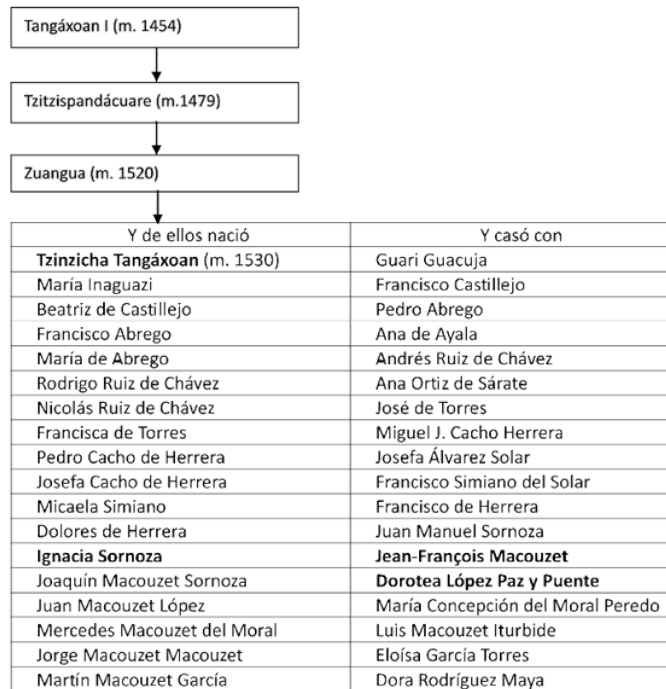
A todos ustedes, mi más profundo agradecimiento.

MARTÍN MACOUZET GARCÍA

Anexos.

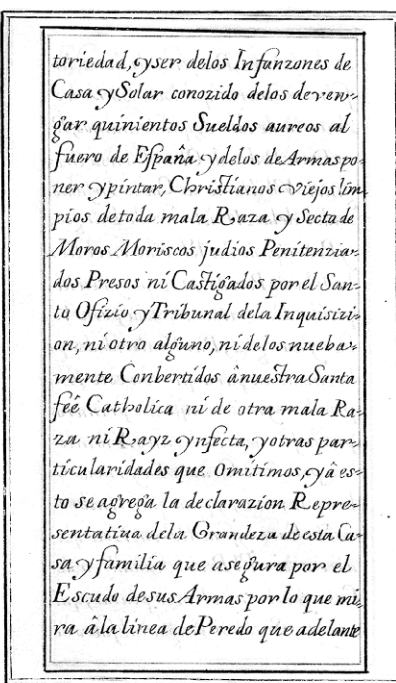
Anexo I

Linaje que conecta en línea directa a Tzinzicha Tangáxoan, último *cazonci* de los purépechas, y a Martín Macouzet García, autor del relato *El fin de un linaje*.



Anexo II

Fragmento de las *Cartas de hidalguía y pureza de sangre de los Peredo*, certificadas en Madrid el 1 de septiembre de 1704. Foto cortesía de Arturo Domínguez Macouzet.



Anexo III

NACIDOS PARA ESTAR JUNTOS

JOSÉ MACOUZET ITURBIDE (1986) †

En la casa ubicada en el Portal Hidalgo número 229, vivió durante algunos años don José Antonio de Peredo,³⁹ dueño de la rica hacienda de Pururarán. En 1799, esta casa fue adquirida por el señor don Juan Antonio de Aguilera y de la Puente, español de origen que fue fusilado en los cerros del Molcayete y Bateas por los insurgentes. Esto sucedió cuando las fuerzas del cura Hidalgo pasaron por las armas a ochenta y cinco destacados españoles realistas de Valladolid. En época posterior, esta casa fue adquirida por mi bisabuelo don Cayetano Gómez y Soria.

Hay un detalle curioso digno de ser consignado por Ripley⁴⁰ y así lo oí contar a mi madre en mi infancia:

Sucedió que, en la segunda mitad del siglo XIX, mi tía, la señora Paz Iturbide Gómez, vino al mundo en la habitación del lado oriente con vistas a la plaza de Armas de Morelia, situada en la planta alta de la casa en cuestión. Esta señora se casó más tarde con un tío mío, don Luis Isaac Macouzet López, hermano de mi señor padre.

Formaron los cónyuges un matrimonio ejemplar, en cuanto a haber sabido guardar siempre un gran afecto, una muy grande fidelidad y con la gran suerte portentosa, diría yo, de no haber pasado una sola noche bajo distinto techo, ni por razón de enfermedad, viaje u otra cualquier circunstancia de las que necesariamente, cuando menos alguna vez en su vida obligan a los casados a separarse temporalmente. En relación con esto que he referido, y como detalle curioso, debo decir que mi tío Luis nació en la recámara de la planta alta de la casa contigua que está situada al oriente de la que nos ocupa y que fue habitada por mi abuelo el señor don Joaquín Macouzet Sornoza, de modo que las cunas

de mis tíos Luis y Paz estuvieron casi juntas, separadas únicamente por la pared divisoria de sus respectivas habitaciones. Curioso detalle, ¿o no?

Durante mis primeros años, la casa que me ocupa fue el Casino de Morelia y en el local del lado oriente, en su planta baja, estuvo la afamada dulcería La Imperial, propiedad de don Said Naser, establecimiento muy concurrido por las familias morelianas para deleitarse el paladar con los ricos helados y espléndidos pasteles que dieron merecida fama a este comercio.

En relación con estas dos casas, aprovecharé para mencionar un hecho más conocido dentro de la familia, pero no menos sorprendente. Pues sucede que cuatro hermanos de la familia Macouzet López se casaron con cuatro hermanos de la familia Iturbide Gómez, lo cual dio origen a un gran número de descendientes con los apellidos Macouzet Iturbide e Iturbide Macouzet; todo un rompecabezas para los futuros estudiosos de la genealogía.

Por si nuestro querido lector no estuviera ya suficientemente sorprendido, le confiaré que un mozo de una de estas familias se casó con una de las muchachas de servicio de la otra casa.

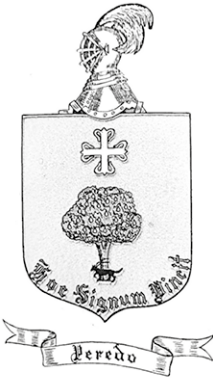
³⁹ La casa corresponde a la misma del relato *Injusta resistencia*, presentado en esta antología.

⁴⁰ Periodista estadounidense (1890-1949) creador de los programas de televisión titulados *Ripley, ¡aunque usted no lo crea!*, donde presentaba datos extraños y curiosos procedentes de todo el mundo.

Anexo IV

Escudos simplificados de Peredo y Malo.

Fuente: Ibarrola Arriaga, G. (1967). *Familias y casas de la vieja Valladolid*. Fimax Publicistas.

	
En campo de plata, un árbol de verde con un siervo empinado a él.	En campo azul, un peral verde frutado de oro, al pie un lobo prieto andante, atado a una cadena; sobre el peral, una cruz roja, como de Calatrava, y bajo él, en oro, este mote: HOC SIGNUM VINCIT.

Anexo V

Piezas del juego de vajilla que el emperador Maximiliano de México obsequió a mi tatarabuela doña Antonia de Peredo, esposa de su prefecto imperial para Michoacán, mi tatarabuelo don Antonio del Moral. Las tazas son de gres, de color blanco con la letra M estilizada en oro y la corona imperial sobre ella. Las líneas son de color verde y oro. Los vasos son de cristal cortado y tienen grabada la M y la corona imperial.

Fotos: cortesía de Beatriz Domínguez Macouzet.



Anexo VI

UNA CASA LLENA DE HISTORIA

JOSÉ MACOUZET ITURBIDE (1986) †

En una de las casas que les mencioné en el relato *Nacidos para estar juntos*⁴¹, aquella en la que nació mi tío Luis, nació también mi señor padre, don Manuel Macouzet López, se cuenta que en el año de 1868 se incendió la finca. En dicho siniestro, estuvo a punto de morir mi papá, quien en la confusión natural de tan grave hecho había sido olvidado en la cuna. Fue hasta que mi tío, el señor Joaquín Macouzet López, se percató del olvido y alcanzó a salvarlo, sacándolo a toda prisa.

En otra ocasión, mi señora abuela doña Dorotea López Paz y Puente, virtuosa dama y fiel esposa de mi señor abuelo don Joaquín Macouzet Sornoza, se manifestó como toda una mujer animosa y valiente enfrentándose con decisión y entereza a las tropas imperiales. Esto sucedió cuando un batallón de dicho ejército invadió la casa en busca de mi señor abuelo, quien no simpatizaba en forma alguna con el régimen imperial de Maximiliano.

En lo que ahora es la calle Zaragoza, se formó el destacamento antes de irrumpir en la casa de mis abuelos. Indignados por no encontrar a la persona que buscaban, sacaron por la fuerza al fiel servidor de la familia llamado Ramón, cuyo apellido no recuerdo, con miras a obligarle a denunciar el sitio en el que se había ocultado.

Los militares no contaban con que en la azotea de la casa estaba siempre un perro guardián de notable fuerza, el cual se exaltó al ver la forma tan violenta en que estaba siendo sacado a la calle el mozo Ramón. El excitado cánido dio entonces muestra de gran fidelidad al arrojarse desde la azotea hasta la calle con el fin de defender a su amo. Tras haber derribado a dos o tres belgas que mantenían la guardia en la entrada, el fiel animal intentó levantarse, pero un instante después se desplomó y perdió la vida.

En una segunda ocasión, se quemó nuevamente dicha casa. Mi padre me contaba cuando aún era yo niño que el piano de cola de marca Blüthner, que desde que nací existió en mi casa, había sido salvado del incendio bajándole con gran trabajo por uno de los balcones fronteros a la plaza Mayor. El valioso instrumento fue entonces recibido en una plataforma colocada sobre las mulas de los cargadores, quienes diligentemente prestaron su ayuda para el salvamento de personas y muebles.

Años más tarde, fue dueño de esa hermosa casa el señor Branch Simmons, quien heredó de su padre una gran fortuna que obtuvo especialmente con la sabia dirección del jugoso negocio de la llamada Lotería del Estado de Michoacán. Un rico hacendado de Villa Hidalgo, el señor Leodegario Marín Cárdenas, compró posteriormente la finca.

Don Leodegario vivió ahí con su esposa, doña Clementina Romero, y tuvieron una sola hija, quien se casaría más adelante con mi hermano Joaquín. Hace algunos años, hubo un conato de incendio, tercero en esa casa, y posiblemente a resultas del susto sufrido por la propietaria habitante de la finca, la dicha señora viuda de Marín vino a menos en su ya resentida salud. Su deceso fue muy sentido por la sociedad moreliana, dadas las grandes y estimables prendas morales de la finada. Caso curioso de una finca que sufrió por tres veces un incendio.

⁴¹ Ver anexo III.

Anexo VII

a. Nombres de los campeones de los torneos de dobles del Club de Tenis Morelia que figuran grabados sobre la Copa Mercedes.

1929	Lic. Eugenio Macouzet	Alberto Bravo U
1930	Lic. Eugenio Macouzet	Alberto Bravo U
1931	Lic. Eugenio Macouzet	Alberto Bravo U
1932	Dr. José A. Macouzet	Joaquín E. Macouzet
1933	Lic. Eugenio Macouzet	Alberto Bravo U
1938	Alberto Bravo U	Genaro Gómez Macouzet
1939	Alberto Bravo U	Genaro Gómez Macouzet
1941	Luis G. Samano	Lic. Arturo Valenzuela
1942	Alberto Bravo U	Joaquín E. Macouzet
1952	Jesús García	Fernando Macouzet
1954	Joaquín Macouzet Marín	Roberto Ramírez Bernal
1960	Ing. Fernando Macouzet M	Jesús García
1961	Joaquín Macouzet Marín	Julio Macouzet Tron
1962	Joaquín Macouzet M	Joaquín Macouzet M
1963	Ing. Fernando Macouzet M	Joaquín Macouzet M
1964	Ing. Fernando Macouzet M	Joaquín Macouzet M

b. Nombres de los campeones de los torneos de singles del Club de Tenis Morelia que figuran grabados sobre la Copa Consuelo.

1928	José Sañudo	1948	Joaquín Macouzet Marín
1929	Lic. Eugenio Macouzet J.	1949	Joaquín Macouzet Marín
1930	Lic. Eugenio Macouzet J.	1950	Joaquín Macouzet Marín
1931	Gilberto Bravo Ugarte	1951	Joaquín Macouzet Marín

1932	Lic. Eugenio Macouzet J.	1952	Joaquín Macouzet Marín
1933	Lic. Eugenio Macouzet J.	1953	Joaquín Macouzet Marín
1934	Lic. Eugenio Macouzet J.	1954	Joaquín Macouzet Marín
1935	Joaquín E. Marín	1955	Joaquín Macouzet Marín
1936	Joaquín Macouzet Marín	1956	Joaquín Macouzet Marín
1937	Joaquín Macouzet Marín	1957	Joaquín Macouzet Marín
1938	Joaquín Macouzet Marín	1958	Antonio Farfán
1939	Alberto Bravo Ugarte	1959	Antonio Farfán
1940	Refugio Gaona	1060	Joaquín Macouzet Marín
1941	Alberto Bravo Ugarte	1961	Antonio Farfán
1942	Alberto Bravo Ugarte	1962	Joaquín Macouzet Marín
1943	Genaro Gómez Macouzet		

Anexo VIII

Emblemas heráldicos concedidos a Martín Macouzet García por la gobernadora general de Canadá. El documento oficial se puede consultar en:

<https://www.gg.ca/en/heraldry/public-register/project/2077>

a. **Cartas de aquiescencia (*Letters patent*)** 83 × 65 cm



b. Escudo

En campo de plata,⁴² una tau de azur⁴³ con base circular. En jefe⁴⁴ de gules,⁴⁵ entre dos besantes⁴⁶ de oro, la cabeza de un león contornado,⁴⁷ también de oro. En el timbre, un yelmo de acero sobre lambrequines de azur terminados en flor de lis. En la cimera, una corona de plumas de gules de la que emerge el torso de un lobo de plata, rampante, portando una lanceta de azur en la diestra. Como lema o devisa «*Sapientia, fortitudo, constantia*».



c. Simbolismo

El azul y el rojo son los colores principales del escudo de armas de la ciudad de Lyon, Francia, y del estado de Michoacán, México. Por lo tanto, honran al antepasado del doctor Martín Macouzet, Jean-François Macouzet, un médico lionés que se estableció en México y participó en el establecimiento de la Facultad de Medicina de Michoacán a principios del siglo XIX. Los colores también representan los estudios de licenciatura de Martín Macouzet en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde el azul se usa en la vestimenta académica para denotar a los graduados de la Facultad de Química y los estudios de posgrado en la Universidad McGill, cuyos escudos son rojo y blanco. Los besantes de oro (*D'or* en blasón francés) son un juego de palabras con el nombre de pila de la esposa del doctor Macouzet, Dora Rodríguez Maya. La figura de T con base circular representa una vista aérea estilizada de una yácata, un templo prehispánico representativo de Michoacán.

Antiguamente erigida por los purépechas para honrar a sus dioses de la agricultura, la yácata rinde homenaje a la investigación académica del doctor Macouzet en ciencias de la alimentación. Los besantes de oro representan a Ignacia Procopia Sornoza y Herrera, esposa de Jean-François Macouzet; quien descendía del último rey tarasco de Michoacán, Tzinzicha Tangáxoan, quien se vio obligado a pagar tributo a los conquistadores con platos de oro y plata. Un león aparece en el escudo de armas de Lyon, lugar de origen de Jean-François Macouzet, y en el de la provincia de Quebec, patria de los tres hijos de Martín Macouzet.

El lobo en la cimera simboliza los valores expresados en la divisa. La corona de plumas aparece en el escudo de armas de Michoacán y representa la herencia mexicana de la familia, mientras que la lanceta antigua representa la contribución de Jean-François Macouzet a la profesión médica mexicana.

El lema o divisa, que significa ‘sabiduría, fortaleza, perseverancia’, pone de relieve los valores que caracterizaron a Jean-François Macouzet y que el doctor Martín Macouzet desea transmitir a sus hijos.

A la muerte de Martín Macouzet García, sus hijos heredarán sus emblemas heráldicos con las siguientes modificaciones:

Para Andrea, se reemplazan los besantes de oro por compones (cuadrados) de oro, que simbolizan una hoja en blanco y representan su interés por la música y las artes.

Para David, se reemplazan los besantes de oro por anillos de oro, que simbolizan el círculo de la vida y de las interacciones sociales y representan su alta sensibilidad en las relaciones humanas.

Para Martín, se reemplazan los besantes de oro por estrellas de oro, que, en heráldica, significan el tercer hijo y representan su espíritu de ganador.

⁴² Fondo blanco.

⁴³ Color azul heráldico.

⁴⁴ Franja superior.

⁴⁵ Color rojo heráldico.

⁴⁶ Círculos.

⁴⁷ De frente.

Índice

[Prefacio 9](#)

[1. El fin de un linaje 13](#)

[Martín Macouzet García](#)

[2. El principio de un linaje 17](#)

[Martín Macouzet García](#)

[3. Injusta resistencia 23](#)

[Martín Macouzet García](#)

[4. El predicador 29](#)

[Martín Macouzet García](#)

[5. El doctor de Napoleón 35](#)

[Martín Macouzet García](#)

[6. Extraño despertar 41](#)

[Martín Macouzet García](#)

[7. No es el título lo que da la clase 47](#)

[Martín Macouzet García](#)

[8. Miedo y valentía 53](#)

[Martín Macouzet García](#)

[9. Bailando con el emperador 59](#)

[Martín Macouzet García](#)

[10. El mito de la sangre azul 65](#)

[Martín Macouzet García](#)

[11. Exiliadas de su pasado 71](#)

[María de los Ángeles Macouzet Zamacona](#)

[12. Viaje de bodas 77](#)

[Martín Macouzet García](#)

[13. Dos silencios 83](#)

[Mercedes Gómez Domínguez](#)

14. Los revolucionarios llegan a Morelia 89

María de los Ángeles Macouzet Zamacona

15. Un fotógrafo en problemas 93

María de los Ángeles Macouzet Zamacona

16. El hijo pródigo 97

Luis Macouzet Iturbide (1942) †

17. Peligroso desafío 105

Mercedes Gómez Domínguez

18. ¿Posesión o ilusión? 113

Martín Macouzet García

19. Honor, sangre, lágrimas y dinero 119

Fernando Gómez Simmons

20. No le prestes dinero a quien sabes que no te va a pagar 123

Fernando Gómez Simmons

21. Al rescate de un símbolo de generosidad, determinación y amor 127

Fernando Gómez Simmons

22. Tiempos de guerra 135

Mercedes Gómez Domínguez

23. La fuerza de voluntad 141

María de los Ángeles Macouzet Zamacona

24. Las tres menciones 147

Eloísa Macouzet García

25. Todo queda en familia 151

Martín Macouzet García

16. Historia de un amor insólito 155

Fernando Gómez Simmons

27. Los otros habitantes 169

Martín Macouzet García

28. El gran premio de Morelia 175

Bernardo Macouzet García

29. Mil cumbres 179

Fernando Gómez Simmons

30. Carta a mi tío Tato 187

Arturo Domínguez Macouzet

31. Si la gratitud es absoluta, las palabras sobran 199

Fernando Gómez Simmons

32. Los sagrados alimentos 205

Sofía Macouzet García

33. Aire de familia 209

Verónica Macouzet García

34. El poder de las armas 213

Martín Macouzet García

Agradecimientos 219

Anexos. 221